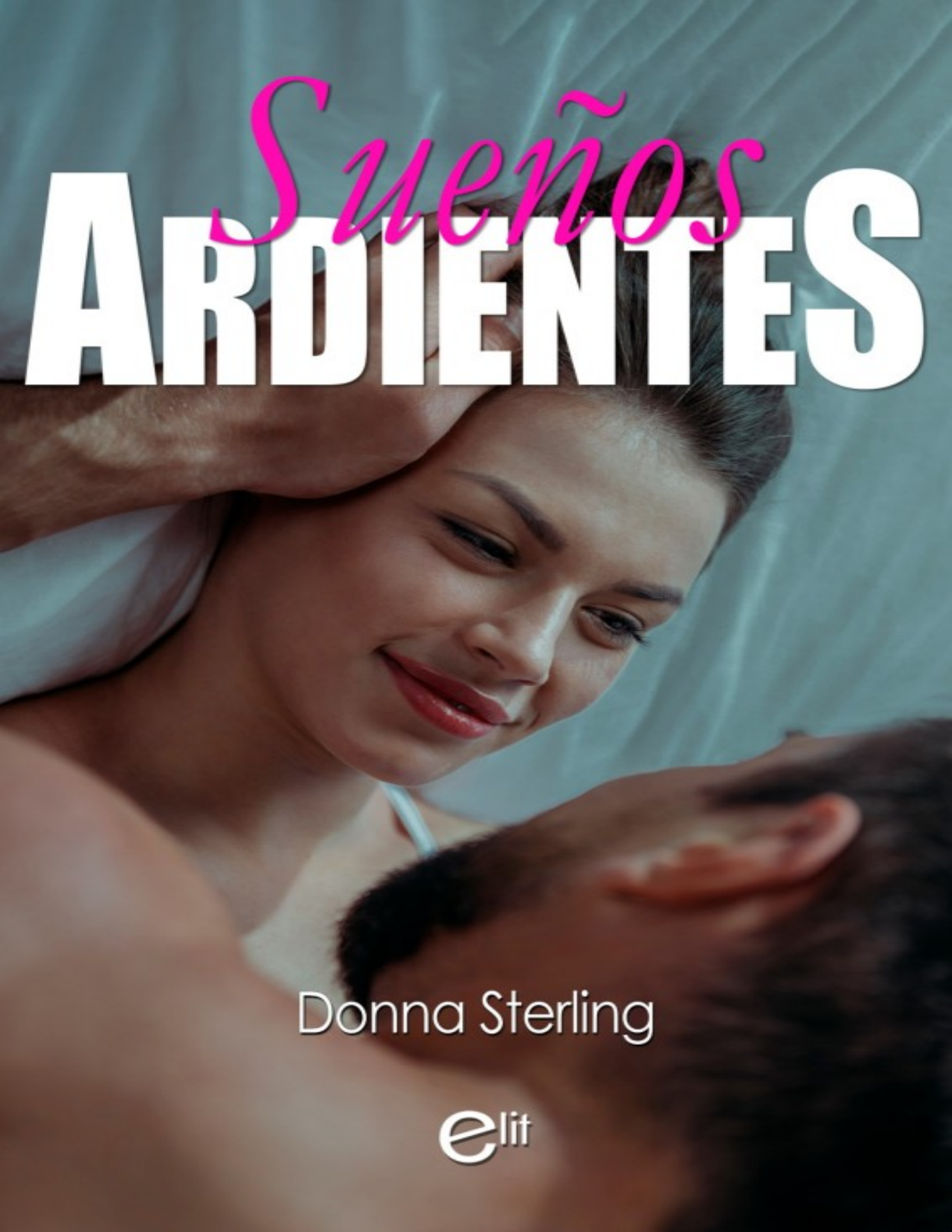

Sueños
ARDIENTES
Donna Sterling
elit

Portadilla

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos 8B
Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2004 Donna Sterling
© 2025 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Sueños ardientes, Elit nº 467 - agosto 2025
Título original: Sex and the Sleepwalker
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. N ombres, c aracteres, l u g ares, y situ aciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo, Bianca, Jazmín, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9791370008673

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

Lo vio nada más subir al escenario.

Ahí estaba, sentado en la primera fila del atestado auditorio, con los musculosos brazos cruzados, las piernas cómodamente estiradas y la boca ladeada en esa medio sonrisa que tan bien recordaba de sus días universitarios. Cade Hunter. Se preguntó por qué había tenido que aparecer en la ceremonia de entrega de premios más importante de su vida.

—Para mí es un placer entregar este premio a la increíble, incomparable y única Brynn Sutherland —acababa de anunciar la presidenta de Estados Unidos—, por dirigir el mejor hotel con encanto en la historia del mundo libre.

El auditorio había estallado en aplausos y el público se había puesto de pie. Era el momento de oro de Brynn… el éxito más allá de todos los sueños más descabellados. Pero al tratar de cruzar el escenario para aceptar el enorme trofeo dorado, casi una réplica del Óscar, fue como si avanzara a cámara lenta, como si se moviera por una densa ciénaga. Y todo por su culpa. Él era el único que no aplaudía, el único que no se había incorporado y sonreía con admiración.

Intentó no mirarlo con expresión ceñuda. Se suponía que debía sonreír y acercarse al podio a aceptar el premio, no echar humo por la actitud insolente de Cade Hunter

Antes de que pudiera apartar la vista del rostro rudo pero extrañamente atractivo, lo vio mover los labios. Y aunque no pudo

oír la voz, supo qué decía: «Puritana».

¡Puritana! ¡Sabía cómo manipularla! Era una ocasión importante para ella. Una afirmación pública de su talento como hostelera, por no mencionar una gran publicidad para el Three Sisters Bed & Breakfast Inn. Pero Cade Hunter había decidido presentarse, sin invitación, para volver a plantear sus viejos argumentos.

Cerró las manos, dejó de mirarlo y reanudó su marcha a cámara lenta hacia el podio. Notó que la presidenta se había transformado en Candice Bergen y que en ese momento el trofeo parecía la sirena de la marca de una lata de atún. Eso no le importó mucho.

Seguía demasiado irritada por el descaro de Cade Hunter. La había llamado puritana. ¿Acaso no veía que había cambiado? ¿No era capaz de distinguir que ya no era la adolescente virginal que había conocido, sino una mujer sofisticada con más muescas en los postes de su cama que las protagonistas de Sexo en Nueva York?

Se detuvo en seco, a menos de un metro del podio. Por algún motivo inexplicable, otro hombre del público repitió la acusación. «Puritana». Luego lo repitió otro.

Al rato, todo el público se puso a entonar:

—Puritana. Puritana. Puritana.

—No es justo —gritó Brynn a pesar de la conmoción—. Había buenos motivos para no llegar hasta el final con él. Sólo tenía dieciocho años. ¡No estaba preparada!

El público no la escuchó. El cántico se había vuelto atronador. Con ese brillo arrogante en sus ojos de color miel dorada, Cade Hunter musitó:

—Lo más probable es que sea frígida.

—¡Frígida! ¿Yo? —eso era más de lo que cualquier mujer sofisticada que se respetara podía aceptar. Temblando de indignación, pasó por delante de Candice Bergen y siguió hasta un lado del escenario, donde bajó los escalones para ir a plantarse ante el despreciable Cade Hunter—. ¿Crees que soy frígida? ¿Una puritana? Bueno, comprobémoslo, ¿qué te parece? —a cada paso que daba, se iba abriendo la blusa de seda, arrancando botones de perlas, que saltaban como si fueran palomitas de maíz en el microondas—. Vamos, chicarrón —se desprendió de la blusa y bajó

la mano a la cremallera de los pantalones—. ¿Deseas una parte de mí? Intentémoslo, Romeo…

Surgida de ninguna parte, una protuberancia larga y dura la golpeó en la mandíbula, lanzándola contra una pared. A su alrededor reverberó el sonido de metal. Algo húmedo y laxo se plegó sobre su cara. Las luces se apagaron, sumiéndola en la oscuridad, y el dolor le recorrió el cuerpo.

Necesitó un momento, un largo y agónico momento de aturdido desconcierto, para que sus ojos se adaptaran a la oscuridad, recuperara plenamente los sentidos y reconociera dónde estaba.

En el armario de la limpieza. Más específicamente, en el frío suelo de terrazo del armario de la limpieza, con el palo de una escoba cruzado sobre la garganta, una fregona en la cara, los pechos desnudos liberados de la parte superior del pijama y un pie metido dolorosamente en un cubo de metal.

Y aunque no lo había visto en nueve años y esperaba no verlo jamás, era culpa de Cade Hunter.

El estrés. El simple estrés era lo que había causado su paseo nocturno. Al menos, eso era lo que dedujo a la mañana siguiente. Comenzaba la temporada de fútbol, el momento más ajetreado del año en su negocio, con los alumnos que regresaban para animar a los Georgia Bulldogs. Eran una fechas divertidas pero de actividad frenética para los hostales locales, y en especial para el Three Sisters Bed & Breakfast Inn, una antigua fraternidad de mujeres que Brynn y otras dos compañeras de hermandad habían comprado y restaurado. Conseguir unas ganancias decentes durante la temporada de fútbol podía establecer la diferencia entre el éxito y el fracaso. Y a diferencia de los tres años anteriores, no estaban completos para el primer partido. El estado de la economía pasaba factura. Tenía buenos motivos para estar tensa.

Y tampoco era un misterio que Cade Hunter protagonizara sus sueños. Trish Howell Hightower, su preciosa y rubia socia, había mencionado que se había topado con él el día anterior en una cafetería de la localidad. Al parecer, se hallaba en la ciudad por

asuntos de negocios. La idea de tener a Cade Hunter cerca de ella bastaba para causarle pesadillas. Nueve años atrás, él le había roto el corazón.

Lo había superado, desde luego. Cade Hunter le era indiferente. Pero a menos que hubiera cambiado mucho, representaba una amenaza para cualquier mujer vulnerable que le gustara. Odiaba pensar en la carnicería emocional que podría provocar en su pequeña ciudad. O, y que Dios no lo quisiera, en su amiga y socia, Trish. Recién divorciada, sería una presa fácil.

—¿Qué sucede, Brynn? ¡No me digas que te pones del lado de Trish en el tema de la salsa barbacoa!

La pregunta ansiosa de Lexi Dupree la devolvió al presente. Estaban sentadas en unas mecedoras en el porche con columnas de la mansión, disfrutando de la suave mañana de agosto. Bebían unos Bloody Marys y hablaban de la comida que servirían durante las fiestas del fin de semana.

—¿Salsa barbacoa? —repitió, luchando por comprender de qué hablaba Lexi.

—Creía que te encantaba. A los clientes les fascina. El que algún gurú gastrónomo le haya dado a Trish una receta nueva no significa que tengamos que dejar de utilizar la mía.

—Oh… estoy de acuerdo. No haremos ningún cambio sin una prueba de degustación.

—¡Una prueba de degustación! —Lexi cruzó los brazos y frunció el ceño—. Creía que era yo quien estaba a cargo de la comida… y a mí me gusta la salsa que hemos estado usando. ¿Por qué debería cambiarla por la de Trish? Ya ha metido mano en el bufé del desayuno, en el postre de la cena y en mi horario del fin de semana. Se suponía que Trish iba a ser una socia silenciosa, ¿lo recuerdas? Silenciosa.

—Sí, pero ha puesto casi todo el dinero. Es dueña del cincuenta y uno por ciento. No podemos soslayar sus sugerencias.

—Puso casi todo el efectivo, pero tú y yo también hemos invertido mucho… con el acuerdo de que tú dirigirías el hotel y yo me haría cargo de la comida y las actividades. Trish no debería interferir.

Brynn percibió que la irritación de Lexi con Trish alcanzaba un nivel peligroso. Y comprendía la causa. Trish tenía tendencia a dominar Cuando les ofreció ayuda financiera para su empresa, probablemente deberían haber imaginado que no sería capaz de mantenerse al margen para siempre. Al involucrarse en la dirección cotidiana del hotel, sólo era cuestión de tiempo que las volviera locas. Lexi ya parecía hallarse próxima al punto de inflexión, y Trish se había trasladado allí hacía sólo dos semanas. Odiaba el conflicto entre sus amigas. O en cualquier parte.

—Hablaré con ella —prometió. No sería la primera vez que negociara la paz entre sus socias. Aunque las tres eran amigas desde el primer año de universidad, los asuntos de negocios habían tensado un poco su amistad—. Pero, Lex, intenta ser paciente con ella. Tiene buenas ideas y sabe lo que es popular en los círculos sociales. Si pensamos servir las comidas a los alumnos de las fraternidades, necesitamos conocer eso. Además, está pasando un momento duro tratando de adaptarse a soltería y de trazar una ruta nueva para su vida.

—Sí, bueno, me encantaría indicarle qué ruta tomar —musitó Lexi, aunque sus ojos oscuros se habían suavizado un poco.

Con el pelo teñido de color platino y cortado en punta alrededor de su bonita y regordeta cara, Lexi parecía una muñeca cuyo pelo hubiera sido cortado por una niña creativa. La multitud de aros de plata que alineaban sus orejas, la guitarra tatuada en el hombro y la camiseta escueta y corta que lucía la delataban como la música moderna y sexy que en realidad era, cuya personalidad había emergido plenamente en el último par de años.

Trish, una purista clásica, tanto en la música como en la moda, desaprobaba el tatuaje y el pelo teñido de Lexi. Si Lex hubiera probado algunas de esas innovaciones en sus tiempos universitarios, lo habría pasado mal, porque Trish también había sido la abeja reina de su fraternidad.

Por otro lado, Brynn consideraba que los cambios en Lexi eran estimulantes. La imagen encajaba a la perfección con el carácter de su amiga. En cierto sentido, le envidiaba esa metamorfosis. En la

universidad, Lexi y ella habían sido las morenas tranquilas en una fraternidad llena de rubias y pelirrojas vivaces.

—Eh —manifestó Lexi súbitamente—, con su cincuenta y uno por ciento, puede despedirme, ¿verdad?

—Supongo, pero jamás lo haría. A veces es un incordio, pero Trish te quiere, Lex. Empezamos este negocio juntas, y juntas lo convertiremos en un éxito.

Lexi se encogió de hombros y centró su atención en los menús que había planeado para los clientes del fin de semana.

Justo cuando la discusión iba a cerrarse, un Porsche rojo rodeó la entrada circular y se detuvo al pie de los escalones del jardín. Trish bajó del vehículo.

—Buenos días —saludó, subiendo la escalera enfundada en un corto vestido de tenis y con el pelo rubio oscilando en torno a su cara. Alta y delgada, con grandes ojos azules, un bronceado mediterráneo y la actitud relajada de aquéllos que nacen entre la riqueza, parecía exactamente la estudiante que una vez había sido —. Lexi, ¿has preparado ya esa salsa barbacoa? Estoy impaciente por que la pruebes. Hace furor en Manhattan. Le supliqué al chef del Club Noir que me diera la receta.

A pesar del tono ligero de la educada voz sureña de Trish, Lexi se crispó y Brynn respondió rápidamente por ella.

—Hemos estado demasiado ocupadas en la planificación como para que Lexi pudiera hacer algo en la cocina. ¿Por qué no te sirves un Bloody Mary de la jarra que hay en la nevera y te unes a nosotras?

—No puedo. He de ducharme, y luego irme a la ciudad para un almuerzo a las once —la expresión que puso indicó que no le entusiasmaba la idea. En el último año no había tenido mucha suerte con las citas—. Pero volveré a las dos para encargarme de la recepción.

—No te tengo apuntada para la recepción —expuso Brynn. Sabía que Trish se concentraba mucho en el negocio para evitar pensar en su vida personal.

—Se me ocurrió darte un descanso. Dejar que prepares el ajetreado fin de semana que se nos viene encima —fue hacia la

puerta, pero entonces se detuvo—. A propósito, Brynnie… ¿hubo algún problema anoche?

—¿Problema?

—En el desayuno, la señora Hornsby mencionó haber oído un alboroto procedente de tu suite. Gritos, golpes sordos y estrépito. Yo no oí nada, pero mi habitación está en el otro extremo del hotel. ¿Sucedió algo?

Las dos la miraron con curiosidad y Brynn sintió que se ruborizaba.

—Debió de ser mi televisor —se sintió culpable por haber perturbado a una huésped, y más todavía por mentir al respecto. Pero no quería que nadie conociera el episodio de sonambulismo. Y menos Trish. Dios sabía qué pensaría. Ella misma consideraba que estaba a punto de tener un ataque de nervios.

Trish enarcó sus rubias cejas.

—¿Tú estabas viendo la tele a las tres de la mañana? Si por lo general caes rendida a las once.

—Me quedé dormida sin apagar el aparato

—Oh. Me alegro de que no hubiera ningún problema. Pero… quizá podrías mantener el volumen bajo, ¿eh? —con una sonrisa de despedida, entró en la casa.

Brynn respiró hondo y trató de no reaccionar negativamente a la suave reprimenda de su amiga. Trish tenía todo el derecho de esperar que la directora de su hotel evitara despertar a los clientes a las tres de la mañana.

—Bueno, ¿qué sucedió de verdad?

—¿Crees que miento? —miró a Lexi de soslayo.

—Con descaro. Reconocería ese rubor culpable en cualquier parte. Algo pasó anoche.

—Nada. No fue nada. De verdad.

Lexi clavó la vista en los dedos de los pies hinchados y levemente amoratados de Brynn, visibles en las sandalias.

—Entonces, ¿qué le pasó a tu pie? No recuerdo que ayer estuviera así.

—Me los golpeé, eso es todo —tenía que pensar en una forma de cambiar de tema—. Cuando fui a contestar el teléfono. Era mi

hermano. Aún no han atrapado a aquel secuestrador… ya sabes, el caso que John investigaba, y volvió a llamarme para decirme que tuviera cuidado con los desconocidos que alojáramos. Aunque me pregunto cómo se puede no alojar a desconocidos cuando diriges un hotel. Tener a un poli en la familia basta para volver paranoico a cualquiera.

—No intentes cambiar de tema. ¿Quién gritaba y tiraba cosas anoche y cómo te hiciste daño? Dime la verdad —cuando sólo recibió silencio, se inclinó y susurró—: ¿Antoine perdió los estribos por algo?

—¡Antoine! —de no haber estado tan sorprendida, habría reído—. Claro que no. Jamás he visto que Antoine perdiera los estribos. Es un encanto. Además, es demasiado educado y refinado para recurrir a la violencia.

—La educación y el refinamiento no tienen nada que ver con las tendencias violentas de un hombre. Y hay algo que no me estás contando —la estudió con intensidad y de pronto abrió mucho los ojos—. ¿Antoine y tú hacíais algo… ya sabes… raro? ¿Algún tipo de juego amoroso que se os escapó de las manos? He oído decir que los amantes franceses pueden ser muy creativos.

Brynn rió.

—Nada más lejos de la realidad —Lexi se quedaría decepcionada si supiera la verdad entre Antoine y ella.

Pero no pensaba contar nada. Lexi había quedado encantada cuando Brynn empezó a salir con el atractivo, encantador y artístico Antoine. Estaba segura de que Brynn al fin había encontrado un amante apasionado. Hasta entonces, había tenido una serie de relaciones con intelectuales más inclinados hacia el estímulo filosófico que físico. Suponía que se sentía más segura con esa clase de hombre, aunque sexualmente aburrida y frustrada. Lexi había reconocido el problema y la había convencido de buscar a alguien que la llenara. Trish ayudó presentándole a Antoine, su primo, que acababa de trasladarse a Georgia procedente de Francia. Éste había mostrado un interés especial en Brynn y desde entonces habían estado saliendo.

No era culpa de Antoine que el aburrimiento no la hubiera abandonado. El problema era ella. Siempre terminaba pensando demasiado en los momentos de intimidad. Analizando cada acto.

No siempre había sido así. Ni mucho menos. Hubo un tiempo en su vida en que el contacto de un hombre la había encendido. Pero se negaba a pensar en ese hombre. Ya era bastante malo que soñara con él.

Quizá se había vuelto demasiado cerebral como para disfrutar de la felicidad sexual. Después de cinco semanas de salir con ella, Antoine probablemente se había dado cuenta de lo mismo. De ahí sus frecuentes viajes de negocios.

Pero había tenido relaciones placenteras. Distaba mucho de ser frígida, como había afirmado Cade Hunter la noche anterior. Sueño o no, esa acusación aún le escocía.

—Si Antoine te puso una mano encima —dijo Lexi—, le pisotearé el trasero. No tolero la violencia.

Brynn contuvo el impulso de señalarle la ironía de esas dos afirmaciones, o de reír por la imagen de la pequeña Lexi pisoteando a un chico grande como Antoine.

—No hizo nada, lo juro. Anoche ni siquiera estaba aquí. Salió de la ciudad después de la cena en otro viaje de negocios.

Al ver la duda en el rostro de su amiga, comprendió que debía contarle la verdad de lo sucedido o Antoine quedaría como un agresor de mujeres.

—Si necesitas saberlo, el alboroto lo provoqué yo misma —admitió —. Estaba soñando.

Lexi frunció el ceño, perpleja.

—¿Qué tiene que ver soñar con…? —calló al entenderlo—. Oh, no. No has vuelto a sufrir de sonambulismo, ¿verdad?

Brynn dio por hecho que recordaba la noche en la fraternidad en que Lexi había despertado y la había visto caminar por la habitación. Menos mal que su compañera no había prestado mucha atención a sus palabras. El que hubiera estado a punto de descubrir su secreto más profundo y oscuro le había conmocionado tanto, que había dedicado meses a tomar infusiones para dormir y a asistir a sesiones de terapia de meditación para contener el sonambulismo o hablar en

sueños. Estaba convencida de que lo que al final había podido con el hábito había sido una determinación férrea.

—Anoche fue la primera vez que caminé en sueños desde la universidad —indicó, con la esperanza de tranquilizar a su amiga—. Supongo que el comienzo de la temporada de fútbol ha sido demasiado.

—¿Y qué hiciste?

—Choqué con una pared. Desperté en un armario —no mencionó que había sido el armario de la limpieza en el sótano. No necesitaba saber que había salido de su dormitorio.

—Es una pena —Lexi movió la cabeza en sombrío gesto de reflexión—. Apuesto a que sé por qué sucedió. Te contienes demasiado. Sigues siendo una mujer sexualmente reprimida.

Brynn miró asombrada a su amiga. ¿Cómo había llegado a esa conclusión? Por lo que Lexi sabía, su vida sexual era más apasionada que nunca con Antoine.

—Oh, no te muestres tan sorprendida. Te conozco, Brynn Sutherland. Si tuvieras buen sexo, se te vería embriagada de alivio, después de tantos años de acumular presión. Créeme, conozco ese fenómeno por experiencia personal —se reclinó en la mecedora y suspiró—. Tenía tantas esperanzas en Antoine y en ti…

—No es culpa suya —apoyó la cabeza en el respaldo—. Es mía.

—No has encontrado al chico adecuado, eso es todo.

Como no quería que retomara la campaña para encontrarle un buen amante, guió la conversación a su tema original.

—En cualquier caso, dudo de que mi vida sexual tenga algo que ver con mi sonambulismo. Está relacionado con el estrés.

—Has sufrido este estrés muchas veces, pero no te oí mencionar el sonambulismo hasta ahora. ¿De qué trató el sueño?

La pregunta la pilló desprevenida.

—Nada. Nadie. Es decir, nadie que conozca —se sintió irracionalmente sacudida por la pregunta—. Quiero decir, podría haberlo conocido, pero… eh… —la mentira improvisada jamás había sido su fuerte. Lexi volvió a reflejar esa mirada intensa y Brynn estuvo a punto de gemir. Su amiga la acosaría hasta que confesara —. No veo en qué es pertinente —se excusó, cediendo a la presión

—, pero la única persona a la que reconocí en el sueño, aparte de a Candice Bergen, fue a Cade Hunter.

—Cade Hunter —Lexi repitió la información antes de esbozar una sonrisa satisfecha—. De modo que tenía razón. El sonambulismo está relacionado con tu vida sexual.

—¡No! Lo que pasa es que Trish mencionó que ayer se cruzó con él.

—Cade Hunter fue el último chico por el que te volviste loca.

—No me volví loca por él.

—Sabes que sí. De hecho, les sucedió a la mitad de las chicas de nuestra fraternidad, y ni siquiera pertenecía a una fraternidad de chicos. Ese hombre tenía un gran magnetismo sexual. Y lo que es más importante, es un antiguo amor, lo que significa que el tiempo probablemente lo ha exaltado en tu mente.

—¿Exaltado? ¿A Cade? Tienes que estar bromeando.

—Todo el mundo sabe que los antiguos amores parecen más intensos en el recuerdo de una mujer que lo que lo hicieron en la vida real.

Brynn se preguntó si sería verdad. A pesar de lo mucho que lo despreciaba por su conducta desalmada, no podía negar que los recuerdos que tenía de Cade Hunter encendían en ella más calor sensual que cualquiera de las posteriores relaciones que había vivido ¿El paso del tiempo habría exagerado ese anhelo hasta el punto de que ningún hombre de carne y hueso podía competir con él? Era un pensamiento desconcertante.

—Una mujer en tu estado de insatisfacción, soñando con un antiguo amor como Cade Hunter… —Lexi sacudió la cabeza—. No me extraña que te excitaras tanto.

—¡No estaba «excitada» por Cade! Al menos no sexualmente. Estaba enfadada porque me insultaba.

—¿Cómo?

No quería contarle que la había llamado «puritana». Eso induciría a Lexi a analizar las razones subyacentes por las que soñaba semejantes cosas… y no quería tratar el tema de la causa por la que Cade y ella habían roto su relación años atrás. «Hagamos el amor, Brynn, o hemos terminado».

Aún lo pasaba mal al pensar en el ultimátum. Mientras ella se enamoraba profunda y perdidamente, era evidente que Cade sólo la quería para el sexo. Dolida, indignada y humillada, había roto la relación. Y él no había tardado en encontrar a otra. Nada menos que una compañera de fraternidad, que no tardó en quedarse embarazada.

Eso había tenido lugar años atrás. En ese momento, Brynn consideraba todo el episodio como una lección aprendida. Se había recuperado por completo, y era mucho más sabia ante los rompecorazones poco escrupulosos como Cade Hunter.

Pero no quería hablar del tema, ni en ese momento ni nunca.

—No recuerdo exactamente cómo me insultaba —repuso, evitando la mirada penetrante de su amiga.

—Mmm —era evidente que sabía que retenía información, pero no quiso insistir.

Brynn no podría haberse mostrado más aliviada. Porque aunque había estado enfadada con él en el sueño, también se había arrancado la parte superior del pijama en medio del ansia del desafío erótico. Quizá su estancamiento sexual la afectaba más de lo que había creído.

—Sigue mi consejo —indicó Lexi—. Ve en busca de un hombre que te excite de verdad y descarga toda tu energía acumulada. De lo contrario, ¿qué será de ti?

Sin duda eran palabras sabias. Pero Brynn no era una persona que pudiera desinhibirse con facilidad. Salvo, desde luego, en sus sueños.

—Ya estamos infiltrados —murmuró Cade Hunter al móvil mientras atravesaba el vecindario arbolado que rodeaba el Three Sisters Bed & Breakfast Inn—. Ayer seguí a Trish a una cafetería. Establecí contacto. Me invitó a hospedarme en el hotel. Voy hacia allá.

Su socio murmuró unas palabras de aprobación y Cade cortó. Si el encuentro con Trish no hubiera logrado que le invitara, había dispuesto de otro ardid para justificar la visita. Pero eso era mejor. Trish lo había invitado como antiguo compañero de universidad y él

había aceptado. Sus motivos para presentarse en el hotel no despertarían sospechas.

Y eso era lo importante.

Guardó el móvil en el bolsillo y enfiló el descapotable deportivo hacia el hotel. Trish había mencionado que estaría en la recepción mientras Lexi y Brynn realizaban los preparativos para las actividades del fin de semana. No podría haber pedido más suerte.

Porque si Brynn hubiera estado en la recepción, no le cabía duda de que habría puesto el cartel de Completo. Siempre se le había dado bien rechazarlo.

Pero estaba allí para realizar un trabajo importante y no permitiría que la intocable Brynn Sutherland lo detuviera. Ni se permitiría volver a obsesionarse con ella. Además, lo más probable era que con los años hubiera cambiado bastante. Con un poco de suerte, apenas podría reconocerla.

Tampoco le preocupaba verla otra vez. Los últimos nueve años le habían enseñado mucho. Lo habían hecho más fuerte e inteligente, en especial en lo referente a las mujeres. Sus amigos lo llamaban cínico. Él prefería pensar en sí mismo como iluminado.

Al entrar por el sendero de la mansión que otrora había sido la sede de la fraternidad de Brynn, se obligó a relajar las manos sobre el volante.

Años atrás ella le había exigido «autocontrol». Desde entonces, había dominado ese arte. Sin importar lo que Brynn hiciera o dijera o qué aspecto tuviera, bajo ningún concepto iba a permitir que lo afectara.

Capítulo 2

Muy bien, no era una mujer sofisticada, ni estaba gloriosamente liberada como Lexi, ni al tanto de las tendencias sociales cosmopolitas, como Trish. Y si alguna de ellas conociera su historia personal, lo más probable era que nunca la hubiera dejado entrar en el círculo social que frecuentaba, lo que, en cierto sentido, hacía que se sintiera una farsante.

Pero había un campo en el que se sentía absolutamente cómoda, y ése era el de darle la bienvenida a los huéspedes. Le encantaba conocer a personas nuevas, saludar a las que ya había recibido y que le contaran cosas de sus vidas, sus viajes y lo que les interesaba. Cada llegada la llenaba de expectativas, como si fuera a embarcarse en una aventura nueva. Y cada persona que se convertía en amiga la hacía sentirse mucho más rica. Consideraba que la parte más importante del trabajo que desarrollaba era lograr que los huéspedes se sintieran cómodos. En casa. Sinceramente bienvenidos.

Con eso en mente, permitió que Trish ocupara la recepción mientras ella misma desempeñaba el papel de anfitriona en el vestíbulo con los recién llegados, ofreciéndoles té, café o refrescos.

Mientras Lexi y ella depositaban bandejas con pastas y canapés sobre el aparador antiguo para sus huéspedes de los jueves, un rugido atronador penetró desde la entrada.

—¡Vamos, Bulldogs! ¡Destrozadlos! Rrrf, rrrf, rrrf…

En cualquier otra parte del país, el sonido de hombres ladrando, gruñendo y aullando podría haber despertado alarma. Pero en Athens, Georgia, sede de los Bulldogs de la Universidad de Georgia, la conmoción sólo provocó sonrisas en algunos de los clientes que había en el vestíbulo. Brynn y Lexi fueron un poco más lejos y respondieron a los ladridos con aullidos propios.

—Eh, chicos, creo que hemos encontrado a unas Facilonas DZ —comentó Smitty, el más grande y gritón de los cuatro recién llegados, cuarentones y con barriga cervecera.

El grupo había dejado de dar berridos para detenerse en la amplia entrada abovedada y mirar con lascivia a Brynn y Lexi.

—¿Perdón? —preguntó Brynn con fingida indignación ante el antiguo menosprecio hacia su fraternidad. Esos chicos eran de sus clientes favoritos. Todos los años, al comienzo de la temporada de fútbol, se alojaban en el hotel—. ¿Habéis dicho Facilonas DZ? Que sepáis que es Delta Zetas.

—Deja que los chicos Kappa Alpha sigan sin saberlo —añadió Lexi, lo que instó a los hombres a entonar una canción obscena sobre su amada fraternidad.

—Id a la recepción a registrar vuestras zarpas en el impreso de admisión —ordenó Brynn por encima de la canción mientras servía café a tres licenciadas bonitas y jóvenes.

Como antiguas reinas de la belleza, Miss Athens, Miss Condado de Clarke y Miss Georgia, las chicas estaban apuntadas para participar en las celebraciones de inauguración en el campus. Parecían guardar sus sonrisas para la ocasión, ya que en ese momento daban la impresión de estar aburridas e irritadas.

Brynn se dirigió a llenar las tazas de los huéspedes más afables. Tendría que encontrar un modo de imbuir en esas mujeres jóvenes el espíritu divertido del fin de semana.

Pero antes de poder realizar ese esfuerzo, Trish la llamó por la radio interna para preguntarle si podía echarle un vistazo a un aire acondicionado defectuoso. Subió a arreglar el problema. Georgia en agosto requería aire acondicionado.

Cuarenta minutos más tarde, después de casi desmantelar la unidad de pared, tuvo que llamar a un técnico. Era en momentos

como ése cuando de verdad apreciaba la ayuda de Trish. Al menos sabía que la recepción estaba bien dirigida mientras los problemas la mantenían en otra parte.

Cuando al fin bajó, temiéndose lo peor entre los Kappa Alpha y las misses, se dirigió hacia el vestíbulo, pasando delante de Trish, enfrascada en una llamada telefónica en la recepción. Un vistazo hacia la cocina le mostró a Lexi en retirada con un montón de bandejas vacías de canapés.

Dando por hecho que el té había terminado pronto, al acercarse le sorprendió oír voces entusiasmadas y risas, tanto masculinas como femeninas. Desconcertada, se detuvo ante la entrada y se quedó boquiabierta. Los huéspedes se hallaban arracimados en torno a una mesa… los Kappa Alpha, las misses, un matrimonio compuesto por profesores jubilados y la gruñona señora Hornsby, todos concentrados en algo.

Sólo al aproximarse se dio cuenta de que tenía lugar una batalla de pulsos. Smitty, el primer portavoz de los Kappa Alpha, con el rubicundo rostro rojo por el esfuerzo, tenía el brazo bronceado alzado y tembloroso por la tensión, la mano cerrada en un apretón férreo con una mano más oscura y delgada.

Entonces pudo ver la cara del otro contendiente. Y se quedó sin aliento. Qué Dios la ayudara… ¡era Cade Hunter!

¿Qué hacía ahí? ¿Había ido a verla a ella? No podía imaginarse la causa. No se habían separado en términos amigables. Y si había ido en visita social, ¿qué hacía relacionándose con los clientes?

No pudo evitar aprovechar la oportunidad de estudiar al hombre que nueve años atrás le había roto el corazón, el último hombre por el que había estado «loca». En ese momento sus hombros parecían más anchos, el pecho y los brazos más poderosos, pero quizá sólo fuera por el esfuerzo que realizaba en ese instante. El pelo negro estaba tan tupido y ondulado como de costumbre, aunque más corto. Cerca de las sienes brillaban unos sutiles mechones plateados. Sorprendente, si se consideraba que sólo tenía treinta años. Su piel, de un tono aceitunado natural, parecía más curtida de lo que recordaba. Pero sus ojos, del color ambarino de la miel bañada por

el sol, centelleaban con el mismo aire de diversión irónica y serena inteligencia que en un principio le había atraído hacia él.

¡No pintaba nada allí! Aquella reunión sólo era para huéspedes. Debía dejárselo bien claro.

A menos, por supuesto, que fuera amigo de los Kappa Alpha y que hubiera ido a visitarlos. No podía echar a un amigo de sus clientes. Pero los Kappa Alpha eran como mínimo diez años mayores que Cade; no podía haber asistido a la universidad con ellos. Además, Cade no había estado en una fraternidad, a pesar de lo cual nunca le habían faltado admiradoras femeninas.

Lo que planteaba otra posibilidad… que hubiera ido a visitar a una de las misses. Pero éstas acababan de graduarse, y por lo que Brynn sabía, Cade llevaba nueve años fuera de Athens.

Antes de que pudiera considerar otras posibilidades, Cade clavó el brazo de su oponente sobre la mesa. Las misses lo vitorearon y felicitaron como si hubiera metido el gol definitivo en un partido del campeonato. Su oponente derrotado se ruborizó, rió y musitó algo sobre el codo de tenista.

—Ahora me toca a mí —anunció otro Kappa Alpha, quitando de la silla a su hermano de fraternidad—. Y en esta ocasión, usa tu brazo derecho, amigo. Te ganaré de todos modos.

Brynn se dio cuenta de que Cade había usado su brazo no dominante, probablemente en compensación por la diferencia de edad. Al parecer tenía escrúpulos, al menos en un pulso.

Pero no pintaba nada en su té.

Era hora de establecer su autoridad.

—Disculpadme —se abrió paso entre los Kappa Alpha—. Odio interrumpir la acción, pero…

Entonces la atención de Cade se centró en ella. Se quedó sin aliento. Sintió un nudo en el estómago. Había olvidado lo poderosa que podía ser su mirada. Sintió como si la hubiera agarrado físicamente para alzarla en el aire. De hecho, llegó a experimentar una embriagadora oleada de vértigo.

Recobrándose, desterró la sensación y se recordó quién era él y lo que había hecho. Hacía años que no lo tenía cara a cara salvo en fantasías. ¡Cómo lo había atacado entonces! Algo que anheló hacer

en ese momento. Pero no podía, desde luego. Debía pensar en sus huéspedes y en el espíritu de armonía que pretendía fomentar. Conteniéndose, habló con un admirable tono civilizado.

—Me temo que esta función sólo es para huéspedes del hotel.

Él le sonrió, como si se sintiera levemente complacido de verla. Sólo levemente. Pero bastó para distraerla, para desbocarle el pulso.

—Hola. Me recuerdas, ¿verdad? De la Universidad de Georgia. Cade Hunter —le extendió una mano, un movimiento suave y fluido al que ella respondió de forma automática. El apretón fue firme, cálido y seco. Inmediatamente íntimo. Aterradoramente familiar—. Eres… Brenda, ¿verdad?

Brenda. ¡Brenda!

Retiró la mano y lo miró fijamente. Había olvidado su nombre. Durante años había albergado fantasías de rebajarlo con su agudo ingenio y su fría conducta, mientras que él no le había dedicado un pensamiento.

—Brynn —corrigió la señora Hornsby con su voz hosca y arisca en alguna parte detrás de ella—. Se llama Brynn.

—Brynn —repitió Cade—. Es cierto. Lo siento. Los nombres se me dan fatal. ¿Cómo estás?

Desilusionada. Había estado segura de que jamás la olvidaría. ¿Cómo se había atrevido a olvidarla?

—Esta reunión es sólo para huéspedes registrados, señor… ¿Hunt, has dicho?

—Hunter —su sonrisa no vaciló al meter la mano en uno de los bolsillos de los vaqueros ajustados, sacar una llave y alzarla para que ella la inspeccionara—. Soy un huésped registrado.

Aturdida por segunda vez en apenas unos momentos, miró la llave con expresión horrorizada. ¡Registrado! ¿Iba a quedarse allí, bajo su techo? Y según la llave, en la Habitación Dogwood. A dos puertas de su suite. ¡No!

—¿Durante todo el fin de semana? —incluso olvidó ocultar su consternación.

—No —antes de que ella pudiera suspirar aliviada, añadió—: Me quedaré un par de semanas. Quizá tres, todo depende de mi agenda.

Brynn no podría haberse sentido más irritada.

—Vamos, tío grande —instó el Kappa Alpha sentado frente a él mientras adelantaba el brazo hacia Cade en señal de desafío.

A través de una bruma de pesadilla, lo vio plantar el codo junto al del retador, estrecharle la mano y lanzarse a otro duelo, mientras los otros clientes se acercaban para animarlos. La atmósfera zumbaba de testosterona.

Brynn se retiró del campo de acción mientras se afanaba por reconciliarse con la realidad. ¿Cómo había sucedido? ¿Cómo podía Cade Hunter ser un huésped registrado… y encima para dos o tres semanas?

Tenía que ser Trish. En cuanto le dio la espalda, había permitido que gente de la peor calaña se registrara en su hotel. Aunque su amiga no podía haber sabido lo que le inspiraba ese espécimen en particular. En la universidad había tenido su orgullo y no había hablado de sus sentimientos, buenos o malos, por Cade Hunter. Por lo que podían recordar sus amigas, sólo eran dos personas que en una ocasión habían salido, se habían peleado y seguido sus respectivos caminos.

El resto del té transcurrió en una especie de bruma para Brynn. Lexi, cuyo turno había terminado después de preparar los canapés, se había marchado para reunirse con su novio guitarrista, y Trish permanecía ocupada en la recepción. Cade siguió ganando todos los pulsos hasta el último enfrentamiento, cuando un Kappa Alpha lo derrotó.

Aunque Brynn intentó centrar su atención en los refrescos y en las necesidades de sus otros huéspedes, descubrió que sólo estaba pendiente de Cade, una percepción por la que preferiría morir antes que mostrarla. Cuando los clientes siguieron sus respectivos caminos para disfrutar de la noche, le dolía la cara de forzar sonrisas.

Al marcharse, los Kappa Alpha y las misses le dijeron a Cade que esperaban verlo durante el fin de semana. Como de costumbre, su presencia había sido un éxito.

Bastó para revolverle el estómago.

Pero lo más perturbador fue cuando Trish se topó con Cade en el momento en que éste abandonaba el vestíbulo. Por primera vez

desde que se divorciara de su infiel marido, un destello de esperanza ardió en sus ojos azules. Animada, charló y coqueteó con él, e insistió en que cenaran juntos para ponerse al «día» de sus respectivas vidas… aunque jamás habían sido amigos.

—Brynn, tú también vendrás, ¿no? —la invitó su amiga al final, probablemente porque eran las tres únicas personas que quedaban en la entrada.

De hecho, pensó en aceptar, para evitar que su amiga estuviera a solas con ese lobo depredador. La idea de Trish y Cade como pareja, incluso durante un momento fugaz, era demasiado horrible para contemplarla. Pero si querían iniciar una relación, Brynn no podía imaginar nada peor que estar con ellos como carabina.

—No, id vosotros. He tenido un día ajetreado.

—Y yo —convino Cade, sorprendiéndola—. Y tengo mucho trabajo con el que ponerme al día —añadió—. Creo que también me retiraré temprano.

Brynn se preguntó qué clase de trabajo desempeñaría.

La expresión abatida que puso Trish hizo que tuviera ganas de sacudirla.

—Pero podemos cenar otro día, ¿te parece, Trish?

La sonrisa que exhibió él fue tan exuberante, cálida y poderosa como el coñac.

Su amiga se alegró visiblemente y estuvo de acuerdo. Brynn apretó los dientes. De todos los chicos en los que Trish podría haberse interesado, ¿por qué había tenido que ser Cade? Pasaría de un fracaso a otro.

—Si los dos vais a retiraros temprano, me iré al campus a ayudar en la decoración de las festividades de mañana —anunció Trish. Le guiñó un ojo a Cade y se marchó.

Así que Brynn se quedó a solas con él. La tensión que la dominaba se elevó aún más mientras contemplaban cómo la puerta se cerraba detrás de su amiga. Se preparó para lo que fuera que Cade pudiera decir o hacer.

Pero, dedicándole únicamente un gesto cortés con la cabeza, él dio media vuelta y se dirigió hacia la escalera.

Una vez más la sorprendió. Y no de forma positiva. Se sintió curiosamente frustrada. Al parecer pensaba que podía largarse a su habitación sin un enfrentamiento cara a cara con ella.

Le permitió esa ilusión mientras lo seguía en silencio por las escaleras hasta la primera planta y luego a la puerta de su habitación. Hasta que no introdujo la llave en la cerradura no se detuvo a su lado.

Él la miró sorprendido y Brynn frunció el ceño.

—Puede que no recuerdes mucho de mí, Cal —soltó con voz baja y furiosa, pronunciando mal su nombre de forma deliberada—, pero yo te recuerdo bien. Trish es mi amiga. Últimamente ha pasado por momentos difíciles y no necesita a un lobo como tú, dispuesto a devorarla. Mantente alejado de ella.

Cade elevó un lado de la boca y apoyó un hombro en la puerta.

—De modo que te preocupa tu amiga, ¿eh? —la miró con creciente intensidad—. Entonces, quizá sea mejor que tú me mantengas ocupado.

Experimentó un calor sensual que no había sentido en años. Nueve años. Darse cuenta de eso la alarmó.

—No practiques tus juegos aquí. Con nadie. O te prometo que seré tu peor pesadilla.

Tras esa apasionada amenaza giró en redondo, fue a su habitación y cerró la puerta, sintiendo las rodillas deplorablemente flojas y la sangre encendida. No tenía ni idea de cómo sería capaz de cumplir esa amenaza, pero hablaba en serio. Cade Hunter jamás fracasaba en incitarla a la pasión, de una manera u otra.

«Quizá sea mejor que tú me mantengas ocupado». ¿Por qué esa sugerencia le había proporcionado semejante estremecimiento? Cade tenía que saber que no quería nada con él. Sólo había pretendido provocarla. Reírse de ella, sin duda.

Cómo deseaba que al menos una vez pudiera invertir la situación. Abatirlo con una única mirada. Borrarle esa arrogancia de la cara. Ponerlo de rodillas.

Pero esa imagen altamente satisfactoria no tardó en despertar recuerdos. Vívidos, ardientes, sensualmente excitantes. En absoluto

apropiados para la situación. Lo último que quería era alguna clase de relación sexual con él.

Por supuesto que no. Sólo la enfurecía, eso era todo.

Esperó poder calmarse lo suficiente como para poder dormir.

A Cade le costaba dormir. No sabía muy bien por qué.

No se debía al trabajo. Había tomado todas las precauciones y las cosas procedían según lo planeado. Tampoco era culpa del cambio de horario. Ya llevaba dos días en Georgia, más que suficiente para haberse adaptado. No había ningún motivo para estar con la vista clavada en el techo.

«Demonios, Hunter, este trabajo de incógnito ya hace que te mientas a ti mismo». Sabía muy bien por qué no podía dormir: por Brynn. Había estado decidido a tratarla con la misma indiferencia con que trataba a todo el mundo. Pero ahí estaba, reviviendo cada momento pasado con ella.

Se había quedado un poco aturdido al verla ese día.

Nueve años atrás, había sido una belleza de voz suave y pelo oscuro, cuyos ojos almendrados emanaban un calor y una amabilidad naturales. La había visto por primera vez en un partido de la universidad, y no había sido capaz de desviar la vista. Había estado acompañada por su amigo de Criminología, John… un buen amigo, aunque se conocían desde hacía poco. Había sentido que el corazón se le hundía, que se le ponía un nudo en la garganta, porque tras un solo vistazo a Brynn, había sabido que haría todo lo que estuviera a su alcance para quitársela a John. Tenía algo que a sus ojos la convertía en una belleza extraordinaria. Era condenadamente única.

Cambió asientos con el chico que había detrás de ellos y se sintió más que un poco aliviado cuando John la presentó como su hermana. Entonces oyó la voz. Habló con ella. Rió con ella. Y la certeza creció. Debía tenerla.

Eso había sido hacía nueve años, cuando él tenía veintiuno. Desde entonces, había vivido deprisa y con intensidad, había tenido su cuota de mujeres hermosas. Al registrarse ese día en el hotel, había

esperado verla con ojos nuevos. Con ojos cínicos, como dirían sus amigos. También había esperado que ella hubiera cambiado mucho.

Pero al alzar la vista, había sentido que se le contraían las entrañas. Y un nudo en el pecho. Porque seguía siendo condenadamente hermosa. De ella aún emanaba esa belleza única y angelical. Todavía le quitaba el aliento.

Y eso le había sorprendido. En su experiencia, la vida tendía a endurecer a las personas. Las cambiaba. Después de todo lo que había visto y oído en el transcurso de su trabajo, dudaba de que el niño que había sido una vez siguiera existiendo en su interior.

Pero Brynn no había dado la impresión de haber cambiado de un modo importante. Llevaba el largo pelo oscuro peinado de forma diferente, en una especie de trenza, y su figura esbelta había adquirido unas curvas más redondeadas. En ese momento exhibía un aire de autoridad con sorprendente facilidad. Pero su rostro y sus ojos aún brillaban con dulzura.

Tal vez por eso no había sido capaz de resistirse a provocarla, a comprobar cómo reaccionaría.

Y tuvo que reconocer que ésa era la causa real por la que no podía dormir. Estaba enfadado consigo mismo. Había empezado tan bien, fingiendo incluso que no recordaba su nombre. El tiempo que pasara allí transcurriría mucho más fácilmente si pudiera evitar cualquier contacto con ella. Casi había conseguido llegar hasta la habitación con la máscara bien puesta. Pero entonces había mordido el anzuelo y había dejado que ella hiciera que dejara de tratarla de una manera impersonal.

La había mirado a los ojos y aspirado su fragancia. Y había perdido parte de la cordura.

La antigua pasión había inundado la cara de Brynn, igual que la expresión de alarma. Lo que significaba que nada había cambiado. Ella aún huía de él. Todavía no podía tenerla.

Ésa era otra causa por la que no podía dormir. Estaba enfadado con ella porque aún sacaba las conclusiones equivocadas sobre él. Daba por hecho lo peor sobre su personalidad.

¿Acaso no era ésa la historia de su vida? ¿Acaso todas las personas a las que había querido no habían creído lo peor sobre sus

actos, sus motivos? Su madre había renunciado a su custodia cuando tenía siete años porque había sido un «diablo». Hasta ese día, su padre y su madrastra lo consideraban problemático, y sus hermanastros lo excluían de las reuniones familiares.

Se dijo que ya debería haber aprendido. Cuando se trataba de la gente importante de su vida, no tenía lo que hacía falta para que confiaran en él, ni siquiera para que le brindaran el beneficio de la duda. Creía que había aprendido a soportar eso.

En cierto sentido, le alegraba que la irritación con Brynn lo hubiera rescatado esa noche. De lo contrario, podría haber empezado a desearla otra vez. Y eso sería un infierno. Había dedicado semanas, quizá años, a revivir las largas horas que habían pasado besándose, acariciándose. Ella no le había dejado hacerle el amor. No hasta el final. Pero había sabido cómo excitarla, cómo conseguir que alcanzara el orgasmo. Y había disfrutado con el poder, el calor… y había querido, necesitado, mucho más.

Se había convertido en un anhelo constante. Había querido penetrar en su cuerpo. Llenarla completamente. Poseerla completamente.

No había sucedido.

«Hagamos el amor, Brynn, o hemos terminado». Habían sido palabras de desesperación. Estúpidas, necias, absurdas. El ultimátum sólo había servido para distanciarla de él. Y luego había empeorado el error tratando de ponerla celosa.

Pero no quería pensar en ello en ese momento. Esas emociones desesperadas y agitadas hacía tiempo que estaban muertas y enterradas, y se alegraba. No quería volver a desearla jamás.

Miró el reloj de la mesilla. Las dos de la mañana. Cerró otra vez los ojos, decidido a dormir. Tenía que realizar un trabajo serio y necesitaba descansar.

Pero en cuanto empezaba a quedarse dormido, oyó un leve tintineo, como de llaves. Y un clic. Luego otro ruido. Medio dormido como estaba, lo reconoció como el chirrido de una puerta al abrirse. Se dijo que debía de estar soñando.

O quizá no. Abrió los ojos a tiempo de ver cómo una figura se deslizaba hacia él en la oscuridad. Su instinto entró en acción y lanzó

la mano en busca de la pistola que tenía bajo la cama, con la mente alerta y el cuerpo preparado para atacar.

Sin embargo, cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, la figura oscura se materializó en una mujer. Una mujer con el pelo largo y suelto, que lucía un camisón transparente.

Brynn.

Capítulo 3

Se preguntó si soñaba. Tenía que ser así. Era imposible que Brynn Sutherland entrara con sigilo en su dormitorio en mitad de la noche. Pero ahí estaba, justo al lado de su cama, su hermoso rostro visible a la luz de la luna que entraba a través de las cortinas.

—¿Quieres que te mantenga ocupado, Cade? —susurró ella con intensidad en la oscuridad.

Antes de que pudiera despejar la cabeza para contestarle, ella hundió una rodilla en el colchón y se arrodilló junto a él en la cama. Los ojos, extrañamente brillantes, parecieron atravesarlo.

—No pienses ni por un minuto que no puedo «mantenerte ocupado».

Cade se sentó en la cama, tan aturdido que fue incapaz de hablar.

—Oh, ¿piensas que no lo voy a hacer? —exclamó—. ¿Piensas que soy una puritana? ¿Crees que no soy buena en la cama?

—¡No! Dios, no.

—Soy cualquier cosa menos frígida.

—¿Frígida? Yo jamás dije…

—Probémoslo, Romeo.

Con una velocidad que lo sobresaltó, ella se quitó el camisón por la cabeza y lo echó a un lado. El esfuerzo la desequilibró, y osciló.

Cade la agarró y la atrajo hacia sí y perdió el aliento. Sintió los pechos desnudos, firmes y plenos pegados a su torso. Y la fragancia… ahhh, casi la había olvidado.

—Brynn —musitó, abrazándola. Era increíblemente grato sentirla.

Cayó con ella sobre la almohada, como si estuviera viviendo una fantasía. En la garganta de Brynn vibró un ronroneo, un prolongado y bajo gemido de aprobación, y su aliento le quemó el hombro. Se le disparó la temperatura. El cuerpo se le endureció por la excitación.

Pasó la mano por la espalda de ella y disfrutó con la suavidad y calidez de esa piel. Hacía tanto tiempo que no la tocaba… Descubrió que llevaba braguitas. Pero sólo eso. Y estaba ahí, en sus brazos, en su cama. Brynn.

Se movió sobre él y sus cuerpos conectaron plenamente desde el pecho hasta las caderas. Cade rodó hasta ponerse de costado y la atrajo hacia sí, entrelazando la pierna con las de ella. Quería besarla. Conectar con ella. Explorar su dulzura y calor. Ver si la magia podía ser tan poderosa como recordaba.

Ella tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos. Cade posó la boca sobre ellos, deseándola. Deseándola.

—Mmm —gimió Brynn. Y sonrió. Y giró la cabeza.

¿Giró la cabeza? La sorpresa del acto lo echó para atrás. Ella jamás había dejado de responder a sus besos. Era la única debilidad que tenía. Su puerta al cielo. Después de tocar los labios de Brynn, siempre había tenido la certeza de disfrutar de besos prolongados y profundos, cada uno más apasionado e intenso que el anterior. Sin embargo, en aquel momento ella había girado la cabeza. Pasaba algo. Algo no estaba bien.

—¿Brynn?

Mientras observaba, la vio caer en una respiración profunda y rítmica, como si estuviera dormida. Lo cual era imposible. Nadie pasaba de la ira a la pasión y al sueño en cuestión de minutos.

Confundido, se apoyó en un codo, alargó la mano hasta la lámpara de la mesilla y la encendió. En ese instante la vio con claridad. Su pelo oscuro y lustroso se extendía sobre la almohada. La tenía desnuda y hermosa debajo de él. E incuestionablemente dormida.

Pero… ¿cómo? ¿Por qué? No tenía sentido.

Eso avivó un recuerdo vago. Una sospecha molesta.

La luz, o quizá el movimiento de su peso en la cama, la perturbó y frunció el ceño. Parpadeó. Abrió los ojos. Durante un momento,

clavó la vista en el vacío. La perplejidad se asomó a esos ojos. Y entonces giró la cabeza y se centró en él.

Brynn abrió desmesuradamente los ojos y se sentó de golpe, mirándolo boquiabierta como si fuera un alienígena de dos cabezas.

—¡Cade! ¿Qué haces aquí? —fue tanto una acusación como una pregunta.

—¿Qué hago aquí? Hace falta descaro.

Ella miró alrededor de la habitación y poco a poco la expresión pasó de la perplejidad y la sorpresa a la comprensión angustiada.

—Oh, no —susurró, claramente avergonzada—. Estoy en tu habitación.

Cade no se molestó en confirmar la sospecha. Simplemente la observó con ojos entrecerrados. Quizá ella entendiera lo sucedido, pero él no. O tal vez no quisiera entenderlo.

—Su-supongo que he sufrido un episodio de sonambulismo.

—Sonambulismo —repitió él, como si la idea le resultara ridícula, a pesar de que se le había pasado por la cabeza. Recordó haber oído algo sobre ese sonambulismo en la fraternidad de Brynn. Pero no quería aceptarlo como explicación. Ella se había presentado ante él. Lo había deseado. De eso no cabía duda. Se apoyó en la almohada —. Lo que tú digas, encanto.

—Es verdad —insistió con vehemencia—. Caminaba dormida.

Él asintió y sonrió.

Ella lo miró con ojos centelleantes, y luego bajó la vista a sus pechos desnudos. Emitió un grito leve y subió la sábana arrugada para cubrirse. La acusación retornó a su expresión.

—¿Qué hemos hecho?

Aquello sí molestó a Cade. ¿De verdad pensaba que sería posible que, si hacían el amor o algo parecido, podría permanecer dormida? Consiguió no rechinar los dientes.

—¿Quieres decir que no lo sabes? ¿Que no fuiste consciente de lo que hacías cuando viniste a mi habitación, abriste la puerta, te metiste en mi cama y te desnudaste?

—¡No estoy desnuda!

Además del calor que experimentó por el deseo de tocarla y besarla, Cade sintió un resentimiento irracional. La había tenido en

los brazos, dispuesta y preparada. No pensaba obviar eso.

—Oh… ¿Así que no estás desnuda? —clavó la vista en la sábana que aferraba contra su cuerpo esbelto—. Entonces, muéstrame qué llevas puesto.

—Estoy segura de que lo sabes —cerró las manos sobre la sábana.

—¿Y por qué? —acercó la cara a la de ella, la furia y el deseo ardiendo en su interior—. Porque te metiste en mi cama sólo con esas braguitas y frotaste tu cuerpo contra el mío, prometiendo que me mantendrías ocupado.

Parecía consternada.

—Oh, Dios.

—Entonces dijiste algo como: «Probémoslo, Romeo».

—¡No!

—¿Quieres que crea que no recuerdas nada?

Aquello pareció hacerle recuperar la valentía. Ella se reclinó en la cama y cruzó los brazos antes de alzar el mentón.

—No me importa lo que creas. La verdad es que hablaba y caminaba dormida. No significó nada.

—Como mínimo, significa que soñabas conmigo. Soñabas con tener sexo conmigo —el pensamiento le satisfizo. Inmensamente—. ¿Te sucede muy a menudo?

—No te emociones. Podrías haber sido cualquiera. No tenía ni idea de quién eras.

—Dijiste mi nombre. Me llamaste Cade. ¿A cuántos Cade conoces? ¿Y cuántos están registrados en esta habitación?

—Si soñaba contigo, lo que no recuerdo en absoluto, ha tenido que ser la primera vez. He estado años sin pensar en ti.

Podría haberla creído si no se hubiera ruborizado ni apartado los ojos. No cabía duda de que mentía. Ya había soñado antes con él. El placer lo calentó como si fuera whisky. Se preguntó cuántas veces había soñado con él y si esos sueños siempre involucraban sexo. Esperaba que sí.

Entonces se le ocurrió otra pregunta.

—Dios mío, Brynn… ¿caminas a menudo dormida? ¿A cuántos huéspedes has sorprendido de esta manera?

Ella se quedó boquiabierta unos segundos.

—Nunca antes lo he hecho —exclamó pasmada—. No camino dormida desde los tiempos de la universidad. Bueno, salvo por una vez, cuando terminé en el armario de la limpieza. Sola. Con el pijama puesto.

Cade le creyó, y no podría haberse sentido más aliviado… o complacido de que sólo los pensamientos sobre él la hubieran impulsado a levantarse de la cama por la noche.

Sin embargo…

—Si no recuerdas tus actos una vez que despiertas, ¿cómo puedes estar segura? Quizá es algo que sucede más de lo que imaginas.

—No. Lo sabría.

Se frotó el mentón y la observó con expresión de duda.

—No estoy tan seguro de eso. Parecía que a esos tipos de la fraternidad que conocí en el salón les caías muy bien. Y creo que ellos vuelven un año tras otro.

Sorprendentemente, ella no lo golpeó, no abandonó la habitación ni lo insultó con una réplica aguda. Se mordió el labio inferior para reprimir una sonrisa.

—¿Me acusas de ser… promiscua?

La miró fijamente, no por lo que acababa de decir, sino porque la sonrisa de Brynn lo pilló desprevenido. Era deslumbrante y hacía que se le marcara un hoyuelo junto a la boca. Hacía casi una década que no brillaba de esa manera para él.

—No te he acusado de nada —murmuró, aturdido.

—Pero lo has dado a entender. Has dado a entender que por costumbre me meto en la cama de mis huéspedes —alzó las manos, como alguien que se rinde a la policía—. Me has atrapado. No puedo negarlo. Jamás sé en qué cama voy a despertar. Tengo más acción que las chicas de Sexo en Nueva York —alardeó—. Soy una mujer caliente.

Se mostró tan complacida por la idea, que Cade estuvo a punto de reír. Pero la sábana había bajado sobre sus pechos, deteniéndose justo encima del pezón endurecido, y quedó irremediablemente excitado.

Apoyó los hombros contra el cabecero y la estudió, excitado, divertido, desconcertado e intrigado.

—Es extraño, entonces… si consideramos lo que dijiste al meterte en mi cama.

—¿Qué dije? —inquirió con cautela.

No respondió. No podía creer que la tuviera ahí, casi desnuda, mientras que él sólo llevaba puestos los calzoncillos. Las posibilidades eran inagotables. Y no pudo evitar repasarlas.

—Cade, ¿qué dije?

—Bueno, en un momento mencionaste algo acerca de que no eras buena en la cama —la desazón que reflejó su cara revelaba más de lo que jamás podrían explicar las palabras. Era evidente que había puesto el dedo en la llaga. Decidió pincharla un poco más—. Creo que también dijiste algo de ser frígida.

El rubor se le disparó.

—Lo que digo en sueños no significa nada —soltó—. No son más que tonterías.

Parecía herida y terriblemente vulnerable.

¿Por qué? Desde luego que eran tonterías. De eso no le cabía la menor duda. Pero, y eso era lo increíble, al parecer ella sí la tenía.

—¡No me digas que alguien te ha hecho pensar que no eres buena en la cama!

—Claro que no. Además, no es asunto tuyo.

—¿Sales con alguien en este momento?

—Sí, y es un hombre maravilloso. Un excelente amante.

—Que te hace pensar que eres frígida.

—¡No!

Cade no hizo caso de la negación, sorprendido de que fuera capaz de considerarse sexualmente deficiente en cualquier sentido.

Y de pronto se sintió súbita y vehementemente celoso de cualquiera que la hubiera tenido. Que la hubiera conocido de forma íntima. Necesitó un momento para encontrar la voz y formar palabras coherentes.

—No eres frígida, Brynn, tampoco eres mala en la cama. Nada más lejos de la verdad.

—¿Y cómo puedes saberlo? —preguntó con la misma cautela exhibida antes.

Cade suspiró y se dio cuenta de que estaba furioso. La habían herido. Injustamente. Quiso castigar a quienquiera que fuera responsable. Y curarle las heridas…

Le rodeó los hombros con un brazo, la pegó a su pecho y le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Jamás he conocido a una mujer más receptiva que tú —afirmó con sinceridad—. Una que me excitara con un simple beso. Nadie, Brynn. Jamás.

—¿De verdad? —preguntó con aliento contenido.

—De verdad. No puedo decirte cuántas veces me he excitado en los últimos nueve años sólo con pensar en ti, en las cosas que solíamos hacer. Con nuestras manos… —bajó los dedos por su brazo hasta llegar a la muñeca y frotó el dedo pulgar en la palma de su mano. Entonces posó la vista en sus labios—. Y nuestras bocas —el deseo volvió a recorrerlo, ardiente y poderoso—. ¿No lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo —reconoció con voz trémula.

—Las cosas no pueden haber cambiado tanto. Al menos entre tú y yo —la necesidad de besarla lo acercó más, hasta que aspiró la calidez almibarada de su boca. Pero antes de que los labios pudieran unirse, ella se echó para atrás.

—Si me recuerdas con tanta nitidez, ¿cómo es que no fuiste capaz de recordar mi nombre?

Cade apretó los labios para evitar soltar un juramento… no contra ella, sino contra sí mismo. Debería haber sabido que ese ardid estúpido iba a costarle caro.

—Intentaba frenarte un poco. Te veía dispuesta a echarme a la calle. Como si fuéramos enemigos.

—Lamento decirte esto, Cade, pero no somos precisamente amigos. No nos separamos siéndolo.

No podía negarlo. Las últimas veces que la había visto en el campus, ella había reaccionado como si no existiera.

—Tienes razón. No nos separamos amigablemente. Y fue por mi culpa. Jamás debería haberte lanzado ese ultimátum —el recuerdo le

provocó una mueca—. Lo lamento. Fue algo estúpido y cruel, y mil veces he deseado no haberlo dicho.

—Olvídalo —pero sus ojos y su voz permanecieron distantes—. No fue nada.

«No fue nada».

Sintió una urgencia extraña. No podía dejar que volviera a ocultarse detrás de una fachada de frialdad e indiferencia… no después del modo en que le había sonreído.

—Jamás te he olvidado, Brynn —juró—. Ni un solo día. Y créeme, lo he intentado.

Los ojos de ella reflejaron sorpresa y lo observó fijamente, como si tratara de evaluar su sinceridad. El hecho de que le importara le dio esperanzas.

Tenía que convencerla. Tenía que transmitirle sus sentimientos. Debía cerrar la distancia que había entre ellos y mantenerla ahí, en su cama. Hacer que volviera a desearlo, necesitarlo…

En esa ocasión en lo más hondo de su ser.

Le tomó el rostro entre las manos y la besó.

Comenzó como un gesto gentil. Una declaración de intenciones. Con un suspiro, no de renuencia sino de placer, Brynn se abrió a él. Al principio el beso progresó despacio, con calidez erótica.

Pero eso no fue suficiente. Para ninguno de los dos. Con decisión simultánea, se acercaron y lo profundizaron. El calor se intensificó con sorprendente celeridad, como una llama sobre madera seca.

Cade se deleitó en la libertad de sostenerla, de apretarla, de sentirla. Parecía que ella también a juzgar por la aceleración de su aliento y los sonidos roncos que salían de su garganta. Había olvidado lo elocuentes que eran sus besos.

No, no lo había olvidado. Nada. Tenía cada detalle indeleblemente marcado en su ser. Adrede había desterrado esos recuerdos. Pero en ese momento volvía a tenerla en sus brazos, el cuerpo moldeándose al suyo, con una necesidad creciente de dominarla, de penetrarla. De fundirse con ella. El movimiento sutil de la pelvis de Brynn le afectó hasta proporcionarle una dureza insoportable.

Deslizó las manos por las curvas desnudas y exuberantes de su cuerpo hasta atraparle las nalgas y frotar su erección contra ella,

forzando la barrera de la ropa interior. Y cada nueva unión de las bocas incitaba un beso aún más voluptuoso.

No había sentido aquel fuego que danzaba en su interior en nueve años, y no dudó en alimentarlo. Enganchó los dedos pulgares en los extremos de las pequeñas braguitas de satén y tiró de ellas hasta dejárselas en mitad de los muslos. Sabía que tendría que sacar un preservativo de la cartera, aunque todavía no. Aún no quería parar…

—Cade —jadeante y acalorada, Brynn quebró el beso—. Tenemos que parar.

¿Parar? No había oído bien. O quizá quería decir que era hora de ponerse un preservativo.

—Enseguida —murmuró, reacio a soltarla incluso por un momento. Volvió a besarla y le abrió los muslos hasta donde le permitieron las braguitas. Esa prenda de satén debía desaparecer. Y también sus calzoncillos.

—Ahora —murmuró ella sobre su boca mientras él intentaba bajarse los calzoncillos—. Tenemos que parar ahora.

Volvió a silenciarla con un beso, sin permitirse preocuparse demasiado. Aquello no era una de sus sesiones de tiempos universitarios. Brynn no lo dejaría excitado. Eran adultos y lo deseaba. Había ido hasta su cama, se había quitado el camisón e incluso en ese momento lo besaba con una necesidad febril.

De ella escapó un gemido torturado antes de tomarle la cara entre las manos.

—Cade, yo… he de pensar en esto.

«Pensar en esto», había dicho. No «ve a buscar un preservativo». La sorpresa hizo que Cade se echara hacia atrás para leerle la expresión.

—¿Pensar en qué?

—En esto. En nosotros —se sentó con expresión atribulada bajo el escrutinio de él—. En tener sexo.

—No pienses tanto —se apoyó en un brazo y le secuestró la boca con otro beso… un poco más urgente que los otros que habían estado compartiendo. Un poco más impaciente.

Ella le devolvió la misma impaciencia con una embestida estimulante que lo excitó aún más.

Pero entonces se separó, jadeante, como si hubiera estado luchando en vez de besándolo.

—Sé que tienes razón. Pienso demasiado. Y también tienes razón acerca de nuestros besos —hizo una pausa para recuperar el aliento —. El simple hecho de besarte me enciende más que… que… oh, no importa.

En esa ocasión fue ella quien inició el beso.

El fuego creció en Cade y la pegó a la almohada. Ella gimió, le pasó un brazo por el cuello y se arqueó hacia él. Cade le acarició uno de los senos hasta que el pezón se puso erecto, compacto contra la palma de su mano.

Brynn jadeó, se retorció y pasó la rodilla por el muslo de él… hasta llegar a la punta de su erección, lo que le provocó a Cade lanzas de calor por la ingle.

Con aliento contenido, Cade bajó la mano en dirección a los rizos oscuros que brillaban entre los muslos de Brynn.

Ella volvió a frenarle la mano justo cuando estaba a punto de llegar a su destino.

—Está mal. No puedo permitirme hacer esto —se apartó hasta situarse en el borde de la cama.

Aturdido, la observó incrédulo mientras ella se levantaba y se subía las braguitas.

—Lo siento, Cade.

¡Eso significaba que volvía a hacérselo! Igual que en la universidad… lo dejaba encendido, excitado y loco de deseo.

—Brynn —comenzó con voz inhumanamente hosca—, ¿qué diablos estás haciendo?

—Vuelvo a mi habitación —encontró el camisón arrugado en el suelo, se lo puso y se lo alisó.

—¿Por qué?

—Porque no puedo meterme en la cama contigo sin pensarlo.

Cade se levantó de un salto, cruzó la habitación en dos zancadas y la atrapó contra la cómoda.

—Por si no lo recuerdas, te metiste en la cama conmigo sin pensarlo. También te quitaste la ropa, me besaste hasta ponerme en un estado condenadamente febril…

—¡Lo sé, lo sé! —bajó la vista a la erección que se tensaba bajo los calzoncillos y apartó la vista con una mueca de culpabilidad—. Siento eso, pero…

—¿A qué le tienes miedo, Brynn?

—No tengo miedo.

—Entonces, ¿de qué se trata? —de repente se puso tenso—. ¿Estás enamorada de otro? —sintió como si un puño le atenazara el pecho—. ¿Del tipo que hace que pienses que eres frígida?

—¡No! —frunció el ceño—. No amo a nadie. Y no hables de Antoine de esa manera.

—¿Antoine? ¿Es francés? —ella asintió y él se puso más ceñudo. Había algo en los franceses que enloquecía un poco a las mujeres—. Si no amas a ese Antoine, entonces, ¿qué te impide tener sexo conmigo? Si piensas que no lo deseas, te estarás mintiendo.

—Oh, sé que lo deseo —afirmó con voz ronca y mirada encendida —. Siempre ha habido química sexual entre nosotros. Jamás lo he negado.

Cade se acercó más. Pero la mirada de ella adquirió una expresión de disculpa y se vio obligado a contener una maldición.

—Pero… bueno… —Brynn buscó palabras que no encontraba.

—¿Pero qué, maldita sea?

—Eres… Cade Hunter.

La miró perplejo. ¿Qué diablos quería decir con eso? Antes de ser capaz de descifrar esa afirmación de un modo racional, ella se bajó de la cama y cruzó la habitación.

—Ésa no es una respuesta —dijo, más sexualmente frustrado de lo que había considerado humanamente posible.

Brynn no respondió y se agachó para recoger las llaves que había dejado caer al entrar en la habitación.

Cade cerró las manos para evitar agarrarla y llevarla otra vez a la cama.

—Si sales por esa puerta, Brynn —advirtió, con voz dura e intransigente—, no… —calló, a punto de decir: «No vuelvas a mi habitación a menos que estés dispuesta a hacer el amor».

Como si lo hubiera oído, ella se detuvo en la puerta y lo miró con expresión seria.

—¿No… qué?

—No… olvides que has dicho que… ibas a pensar en… en… terminar lo que hemos empezado —forzó las palabras improvisadas por una garganta que sentía constreñida por la presión—. Así que hazlo. Piensa en ello.

Brynn lo observó con evidente sorpresa, y luego asintió despacio.

—Lo haré —se marchó a toda velocidad.

Cade soltó un explosivo suspiro, sintiendo como si acabara de frenar en el borde mismo de un precipicio. Había estado a punto de lanzarle el mismo ultimátum por el que llevaba maldiciéndose nueve años.

Al menos había aprendido de su error.

Y quizá eso le hubiera concedido lo que en ese momento ansiaba por encima de cualquier otra cosa: una nueva oportunidad con ella.

Capítulo 4

Lo primero que hizo Brynn a la mañana siguiente fue pedir de un herbolario local una mezcla especial de hierbas que había tomado en la universidad para ayudarla a contener su sonambulismo. No estaba segura de que hubieran funcionado, pero con el tiempo había frenado esa costumbre perturbadora, de modo que valía la pena volver a tomar ese brebaje.

Luego, llamó a la empresa de seguridad más próxima para solicitar una cerradura informatizada para la puerta de su dormitorio, que requería unos pasos bastante complejos para abrirse. Pasos que no podría dar dormida. Con la esperanza de que la nueva cerradura la mantuviera en su habitación por la noche, pagó una cantidad exorbitante para que se la instalaran ese mismo día.

Al menos tendría el control de su paradero por la noche. Valía la pena pagar cualquier cantidad de dinero para asegurar eso.

Esa misma mañana, se presentó un instalador. Mientras lo miraba colocar la cerradura, pensó en la debacle de la noche anterior. No podía creer que hubiera ido a la habitación de Cade, que se hubiera quitado el camisón y se hubiera metido en la cama con él. Pero había aprendido algo que había querido averiguar. El tiempo no había exaltado sus recuerdos de Cade. Él todavía le provocaba un calor que nunca nadie había podido alcanzar.

Había tardado años en superar el daño emocional que le había causado, en olvidar los sentimientos que le inspiraba, en convencerse de que estaba mejor sin él. No era momento de dar

marcha atrás. Pero deseó no tener que verlo hasta que hubiera decidido qué hacer. Sin embargo, sus deberes la obligaban a hacer acto de presencia en el bufé del almuerzo del viernes.

No se quedó mucho tiempo. Insegura de cuáles eran sus planes a propósito de él y sintiéndose culpable por despertarlo y luego dejarlo insatisfecho, apenas lo miró mientras charlaba con otros huéspedes. En cuanto pudo, escapó a su habitación con un sándwich y un capuchino.

Por eso se perdió la asombrosa revelación que hizo de sí mismo y que envió a Trish y a Lexi a su salón nada más terminar el almuerzo.

—¿Un periodista de viajes? —Brynn frunció el ceño y las miró como si hubieran vuelto a excederse con el café irlandés—. ¿Cade os contó que es periodista?

—Ha escrito cuatro libros de viajes —Trish lanzó una tarjeta sobre el regazo de Brynn.

Ésta hizo a un lado los papeles que había estado repasando y leyó la tarjeta de Cade, mientras Lexi se sentaba en un sofá y observaba su cara en busca de una reacción.

La incredulidad de Brynn se acentuó.

—No tenía ni idea. Cade se licenció en Derecho —miró a sus amigas—. ¿Quién hubiera imaginado que terminaría siendo escritor?

—Y fotógrafo —añadió Lexi—. Me mostró las fotos que sacó de los lagos y ríos de la zona, y son magníficas. Va a hacer una serie de libros sobre sus viajes por el sudeste.

Brynn apenas podía creerlo. El Cade que ella había conocido había mostrado muy poco interés en escribir.

—Nunca me lo mencionó —murmuró, sintiendo como si no lo conociera—. Siempre quiso ser policía.

—Supongo que recuperó la cordura —teorizó Trish con entusiasmo —. Sabes lo que esto significa, ¿verdad, Brynn?

—¿Qué? —no había visto a su amiga tan interesada en algo desde sus días de fraternidad.

—Si nuestro hotel le impresiona lo suficiente, nos pondrá en su libro.

—Incluye todos sus lugares y experiencias favoritos —Lexi sonó tan entusiasmada como Trish—. Restaurantes, playas, parques,

jardines… hostales históricos.

—Ya le he entregado la historia de nuestro hotel desde 1870 —indicó Trish.

—Ha estado sacando fotos de la casa —comentó Lexi—. Incluso nos hizo posar con los huéspedes durante el desayuno en el porche. Me cercioré de que tuviera un menú de mis especialidades, por si quería incluirlo en su nuevo libro.

Trish se sentó al lado de Lexi y ambas se sonrieron en extraña camaradería. Brynn no supo por qué experimentó una sensación ominosa ante el entusiasmo que mostraban.

—En cualquier caso, Brynn —continuó Trish—, hemos considerado que era mejor hablar contigo para que pudieras cambiar tu actitud.

—¿Mi actitud?

—Hacia Cade. Creemos que es importante que hagas que se sienta como en casa. Bienvenido. Mimado.

La miró espantada. Trish no tenía idea de lo que le estaba pidiendo.

—Brynnie, no es un mal chico. Sé que tu relación con él terminó mal, y siempre que quieras hablar del tema, cariño, aquí me tienes —Trish calló, con una expresión de profunda simpatía y curiosidad. Al no obtener ninguna respuesta, suspiró decepcionada y continuó —: Ahora es un cliente, y escribe libros de viaje. Debemos tratarlo cordialmente.

Brynn se preguntó si meterse con él en la cama se podía considerar cordial. Y si él lo añadiría a sus experiencias favoritas. Lo dudó. Forzó una risita histérica.

—Creía que lo estaba tratando con cordialidad.

Trish y Lexi intercambiaron una mirada.

—La señora Hornsby me contó que ayer por la tarde, a la hora del té, estuviste a punto de echarlo del hotel —dijo Trish.

—En ese momento desconocía que fuera un cliente registrado.

—Y yo misma vi el modo en que lo miraste en el vestíbulo antes de irme anoche. Y hoy al mediodía saludaste a todos menos a él. Estoy convencida de que se sintió humillado.

Aunque él la había mirado con curiosidad, a Brynn no le pareció que pareciera humillado. Le había dado la impresión de que Cade le

iba a exigir que le dijera si pensaba o no acostarse con él.

—Si no lo saludé, sólo fue por distracción.

—Oh, vamos, Brynn. Estás hablando con nosotras —la reprendió Lexi.

No era habitual que Lexi se pusiera del lado de Trish, por lo que se sintió traicionada. Después de todos los conflictos que había resuelto entre las dos, ¿cómo se atrevían a unirse contra ella?

—Estoy segura de que no querrás indisponer a un cliente —comentó Trish con su voz de ejecutiva al tiempo que se ponía de pie —. Así que esfuérzate un poco más en hacer que se sienta bienvenido, ¿eh? Me sentiría fatal si se marchara pronto o con un mal sabor de boca —miró su delicado Rolex de oro, murmuró algo acerca de una cita en el gimnasio y se marchó.

—Traidora —dijo Brynn con mirada furiosa en cuanto Lexi y ella se quedaron solas.

—Sólo velamos por el negocio, Brynnie —Lexi empleó el diminutivo que usaba Trish con gesto perverso—. Y quizá Trish piense en el beneficio añadido de que un tipo tan atractivo como Cade duerma bajo su mismo techo… algo en lo que quizá tú deberías pensar.

Brynn no estaba lista para hablar de Cade. Ni siquiera con Lexi. Respondió con una sonrisa desinteresada.

—Estás dejando pasar una oportunidad monumental, Brynn.

—¿Para qué?

—Para ampliar tus horizontes sexuales. El simple hecho de pensar en Cade hizo que terminaras sonámbula y encerrada en un armario. Aparte de que has estado buscando a un buen amante.

—No, tú me has estado buscando a un buen amante. Yo me siento perfectamente satisfecha como estoy.

—No es lo que dijiste el otro día. ¿Has hablado con Cade a solas?

—Un poco.

—Bueno, es un comienzo. A mí me resulta encantador. No lo conocí muy bien en la universidad, pero esta mañana me ayudó a poner las mesas y las sillas en el patio para la fiesta de esta noche.

—Bueno, le pondremos una estrella junto a su nombre en reconocimiento de su capacidad de ayuda —respondió con ironía—,

y en el recreo le daremos una galletita más.

Lexi empujó la rodilla de su amiga con el pie.

—La verdad es que agradecí su ayuda. No tenía por qué hacerlo, aunque ahora que pienso en ello, lo más probable es que tuviera un motivo ulterior para echarme una mano —tras una breve pausa, concluyó—: Me parece que aún le gustas.

Brynn enarcó las cejas en invitación silenciosa para que Lexi se explayara.

—No dejó de llevar la conversación siempre a ti. Pareció especialmente interesado en los hombres de tu vida. Creo que evalúa a la competencia.

—O trata de encontrar más munición para irritarme. ¿Le contaste algo acerca de Antoine?

—En realidad, no. No conozco muy bien a Antoine. Siempre parece venir cuando finaliza mi turno. Pero lo que he visto de él me ha gustado, y eso le conté a Cade. Un metro ochenta y pico, buen físico. Pelo castaño con mechones rubios por el sol. Encanto continental. Acento sexy. Dinero de abolengo. ¿Qué tiene de negativo?

Brynn asintió con gesto distraído. Cade cada vez conocía más cosas sobre su vida privada.

—Aunque Cade tampoco está mal —continuó Lexi—. Si un chico así mostrara interés por mí, no me pensaría mucho la idea de comprobar si ha cambiado desde su salvaje juventud. Sé que te hizo daño, Brynn, pero todos hemos cometido estupideces en nuestro pasado de las que nos arrepentimos.

No podía discutirle eso. Su propio arrepentimiento la mantenía despierta algunas noches.

—No es cuestión de que me hiciera daño. También estuvo aquello con Rhiannon.

—¿Rhiannon Jeffries, nuestra compañera de fraternidad?

Brynn se mordió el labio, lamentando de inmediato el desliz. No había tenido intención de compartir con nadie sus sospechas. Después de todo, no era más que eso, una sospecha.

—Es con quien empezó a salir después de romper contigo, ¿no?

—Yo rompí con él —aclaró, con la esperanza de cambiar el hilo de sus pensamientos—. ¿Lo has olvidado? Yo…

—Rhiannon dejó la universidad a mitad de aquel semestre porque estaba embarazada —interrumpió Lexi, demasiado inmersa en sus cavilaciones como para distraerse.

Brynn apretó los labios. Era un tema demasiado doloroso.

—¿Crees que Cade era el padre? —inquirió Lexi con los ojos muy abiertos.

—Realmente, no estoy segura —reconoció en un intento por ser justa—, de manera que no debería haber dicho nada.

—¿No comentó Rhiannon que el padre de su hijo se negó a asumir la responsabilidad?

Brynn se centró en la pared más lejana, ya que odiaba hablar del tema. Aún le producía un nudo en la garganta y le partía el corazón. Lo cual, si era inteligente, debería solucionarle el problema de si se acostaba o no con Cade. Si las sospechas no demostradas de nueve años atrás tenían el poder de herirla, no debería acostarse con él.

Lexi absorbió en silencio las implicaciones de aquella confesión, se echó hacia atrás en el sofá y movió la cabeza.

—No podemos realizar ese tipo de conjeturas. Es injusto con Cade. No creo que se hubiera comportado de esa manera si hubiera sido el padre.

—Apenas lo conoces.

—No me ha dado la impresión de ser esa clase de persona.

—Yo tampoco lo creía —indicó Brynn—. Aunque tampoco pensé que me lanzaría ese ultimátum.

—¿Qué ultimátum?

Brynn cerró los ojos y maldijo para sus adentros por no cerrar la boca. Si Lexi lo había desterrado de su mente después de nueve años, no era ella quien fuera a recordárselo.

—No fue nada. Una tontería de la universidad.

—Oh, sí. Ya lo recuerdo. «Hagamos el amor o hemos terminado», ¿verdad?

Irritada de que lo hubiera recordado, y más porque su amiga no parecía especialmente indignada, forzó un gesto casi imperceptible de asentimiento.

—No me digas que aún te molesta. Ese ultimátum es el último recurso de todo universitario. Yo misma lo recibí en varias ocasiones.

—Nunca lo mencionaste.

—¿Y por qué debería haberlo hecho?

Brynn deseó poder quitarle importancia con la misma facilidad que su amiga. Realmente creía que Cade había sentido algo especial por ella. Con ese ultimátum la había herido profundamente… y aún más al ponerse a salir de inmediato con Rhiannon.

—Míralo con ojos de adulta, Brynn. Desde los tiempos de la universidad Cade ha crecido, y aunque no sea el hombre de tus sueños, es un buen candidato para una o dos aventuras sexuales. Lo más importante es si aún enciende tu antigua llama.

Brynn soltó una risa y con gesto espontáneo, se abanicó la cara.

Cuando volvió a mirar a su amiga, Lexi la observaba con embriagada expresión de descubrimiento.

—Me estás ocultando algo. Has tenido momentos de intimidad con él, ¿verdad?

—Un poco —la admisión le incomodó. No quería preocupar a Lexi con el problema del sonambulismo. Y como Trish se enterara de lo sucedido, probablemente la enviaría a una clínica del sueño y le prohibiría que trabajara como directora hasta que la hubieran curado. Al comprender que Lexi aún esperaba una explicación, dijo —: No pasó nada serio.

—¿Te refieres a nada sexual?

—Exactamente.

—Oh, Brynn, ¿por qué no le diste una oportunidad? Hace sólo unos días me comentabas que Antoine no te estimulaba. La ruptura debería encararse con diplomacia, si tenemos en cuenta que es primo de Trish, pero ¿por qué no hacerle saber a Antoine que se terminó y comprobar lo maravilloso que puede ser el sexo con un amante como Cade?

Brynn se encogió de hombros como si la cuestión no fuera muy importante para ella. Como si no se hubiera preguntado lo mismo durante noche y día. Pero siempre se había respondido con otra pregunta: ¿sería capaz de mantenerse emocionalmente distanciada si hiciera el amor con Cade?

Tenía la habilidad de hacerle sentir las cosas con demasiada profundidad, como la furia y la sensación de traición que habían permanecido con ella durante tanto tiempo. Si alguna vez cometía la estupidez de volver a enamorarse de él, sin duda le destrozaría el corazón. No era hombre de una sola mujer y no estaba interesado en nada más que el sexo.

No, no podía involucrarse íntimamente con Cade, a menos que fuera capaz de considerarlo sólo un pasatiempo placentero. Una aventura sexual.

¿Por qué no podía aceptar eso y seguir adelante, como haría cualquier mujer sofisticada?

Esperó hasta que las tres estuvieron ocupadas… Trish fuera del hotel, Lexi en la cocina y Brynn en el patio trasero, contándoles a los huéspedes la interesante historia de Athens.

La primera planta del hotel era completamente suya.

No perdió el tiempo en aprovechar la oportunidad. Con un instrumento que siempre llevaba consigo, abrió las puertas cerradas y registró con rapidez cada habitación en busca de algo revelador. Por desgracia, encontró muy poco.

Luego pinchó los teléfonos de las habitaciones de Trish y de Brynn. También habría pinchado el de Lexi, pero vivía fuera del hotel. Por desgracia, no pudo localizar el móvil de Brynn. Probablemente, lo llevaría encima. Tendría que encontrar un modo de pincharlo más adelante. Las llamadas de teléfono solían aportar mucha información.

Lo más importante, instaló un sensor de movimiento en la puerta del dormitorio de Brynn. Con la sofisticada y nueva cerradura que había instalado, jamás notaría el diminuto sensor. Nadie saldría, o entraría, sin que él lo supiera.

Luego regresó a su propio cuarto, encendió el ordenador portátil y cargó las fotografías digitales que había sacado del personal y de los huéspedes. Un clic del ratón envió las imágenes por el ciberespacio.

Brynn permaneció ocupada casi toda la tarde del viernes, preparándose para la fiesta de esa noche al tiempo que trataba de no notar qué hacía Cade o con quién lo hacía. Lo vio por el hotel con su cámara de fotos y su bloc de notas, mientras se relacionaba con los demás huéspedes, al parecer encantados con su trabajo como periodista de viajes.

Logró esquivarlo hasta última hora de la tarde, cuando se encontró prácticamente a solas con él en la sala de la televisión. Aunque la señora Hornsby estaba sentada en una mecedora cerca de la ventana, roncaba con una novela de misterio abandonada en su regazo cuando Cade entró. Brynn, que había estado quitando el polvo a los muebles y acomodando los cojines en los sofás, no podía dejar de trabajar para huir, aunque sintió la tentación de hacerlo.

Cade se sentó en un sillón y la saludó con una sonrisa que cualquier mujer habría encontrado imposible de ignorar.

Con la esperanza de que la presencia de la señora Hornsby lo frenara de iniciar una conversación íntima, se refugió en el tema casi impersonal de su profesión.

—He oído que eres periodista de viajes.

—Las noticias vuelan.

Al no decir nada más, lo miró levemente sorprendida. Había esperado que se explayara un poco. Pero él permaneció en el sillón, con la cara apoyada en la mano, observándola.

—Hasta donde recuerdo, nunca diste la impresión de que te interesara mucho la escritura —comentó—. Ni los viajes.

—La gente cambia —otro momento de silencio antes de que añadiera—: Al menos, algunas personas lo hacen.

La incomodidad se asentó en sus entrañas. Brynn sabía que se refería a su conducta de la noche anterior, cuando lo dejó tan sexualmente frustrado como en la universidad. Centró sus esfuerzos en limpiar.

—Estaba convencida de que terminarías por convertirte en un agente de la ley.

—¿Qué futuro hay en eso?

Dejó de limpiar el polvo y lo miró. El comentario de él le sorprendió. Siempre había estado muy interesado en el trabajo

policial, en las técnicas del FBI para obtener perfiles psicológicos y en la noble causa de meter entre rejas a los criminales peligrosos.

De hecho, hubo ocasiones en que su pasión por el tema le había inquietado. Y aunque a ella no le había agradado especialmente ese afán por perseguir a criminales, lo había entendido. Su abuelo materno había sido policía. Cade no lo había conocido mucho, pero se había tomado a pecho las historias heroicas que le habían contado sobre él. Era evidente que el abuelo le había transmitido al joven nieto el entusiasmo por enfrentarse a los tipos malos. Brynn habría apostado la vida a que Cade se especializaría en algún campo de la lucha contra el crimen.

Y aunque no era asunto suyo, se sentía ridículamente decepcionada por que no hubiera perseguido el sueño de juventud.

—¿Percibo desaprobación? —preguntó con incredulidad—. ¿De mi carrera de escritor?

—Desaprobación, no. ¿Quién podría desaprobar una carrera de escritor cuando ya has publicado varios libros?

—Pero no te impresiona mucho.

—Es bastante impresionante —volvió a quitar el polvo.

—¿Pero…?

—Pero… —¿por qué no podría guardarse sus opiniones para sí misma?— es como si te hubieras vendido.

—Vendido —entrecerró los ojos como si quisiera descifrar unas palabras ininteligibles.

—Te graduaste en Derecho —le recordó.

—¿Me estás diciendo que crees que debería haberme hecho poli?

—O agente federal. O juez. O fiscal. Creo que eso habría encajado contigo —lo miró de reojo mientras frotaba la superficie de una mesa de roble.

Él se adelantó y apoyó los antebrazos sobre las rodillas para estudiar el perfil de ella.

—Jamás he conocido a una mujer que animara a un hombre a ser poli.

—Yo no animaría a cualquier hombre a ser poli.

—Entonces, ¿por qué yo?

—Porque siempre te fascinó el trabajo policial y… por ser uno de los buenos —ése había sido el impulso vital que había estado detrás de todos los esfuerzos de Cade. Ni siquiera estaba muy segura de cómo lo sabía—. Te apasionaba. Formaba parte de ti. Y lamento oír que has dejado atrás esa parte.

La sorpresa se reflejó en los ojos de Cade, y luego se convirtió en algo más profundo. Como si de algún modo lo hubiera conmovido.

—También me apasionaban otras cosas.

A Brynn se le desbocó el corazón y volvió a sentir el aumento de calor sensual. Lo recordaba con gran claridad. Sí que había sido apasionado.

Apartó la vista de sus ojos hipnotizadores. Era un experto en sumirla en un estado mental erótico.

No podría haberse sentido más aliviada cuando, momentos más tarde, el grupo de chicos de Kappa Alpha entró para ver el partido de los Braves en el televisor de pantalla grande. La señora Hornsby dejó de roncar para ver también el partido.

Brynn se mantuvo ocupada sirviendo refrescos y refrigerios y evitó cualquier conversación con Cade. Al menos ya había tomado una decisión acerca de si debía acostarse o no con él. No lo haría. Si una conversación sobre su trabajo tenía el poder de agitarle las emociones, ¿cómo esperaba sobrevivir a la intimidad sexual?

Pero ¿cómo podía obviar la poderosa atracción sexual que sentía por él cuando nadie más se la provocaba?

Quizá su mente no estaba del todo decidida.

Su atención se desvió hacia el televisor cuando el partido de béisbol se vio interrumpido por un anuncio especial. En la pantalla se podía leer el encabezado: Secuestrador en serie. El Flautista de Hamelín.

La presentadora anunció:

—La policía acaba de emitir un parte. Tres casos aislados de mujeres que han desaparecido de sus hogares en Georgia este verano han sido vinculados con un único secuestrador. La policía ha recibido por correo fotografías de las tres mujeres, con una nota que ponía El Flautista de Hamelín. Hasta el momento no se ha exigido ningún rescate. Fuentes policiales creen que el secuestrador se hizo

amigo de cada víctima antes de hacerla desaparecer. Desarrollaremos la noticia en el telediario de las once.

Brynn reconoció el caso que investigaba su hermano… el secuestrador del que le había advertido, aunque sin mencionar los detalles de las fotos y las notas. También le había mencionado que no sabían si las mujeres seguían con vida. Tembló ante las implicaciones. La idea de que su hermano tratara con unos psicópatas tan peligrosos en el trabajo le afectó más que nunca.

Casi todos los hombres que había frente al televisor habían prestado poca atención al anuncio, aparte de para gruñir por la interrupción del juego. Sin embargo, había dado la impresión de que Cade se concentraba intensamente en cada palabra. Y aunque alguien que no lo conociera probablemente no se hubiera dado cuenta, Brynn sospechaba que la noticia le había perturbado. Indignado.

Una reacción extraña.

Pero entonces rió por algo que decía un Kappa Alpha y volvió a concentrarse en el partido. Brynn dio por hecho que había malinterpretado esa reacción fugaz.

Capítulo 5

La subasta alcanzó los ciento veinte mil dólares, y el cuadro de una naturaleza muerta fue vendido a alguna mujer de la jet set que lo colgaría de una pared para que sus frívolas amigas pudieran admirarlo, como si la obra tuviera algún mérito real.

La furia surcó sus venas y palpitó en sus sienes con tanta intensidad que tuvo que abrirse paso entre la multitud y abandonar la galería. Ciento veinte de los grandes… mientras su obra, inmensamente superior, se vendía por unos miserables cientos, cuando tenía suerte.

Salió a una bulliciosa calle de Atlanta con el anhelo de vengarse en algo o en alguien, de ceder a esa ira que lo consumía. Y por enésima vez juró que comprendía la mente de Jack el Destripador. Había leído la teoría de que el asesino había sido un atormentado pintor impresionista. Era una pena que su notoriedad como el Destripador no hubiera conseguido atención para su arte. Desde luego, lo habrían colgado. Lo que habría hecho que su obra alcanzara precios aún mayores.

El negro sentido del humor de aquella ironía ayudó a calmarlo. No se consideraba un hombre violento, y no podía dejar que la injusticia del mundo del arte le afectara de esa manera.

Debía recordar que su obra no tardaría en lograr precios elevados en las galerías de arte del mundo. Y su nombre no sólo sería famoso entre los amantes del arte, sino entre todos los que leyeran los

periódicos o vieran los telediarios. Porque había ideado una manera de aprovechar la fama sin tener que morir por ello.

Al acercarse a una exclusiva zona comercial, aminoró el paso para observar las caras de las mujeres a las que pasaba. Cada una poseía una belleza única que con facilidad podría traducir en arte. Y sabía que podía convencer a cualquiera de ellas de que posara para él. Irónicamente, había descubierto su aptitud para el arte mientras la utilizaba como ardid para intimar con mujeres ricas. Antes de eso, se había ganado la vida seduciéndolas para que se desprendieran de un dinero que no necesitaban. A cambio, les brindaba el estímulo de su atención.

Las mujeres siempre lo adoraban. Se cercioraba de ello.

Pero, en ese momento, no tenía necesidad de seducir a ninguna más por dinero, ni de buscar modelos excepcionalmente atractivas. Ya había elegido a aquéllas que lo llevarían adonde quería ir. Había dedicado años a decidirse por ellas, y hasta la fecha, la investigación y los preparativos exhaustivos daban sus frutos. Las cosas marchaban según lo planeado.

Al cruzar una calle entre una multitud compuesta principalmente por mujeres que estaban de compras, pasó junto a un coche patrulla. Evitó mirar al poli que había al volante y se fundió más con la muchedumbre que lo ocultaba. Aunque no le preocupaba que pudieran atraparlo. Había sido muy cuidadoso en las últimas empresas y no creía que la poli supiera cómo era.

Ocultarse de la ley era un antiguo reflejo. La única vez que uno de sus blancos se había vuelto contra él y había presentado cargos, había tenido que pasar una temporada difícil entre rejas. Ya no permitía que el recuerdo del tratamiento irrespetuoso que había sufrido a manos de los polis de Atlanta le alterara. Porque en ese momento era él quien tenía ventaja. En ese momento, eran ellos quienes bailaban al ritmo que él marcaba.

Ese pensamiento le animó y la satisfacción le hizo avivar el paso. El plan que había ideado para elevar su rango en el mundo del arte servía a más de un objetivo. La deliciosa ironía de toda la situación le encantaba.

Era, sencillamente, un maestro de su juego, y el mundo algún día se maravillaría con su ingenio.

Y clamaría por comprar un cuadro del artista anteriormente conocido como el Flautista de Hamelín.

El tiempo el viernes por la noche era perfecto para comer fuera, sin la humedad opresiva ni el calor tan comunes de finales de agosto en Georgia. Cade se apoyó en una columna del porche delantero de la mansión y observó a la gente.

Brynn y Lexi habían decorado el patio con serpentinas rojas y negras alrededor de los árboles, globos en las columnas y carteles animando al equipo. Un vistazo a ambos lados de la calle mostraba que casi todos los patios estaban decorados de la misma manera, con estudiantes y alumnos congregados con copas en la mano. De las casas salían risas y música.

Las mesas con manteles rojos, rodeadas de sillas negras plegables, estaban preparadas en el patio delantero del hotel, y en una mesa larga central se distribuía el bufé para los huéspedes. Lexi, con una pequeña «G» de «Georgia» pintada en la cara, preparaba hamburguesas y pechugas de pollo en una parrilla próxima.

La fiesta del largo fin de semana había comenzado.

Dos de las misses bailaban de forma provocativa con los chicos Kappa Alpha en un claro en la hierba entre las mesas, sin duda para matar el tiempo antes de irse a las fiestas en el campus o en las fraternidades. Otros huéspedes miraban, aplaudían y silbaban.

Brynn, con una camiseta roja de la Universidad de Georgia y unos diminutos pantalones cortos de color negro que ceñían sus esbeltas caderas y su bonito y redondeado trasero, animaba a los profesores jubilados para que salieran a bailar, cerciorándose de que nadie quedaba fuera de la acción.

Se diera cuenta o no, todos los hombres la miraban a hurtadillas, pensó Cade. También en tiempos universitarios había atraído un montón de atención masculina. Aunque tampoco entonces había parecido percatarse de ello. Pero sí había sido consciente de su interés. Abierta e innegablemente consciente.

Pero en ese momento lo evitaba con la misma intensidad.

Llevaba esquivándolo desde que habían mantenido aquella conversación.

Quizá evitaba la proximidad con él por lealtad a su novio, Antoine, el primo de Trish con el «encanto continental». Cade se preguntó cuándo iba a aparecer. Ese pensamiento lo puso irracionalmente tenso. No creyó poder soportar que Brynn mostrara algún signo de estar enamorada de ese tipo. Ni siquiera que lo deseara.

Mentalmente se mofó de sí mismo. Hasta ahí llegaba el juramento de no dejar que Brynn Sutherland volviera a afectarlo.

Pero ¿cómo podía resistirse a una mujer que se enfadaba porque él no había seguido sus sueños? No conocía a nadie que alguna vez hubiera dedicado un solo pensamiento a analizar cuáles eran sus sueños o si los había alcanzado. También reconocía la fuerza que lo había impulsado desde niño: ser uno de los «buenos». Conscientemente, ni él había reconocido esa fuerza hasta que Brynn la había mencionado.

La transmisión televisiva de aquella tarde no había ayudado a mejorarle el humor. No había esperado que la noticia de la nota del secuestrador ni su apodo del «Flautista de Hamelín» se hicieran públicos tan pronto. Sin lugar a dudas, lo que ansiaba ese tipo era la atención de los medios. La publicidad podía animarlo a atacar de nuevo, y más temprano que tarde.

Al menos, aún no habían publicitado algunos detalles. Como el hecho de que todas las mujeres a las que había secuestrado estaban relacionadas con policías de Atlanta. Dos eran esposas, la otra, una hija. Aunque Cade dedujo que aquel detalle no tardaría en ser filtrado a la prensa. Y Brynn, al saber que su hermano no sólo era un policía de Atlanta, sino el detective encargado del caso del Flautista, se daría cuenta del peligro que corría. Lo que le complicaría aún más el trabajo.

Irritado por la cobertura que le daban los medios, y por el hecho de que Smitty al final la había convencido de bailar con él, decidió seguir adelante con otra parte de su trabajo: averiguar todo lo que pudiera de las personas del entorno de Brynn.

Como ya había hablado con Lexi por la mañana y con muchos de los huéspedes a lo largo del día, era hora de dedicarle algo de tiempo a la persona con quien menos había hablado. La que podía revelarle más sobre el amigo íntimo de Brynn. Trish.

Era evidente que la fiesta resultaba un gran éxito. Todo el mundo parecía estar pasándoselo en grande, comiendo, bebiendo, bailando o coqueteando. Estaba impaciente por que se acabara.

Sin embargo, su estado de ánimo no tenía nada que ver con el hecho de que Trish, vestida únicamente con un biquini negro, tacones altos y un pequeño y transparente pareo alrededor de las caderas se hallaba prácticamente pegada al cuerpo de Cade. Habían estado sentados a una mesa, solos, hablando durante mucho tiempo. En ese momento, iban del brazo mientras él hablaba con otros huéspedes, y ella le lanzaba invitaciones poco sutiles con los ojos azules.

Ya no pudo soportarlo más.

—Mmm, Trish, cariño —llamó—. Necesito tu ayuda unos momentos. ¿Te importaría?

La mirada que le lanzó su amiga indicaba que sí le importaría. Brynn sonrió y la llamó con un dedo. A regañadientes, Trish le susurró algo a Cade, y luego la siguió por los escalones del porche al interior de la casa.

Al llegar a la biblioteca, metió a su amiga en la amplia sala y cerró la puerta.

—Trish, por favor, escúchame. Te lo digo por tu propio bien… no te líes con Cade Hunter.

—¿Por qué no? —frunció el ceño.

—Porque en este momento eres vulnerable después del divorcio. ¿Por qué meterte en otra relación que va a terminar mal?

—¿Qué te hace pensar que será así? Cade no se parece en nada a mi tramposo y mujeriego ex.

—Oh, ¿crees que no? —¡era demasiado para seguir callada!—. Entonces, deja que te cuente cómo terminó mi relación con él en la

universidad. Cade exigió que tuviera sexo con él, y cuando no acepté, lo consiguió de otra.

Ya estaba. Había dolido, desde luego, pero al menos Trish quedaba advertida.

—¿No quisiste tener sexo con él?

Brynn parpadeó. Era evidente que su amiga no lo había entendido. Y la incredulidad que veía en los ojos de Trish le recordó por qué no había hablado de la cuestión con Trish o con sus hermanas de fraternidad. Su virginidad había sido algo raro.

—¡Sólo tenía dieciocho años, Trish! Y yo… yo… —al saber que su amiga jamás lo entendería, Brynn alzó las manos con exasperación —. ¿Qué importancia tiene que no practicara el sexo con él? Cuando le dije que no, fue a buscar a otra.

—Bueno, ¿y qué esperabas que hiciera?

La exasperación de Brynn fue en aumento.

—Recurrió a una de las hermanas de fraternidad.

Finalmente, la sorpresa y la desaprobación se mostraron en las facciones de Trish. Como su marido se había acostado con una de sus amigas del club náutico, se mostraba particularmente sensible al tema de que un hombre traicionara a una mujer con una amiga de ésta.

—¡Qué canalla!

Mucho mejor. Brynn asintió.

—¿Y quién fue? —preguntó Trish.

Brynn se mordió el labio y negó con la cabeza, insegura de pronto de si había obrado bien al contarle a su amiga cómo había sido la ruptura con Cade. No pensaba mencionar el nombre de Rhiannon, como había hecho con Lexi aquella mañana. No sería justo difundir rumores no probados acerca de la posibilidad de que él hubiera sido el padre del bebé de Rhiannon.

—No importa quién fue, Trish. La cuestión es que me rompió el corazón. Y tardé años en superarlo.

—Lo siento tanto, Brynnie… —la compasión le suavizó la voz. Había dedicado horas a contarle a Brynn la angustia de descubrir la aventura de su marido y la traición de su amiga—. No sentirás todavía algo por él, ¿verdad?

—No, claro que no. Aprendí mi lección sobre Cade Hunter hace mucho tiempo.

—Bien —la abrazó y luego se retiró con una sonrisa en la cara—. Entonces, no te preocupes por mí, cariño. No busco una relación a largo plazo. De hecho, ahora que sé cómo te trató, creo que lo castigaré por todo el daño que cometió y lo dejaré a él con el corazón roto. Eso sería justicia poética, ¿no crees? —con una sonrisa agridulce, apretó el hombro de Brynn y se marchó de la biblioteca.

Brynn contuvo el deseo de agarrarla por el pelo. Era evidente que tenía decidido seducir a Cade. ¡Y no podía dejar que sucediera! Con la intención de interferir, aunque no sabía cómo iba a lograrlo, giró para regresar a la fiesta.

Pero entonces un hombre salió de las sombras del pasillo y llenó el umbral de la biblioteca. Cade. Se quedó demasiado sobresaltada para hablar.

Tenía el rostro sombrío y serio.

—¿Era verdad eso, Brynn? Lo que le contaste a Trish. ¿Realmente… te partí el corazón?

—Escuchabas a escondidas —acusó.

—Tu voz llegó hasta el pasillo —se acercó y repitió la pregunta—. ¿Te partí el corazón?

No quería reconocérselo.

—Claro que lo hiciste.

La miró con expresión sincera de sorpresa.

—No pensé que te importara lo suficiente como para sentirte herida. Tú rompiste conmigo y ni siquiera miraste atrás. Te negaste a hablarme o a verme.

—Eso ya no importa —intentó pasar a su lado, pero él la sujetó por los hombros.

—Sí importa —estudió su cara con una intensidad propia de tiempos pasados, haciendo que se sintiera más desnuda que la noche anterior—. No recurrí a ninguna de tus hermanas de fraternidad en busca de sexo.

Brynn se quedó boquiabierta ante una mentira tan descarada.

—¿Has olvidado a Rhiannon Jeffries?

—Jamás me acosté con Rhiannon. Éramos amigos. Amigos, nada más. Su familia iba al mismo club de campo que mi padre. Y como yo pasaba seis meses al año en la casa de él…

—Olvídalo, Cade. Todos estábamos en aquella fiesta, ¿lo recuerdas? Dos días después de que nos separáramos. O quizá no notaste mi presencia. Permaneciste en el sofá toda la noche, besuqueándote con tu supuesta amiga.

—De modo que te diste cuenta… Pues no te comportaste como alguien a quien yo le importara.

Tuvo el descaro de sonar molesto, como si, de algún modo, ella lo hubiera engañado.

—¿Esperabas que chillara y rechinara los dientes?

Él respiró hondo y la miró.

—Brynn, reconozco que me equivoqué. Hice muchas elecciones erróneas. Pero, a diferencia de lo que parece, acostarme con Rhiannon no fue una de ellas. Jamás tuve sexo con ella. La llevé a la fiesta para provocarte celos, con la esperanza de que volvieras conmigo. Y Rhiannon aceptó la charada para provocar a otro chico. No fue la decisión más inteligente por parte de ambos… pero los dos estábamos desesperados.

En su interior, Brynn experimentó el deseo de creerle, pero luchó contra eso. ¿Por qué iba a creerle en ese momento cuando no lo había hecho entonces? ¿Y por qué iba a importarle que se hubiera acostado con otra chica?

Aún hacía que sintiera con mucha profundidad. Eso no había cambiado en absoluto. Intentó soltarse.

Pero él no liberó sus hombros.

—Brynn, lamento haberte hecho creer que estaba con Rhiannon. Y lamento haberte dado el ultimátum. Nunca he lamentado algo más que eso —sus ojos reflejaron remordimiento.

Sintió la terrible tentación de perdonarlo y de fundirse en sus brazos. ¿Estaba loca para bajar tanto sus defensas? ¡Ése era el hombre que le había arrancado y pisoteado el corazón!

—Te perdono —esbozó una sonrisa tensa mientras en su interior libraba una batalla—. Además, los dos hemos crecido. Hemos seguido adelante. Encontrado felicidad, etcétera, etcétera.

—No hagas eso, Brynn —cerró las manos en sus brazos—. No me dejes fuera. Y no estés tan segura de que soy el único culpable. Tú me hiciste creer que era importante para ti mientras estuvimos juntos. Pero no dejaste de empujarme, de apartarme de ti, hasta que me di cuenta de que no formaba parte de tus planes. No querías vincularte demasiado. Por eso me mantuviste a distancia. Yo sólo quería derribar tus barreras, Brynn, y desterrar la distancia que había entre nosotros.

—Era demasiado joven para mantener una relación demasiado seria con nadie. Los dos éramos demasiado jóvenes.

—Ahora lo veo. Pero en aquel entonces sólo te veía a ti. Y sabía que tus sentimientos hacia mí tenían un tope y que mi tiempo contigo era limitado —la voz se volvió irónica—. Lo lógico era que estuviera acostumbrado a eso, pero por alguna loca razón… —movió la cabeza, como si quisiera negar las palabras que acababa de pronunciar o eliminar un pensamiento doloroso.

La declaración inconclusa tuvo sentido sólo cuando recordó lo que había conseguido sonsacarle de su pasado. Su padre, rico e importante, y su madre, bailarina exótica, habían librado una batalla legal para librarse de su custodia cuando él tenía siete años. Ninguno de los dos lo había querido, pero finalmente se habían visto obligados a compartir la custodia. Cade estuvo yendo de una casa a otra. El significado de su infancia de pronto le daba a su conducta una luz nueva.

«Tus sentimientos hacia mí tenían un tope y mi tiempo contigo era limitado. Lo lógico era que estuviera acostumbrado a eso…», repitió Brynn para sí.

Se llevó una mano al corazón. ¿Le había hecho daño a él? No. Era su manera de darle la vuelta a las cosas. De transferir la culpabilidad. De confundirla.

—No podemos cambiar lo que hicimos, Brynn, pero sí podemos decidir qué sucede ahora —la tomó de los codos y la pegó a él—. Tenías razón al decir que ambos habíamos crecido y seguido adelante. No espero que cambies nada de tu vida por mí, y yo no pienso quedarme mucho tiempo. Pero creo que hay algo que quieres de mí, lo mismo que yo lo quiero de ti.

Sintió un cosquilleo en el estómago y apartó la vista. Sabía que él tenía razón.

—Acuéstate conmigo —instó Cade—. Esta noche.

La tentación la anegó como una ola gigantesca. ¿Qué daño causaría?

Incapaz de responder, de pensar con claridad o de alcanzar alguna decisión, farfulló unas disculpas incongruentes, salió al pasillo y huyó a sus habitaciones privadas. Lexi podría ocuparse del resto de la fiesta.

Cade permaneció en la puerta de la biblioteca y la observó huir de él otra vez. ¡Creía que le había roto el corazón! Y había tardado años en superarlo, o al menos era lo que le había contado a Trish. Y ya no sentía nada por él.

¿Cómo diablos tenía que sentirse? No podía evitar sentirse algo satisfecho al haber descubierto que le había importado más de lo que él había creído. Pero también estaba furioso con ella. Había analizado sus actos a la peor luz posible. Y para rematarlo, estaba enfadado consigo mismo por haberla herido. Por haberla perdido.

Pero le costaba aceptar que se hubiera equivocado tanto. Para que a ella se le hubiera partido el corazón, tendría que haberlo amado. O al menos haber creído que lo amaba.

El remordimiento lo desgarró con zarpas afiladas. ¿Había fracasado en reconocer aquel último milagro? No. No había confundido la situación. Las barreras que había percibido en ella habían sido reales.

Y aún seguían allí, más fuertes que nunca.

No obstante, aún la deseaba con una urgencia que le desconcertaba.

Irrumpieron en su dormitorio aquella noche… una muchedumbre de mujeres indignadas y pendencieras, sin llevar nada más encima que unos biquinis negros y zapatos de tacón alto. Entre ellas, y mucho más vestida, se hallaba la presentadora que esa tarde había

comunicado la noticia del secuestrador. Gritando, rodearon a Brynn. Sobresaltada y desconcertada, Brynn se esforzó por entender qué decían.

La morena más alta y bonita, que se parecía a una de las misses que estaban hospedadas en el hotel, pero de proporciones amazónicas, le habló directamente:

—Cade Hunter. Lo quiero. ¿Dónde está? Dijiste que se encontraría aquí.

—¿Sí?

—¿Cómo puedes desear a alguien así? —gritó la pelirroja de curvas generosas—. Es un hijo de perra —se dirigió a Brynn—: Me alegro de que nos abrieras los ojos sobre su verdadero carácter.

—Pero yo nunca… —frunció el ceño.

—Su carácter no me preocupa, siempre y cuando sea bueno en la cama —una rubia elegante de blanco se había abierto paso entre la multitud beligerante que en ese momento llenaba la habitación. Al verla más de cerca, Brynn se dio cuenta de que era Trish. Iba vestida de novia, con el mismo vestido y velo que había utilizado para casarse con su ex—. No te preocupes, Brynnie. Le arrancaré el corazón por ti. Justicia poética, ¿eh?

—No —el pánico atenazó el estómago de Brynn—. Trish, no lo hagas.

—¿Por qué no? No lo quieres para ti, ¿verdad?

La amazona apartó a Trish, con una impaciencia lindante con la furia.

—¿Dónde está?

—Está aquí —afirmó la presentadora con voz profesional de bien modulada urgencia—. Según mis fuentes internas, Cade Hunter, famoso rompecorazones, se registró en el hotel el jueves. Las autoridades creen que anda al acecho para conseguir mujeres con las que acostarse. Desarrollaremos esta exclusiva en el telediario de las once.

—Desde luego que está aquí —confirmó alguien que sonó como la señora Hornsby.

—Es mi turno de tenerlo —chilló una mujer.

—Yo le arrancaré el corazón —bramó otra.

De pronto Brynn entendió lo que harían. Se turnarían para obtener placer de Cade, y luego lo castigarían por haberlas herido a Rhiannon y a ella y haberse negado a reconocer a su propio hijo.

Pero ¿la había herido con crueldad o ella lo había malinterpretado? ¿De verdad era el padre del hijo de Rhiannon? De repente ya no estuvo segura. Sin embargo, esas mujeres salvajes y lujuriosas lo iban a despedazar.

—¡No, esperad! —se puso de rodillas sobre la cama—. Quizá me equivocara con él.

—¿Aún lo quieres?

—¿Lo has perdonado?

—¿Es tu amante?

—Si no lo es, entonces será el mío.

La frente de Brynn se perló de sudor y la boca se le resecó mientras las mujeres se convertían en gatas salvajes descontroladas, preparadas para despedazar a Cade.

¡Tenía que advertírselo! ¡Todo era por ella, y ni siquiera había estado segura de su culpabilidad!

Espantada por lo que había hecho, saltó de la cama. Necesitaría las llaves para llegar junto a Cade antes de que las intrusas lo hallaran. Con celeridad, recogió el llavero de la cómoda. Pero al llegar a la puerta, no pudo abrirla.

¡La cerradura nueva! Tenía que seguir unos pasos complicados. Se preguntó por qué demonios la habría instalado. «Piensa. Piensa». ¿Cómo se hacía? «Gira esto, aprieta aquello. Ah, sí, luego los números». Agradeció recordar el código.

Sin perder tiempo, abrió la puerta y se lanzó al pasillo.

Capítulo 6

El sonido bajo pero insistente de la alarma de su reloj despertó a Cade del primer sueño profundo del que había disfrutado desde que saliera de Colorado. Tardó un momento en darse cuenta de que la alarma había sido activada por el sensor de movimiento que había plantado en la puerta de Brynn.

La había abierto. Y su reloj ponía que era la una y cuarto de la mañana. ¿Estaría sonámbula otra vez? ¿O había cambiado de idea y decidido ir a su lado? Lo invadió una oleada de esperanza, que desapareció al pensar en la siguiente posibilidad. ¿Estaría abriendo la puerta para dejar pasar a alguien?

Alerta y tenso, se sentó y escuchó. No, había salido de la habitación. Las pisadas se oían en el pasillo. Hizo un movimiento para bajar de la cama, pero el sonido de unas llaves ante su puerta lo detuvo. El picaporte giró. La puerta se abrió. El alivio lo recorrió como un río depurador. Había ido a su lado.

—Cade —musitó ella con tono urgente mientras cerraba la puerta con ambas manos—. ¡Oh, Cade! —se lanzó sobre la cama con los ojos muy abiertos—. Vienen por ti.

—¿Quiénes?

—¡Las gatas!

—¿Las gatas?

—¡Te encontrarán y te despedazarán!

Decía locuras. Tenía que estar dormida. Maldición.

—No, no. Me llevo bien con los gatos —le aseguró. Apartó el edredón y la pegó a su lado.

—Yo las llamé —temblaba y tenía frío. Estaba asustada—. Lo siento, Cade. Lo siento tanto…

—Sshhh. No pasa nada —le acarició la espalda y subió el edredón para hacerla entrar en calor—. No es más que un sueño.

—No estoy soñando —insistió—. Están aquí, de verdad, y te despedazarán.

Le sorprendía, ya que nunca hubiera imaginado que un sonámbulo fuera capaz de mantener una conversación, y menos aún una discusión.

—Y… tú las llamaste, ¿eh?

Brynn pegó su cálida mejilla sobre el hombro de Cade.

—No debería haberles hablado de ti.

—¿Y qué les contaste exactamente?

Ella se retiró y lo miró, los ojos brillantes por el pesar, aunque descentrados.

—¿Es verdad? ¿Es algo de ello verdad, Cade?

—No. Nada —volvió a abrazarla con determinación, preguntándose qué les habría contado a las gatas que querían despedazarlo.

Ella volvió a apartarse, pero sólo el tiempo suficiente para quitarse el camisón por encima de la cabeza. Luego lo rodeó con los brazos, acomodó los pechos desnudos sobre su torso y lo abrazó como si nunca quisiera soltarlo.

El pulso de Cade se desbocó, la temperatura se le disparó. Y se inició el deseo. Pero simplemente la mantuvo abrazada. Ella murmuró algo incoherente.

—Eres mi aventura sexual —musitó.

Él frunció el ceño. ¿Seguiría soñando? ¿Lo estaría considerando a la luz de una aventura sexual?

No le molestaba en absoluto. ¿Qué hombre en su sano juicio no querría ser considerado una aventura sexual por una mujer hermosa? No obstante, se descubrió inexplicablemente tenso mientras prestaba atención para descubrir más pistas sobre lo que

pasaba por la cabeza de ella. Pero la respiración no tardó en volverse profunda, lenta y rítmica.

No haría nada para despertarla. Dormiría en sus brazos. Sólo dormir. Toda la noche.

Y por la mañana, cuando despertara, mantendrían una larga y seria charla. Y quizá, sólo quizá, podría comenzar la aventura.

De modo que su nueva y cara cerradura no había funcionado.

Lo supo sin necesidad de abrir los ojos. Reconoció la fragancia de Cade, una combinación de jabón, menta y hombre. Reconoció la sensación de su cuerpo pegado a la espalda. Sólido, cálido, tonificado. La mano grande y dura que le coronaba el pecho.

El pecho desnudo.

Sin abrir los ojos, a pesar de la insistente luz de la mañana, se permitió disfrutar de su proximidad física. Qué agradable era estar acostada con él. Despertar en sus brazos. Se sentía segura y mimada. Lánguida, pero sensual. Luchó contra el impulso de moverse contra los muslos musculosos y se obligó a pensar más allá del momento, de la compulsión sensual de excitarlo.

No tenía que adivinar cómo había terminado en la cama con Cade. Rebuscó en su memoria y sólo consiguió invocar imágenes vagas, oníricas y emociones que tenían poco sentido. La más vívida era la sensación de inminente perdición. La necesidad de darse prisa. Cade estaba en peligro. Tenía que llegar junto a él.

Era evidente que lo había conseguido.

Regresó otro recuerdo fugaz: se quitaba el camisón, lo tiraba a un lado… se acurrucaba contra él… disfrutando del calor, de la seguridad… De Cade. Había sabido dónde se encontraba… justo donde había querido. ¡Maldito sonambulismo!

Pero como el daño a su orgullo ya estaba hecho, y no experimentaba esa necesidad con ningún otro hombre, y el pánico de su sueño le había recordado que el tiempo con él estaba definitivamente limitado…

Permitió que su cuerpo se moviera. Sólo un poco. Un movimiento leve, ínfimo. Un vaivén sutil de las caderas, como un susurro bajo las

sábanas. El roce de los glúteos contra su pelvis, sobre su calor íntimo. Giró la cara y la colocó contra su mandíbula. Deslizó la mano por su cadera.

Estaba desnudo. Aunque lo había sabido, sentido, un gemido se concentró en su garganta, que fue incapaz de contener.

Oyó que el ritmo de la respiración de Cade se entrecortaba. Sintió que el cuerpo se le ponía tenso. Le apretó el pecho y sus poderosos músculos se flexionaron en respuesta directa a sus movimientos seductores. Brynn se arqueó hacia él. La erección creció entre sus muslos, contra la línea sensible de su trasero.

—Brynn —susurró con ardor—. ¿Estás despierta?

Ella sonrió, ridículamente contenta de que le preocupara.

—Pellízcame —murmuró—, por si estuviera soñando.

Hizo exactamente eso, en el trasero. También se metió el lóbulo de su oreja en la boca y le provocó un hormigueo por el cuello. Luego descendió, abriendo un sendero de llamas con la lengua.

Ella perdió todo control y se permitió movimientos, caricias y gemidos licenciosos. Cade le masajeó los pechos y bajó la mano entre sus piernas. El placer de Brynn se encendió y se volvió urgente mientras la erección palpitaba hasta alcanzar un grosor extraordinario entre sus piernas.

Lo deseaba. Quería que la penetrara con fuerza. Vigorizada por un calor incontenible, movió las caderas para aceptarlo. Las yemas de los dedos de Cade se detuvieron entre los rizos de sus muslos, en la parte más sensible de su montículo femenino, y ejercieron una presión uniforme y constante, mientras la erección subía y avanzaba en busca de una entrada, dejándola sin aliento.

Una llamada sonora y súbita sacudió la puerta, sobresaltándolos.

—Cade, ¿estás ahí? —preguntó Lexi.

Brynn soltó el aire y trató de comprender la intrusión. Cade cruzó el brazo sobre sus pechos para pegarla a él, como una rehén en un atraco.

—No contestes —le susurró al oído—. No vamos a parar, Brynn.

Pero Lexi volvió a llamar.

—Si estás ahí, Cade, despierta. Es importante.

Se quedaron absolutamente quietos, con la vista clavada en la puerta, consternados e incrédulos.

—¿Cade? —gritó Lexi—. No te molestaría, pero Brynn ha desaparecido.

Ella cerró los ojos con fuerza y apoyó la cabeza contra el hombro de Cade. Él soltó una risa seca que sonó a juramento.

—No apareció para trabajar —explicó Lexi a través del panel de madera—. La puerta de su dormitorio se quedó abierta y el edredón en el suelo. Las cosas del tocador también están esparcidas por el suelo. Pero su bolso sigue aquí, igual que su coche…

—Estoy aquí, Lex.

El silencio que siguió al anuncio de Brynn estaba lleno de un asombro vibrante.

—Oh —comentó al final Lexi, aturdida—. Lamento haberte molestado, entonces.

Brynn miró el reloj de la mesilla de noche. ¡Las ocho y media! Hacía tiempo que tendría que haber entrado a trabajar.

—Bajaré enseguida —prometió, consumida por la culpabilidad e increíblemente frustrada por tener que abandonar la cama de Cade en ese momento.

—Tómate tu tiempo. No hay prisa —le aseguró Lexi—. Tengo todo bajo control.

No obstante, al oír los pasos que se perdían por el pasillo, se apartó de la posición íntima con Cade y se sentó para recoger el camisón.

—¿Adónde vas? Lexi dijo que no había prisa.

—No puedo descuidar mis obligaciones —manifestó con voz ronca e insegura—. Podemos hablar luego.

—Hablemos ahora —la tumbó otra vez—. A pesar de lo mucho que me gusta tu compañía, y de lo bienvenida que eres a mi cama, en cualquier momento… tenemos que hacer algo acerca de tu sonambulismo.

Se mordió el labio. Él tenía razón.

—Es peligroso, Brynn. Dando por hecho que mi cama es la única que has visitado hasta ahora, piensa en lo que podría suceder si fueras a la de otro.

—No iré a la de otro —afirmó con una extraña certeza.

Él posó la mano en su cara y la miró a los ojos, como si tratara de determinar si esa afirmación era verdad. Entre ellos palpitó una emoción cálida.

—Me gustaría creerlo —expuso con pasión—. Pero no puedes estar segura de lo que harás en tu sueño. Hasta podrías abandonar la mansión.

—No, nunca hago eso.

—Ahí fuera hay personas peligrosas. ¿No has oído la noticia del secuestrador de mujeres? Y sólo es uno de tantos peligros en potencia. ¿Crees que estarías segura mucho tiempo vagando dormida?

—No discrepo de lo que dices. Me encantaría dejar de caminar dormida. ¿Crees que es divertido despertar en otra parte que no sea la cama de uno?

Los ojos de Cade reflejaron una expresión divertida.

—¿Quieres decir como… aquí? —pasó los dedos por el brazo de Brynn.

—De acuerdo, quizá pueda ser divertido —concedió con una risa baja. Se le puso la piel de gallina allí donde él la tocaba. No era la manera más fácil de conducir una conversación racional. Aunque de todas maneras lo intentó—: Pero debes saber que si hubiera estado tomando decisiones lógicas, no me encontraría aquí contigo.

Él asintió, como si esa verdad no le molestara en absoluto.

—Justo lo que pretendía decir.

—¿Y qué puedo hacer? ¿Encadenarme a la cama?

—Es una idea. Yo podría asegurarme de que estuvieras bien sujeta. Tendría que quedarme a tu lado, desde luego, por si hubiera un incendio. Pero no me importaría. Y menos si te pusieras alguna prenda de cuero. Y tacones altos.

Con el borde de la sábana, Brynn le azotó el bíceps.

Él hizo una mueca de dolor con cada azote, aunque sus ojos centelleaban con una diversión perversa.

—Me rindo. Tómame, castígame, oh, ama de la noche.

—Ten cuidado, o te amordazaré.

—¿Y también me esposarás?

—Sin ninguna duda. Y ahora presta atención.

—Sí, madame.

Se sonrieron y disfrutaron del júbilo del momento.

Entonces el tono se alteró sutilmente y Brynn forzó a su mente a centrarse en el tema en cuestión.

—Ahora en serio —logró decir.

—En serio.

—He comprado la cerradura más cara del mercado —afirmó, decidida a recuperar el sendero perdido—, y la hice instalar en mi puerta. Pensé que me impediría abandonar mi habitación —alzó la mano en gesto de impotencia—. Debí de abrirla en mi sueño.

Cade la contempló en silencio un momento.

—De modo que lo que estás diciendo es que ni siquiera la cerradura más sofisticada del mercado pudo frenarte de venir a mí.

Ella soltó un bufido exasperado.

—Oh, por favor.

—Sólo expongo los hechos, señora. Sólo los hechos.

Ella esbozó una sonrisa irónica.

—No me distraigas —añadió él mientras se frotaba la barbilla— haciendo cosas con la boca.

Aferrada a su determinación, Brynn continuó:

—Quizá podría conseguir un perro. Podría despertarme si me levantara de la cama. Oh, pero si ladrara, perturbaría a los huéspedes.

—¿Y cómo lo entrenarías para que supiera cuándo sueñas? Tú has discutido conmigo en tu sueño, estoy convencido de que le ordenarías que se callara, y continuarías con tu feliz camino.

—¿Discutí contigo en sueños?

—Juraste que no dormías. Intenté decírtelo, pero, como de costumbre, no quisiste escuchar. Eres demasiado obstinada para reconocer mi sabiduría superior.

—Eso te lo estás inventando.

—¿Lo de la discusión o lo de mi sabiduría superior?

—Ambas cosas.

Se encogió de hombros.

—La cuestión es que un perro terminaría por quedar confundido, sin saber cuándo obedecerte y cuándo tener que arrastrarte de vuelta a la cama. Podría ser irritante si tuvieras que dejar tu habitación por la noche debido a una emergencia —hizo una pausa antes de añadir con tono ronco—: Como la compulsión urgente de venir a mi cama.

—Oh, eres imposible.

—En absoluto. De hecho, soy fácil. Pruébame.

—Sé serio.

—¿No crees que lo sea?

—¿Sabes?, todo esto es por tu culpa. Si cerraras tu puerta con el cerrojo de seguridad como se supone que debes hacer, no podría entrar.

—Ahora bien, ¿por qué diablos querría impedirte la entrada? —frunció el ceño, como si ella hubiera perdido el juicio.

—Para ayudarme a frenar el sonambulismo.

—¿Y qué te hace pensar que volverías a acostarte? —movió la cabeza—. No, no. Si caminas dormida, quiero que termines aquí. Justo aquí. Conmigo.

A Brynn le gustó comprobar lo protector que era. Pero entonces comprendió que sólo lo hacía por razones puramente sexuales.

—Piensa en ello, Brynn —se apoyó en un codo y la miró a la cara —. Tiene que haber un motivo para que vengas a mi cama.

Brynn ladeó la cabeza y le sonrió. Realmente era irresistible con la sombra de la barba de un día, el pelo negro revuelto, el cuerpo tenso y fuerte contra el de ella.

—¿Eso crees?

—¿Sabes lo que creo? —la voz se había vuelto suave y ronca—. Creo que en lo más profundo de ti, por debajo de todos esos motivos que has encontrado para mantenerme a distancia, quieres hacer el amor conmigo.

No pudo discutírselo. Reconocía la verdad cuando la oía.

—Y creo —continuó Cade con suavidad— que ya querías hacer el amor conmigo en los tiempos de la universidad.

—Oh, desde luego —convino, disfrutando del calor que crecía entre ellos.

—No soy psicólogo, pero creo que el único modo de frenar tu sonambulismo es satisfacer la frustrada necesidad que lo causa.

—Frustrada necesidad —repitió, deslizando la pierna entre la de él, convencida de que iba a besarlo…

Una llamada volvió a sonar en la puerta.

—Lo siento, Brynn —se disculpó Lexi—, pero ha venido el encargado de la piscina para cobrar. Y el profesor Goldman dice que solicitaste unas entradas para un concierto esta tarde. Y una chica de la fraternidad de al lado dice que tiene que hablar contigo acerca de su cita de anoche. Creo que es la joven que perdió a su madre el año pasado. Le comuniqué que estabas ocupada, pero…

—Bajo ahora mismo, Lex. Máximo diez minutos.

Con un murmullo agradecido, Lexi volvió a marcharse.

Se sentó y lo miró por encima del hombro, con una mezcla de pesar y provocación.

—Tendremos que hablar sobre mis «frustradas necesidades» más tarde. Y, mmm, pensar en algún plan.

Cade se reclinó sobre la almohada y la observó levantarse.

—Será un placer —aseguró.

—Lamento haber tardado tanto en devolverte las llamadas, chérie. Mi teléfono móvil no ha funcionado bien en la carretera, y los negocios me han mantenido muy ocupado.

La voz meliflua y de acento francés de Antoine le provocó un ligero dolor de estómago. Odiaba romper con sus novios. Odiaba decepcionarlos. Pero había llegado el momento de poner fin a la relación con Antoine.

—Antoine, sé que no es el mejor momento para cuestionar nuestra relación, pero… —con el móvil pegado a la oreja, abandonó la recepción, entró en el pequeño despacho privado y cerró la puerta —. ¿Recuerdas la charla que tuvimos antes de marcharte?

—¿Charla? ¿Qué charla?

—Bueno, yo te dije que tal vez no era la mujer apropiada para ti. Mereces a alguien que sea más desinhibido sexualmente. Deberías

disponer de libertad para salir con otras mujeres y yo, también, debería tener más…

—Oh, esa charla. Verás, la desterré por completo de mi cabeza. Decías tonterías, Brynn. Yo… ¿cómo lo decís?… Estoy loco por ti, y sólo por ti.

—Me halagas, Antoine, pero he decidido que lo mejor será que… rompamos.

—¿Romper? No sé muy bien qué significa esa frase, chérie. Pero piensas que me paso mucho tiempo en la carretera, ¿no? Estás enfadada y aburrida, y sola sin mí. Te lo compensaré, mon coeur. Pronto estaré en casa. Cancelaré todos mis… —un sonido de estática interrumpió sus declaraciones apasionadas—. Brynn, ¿estás ahí? Brynn, te adoro, y… —el ruido se reanudó antes de que la comunicación se cortara.

Brynn suspiró frustrada y esperó que la volviera a llamar. El teléfono no sonó. O bien se hallaba en una zona con mala cobertura o bien había cortado adrede.

Aunque ese último pensamiento no era justo con Antoine. Jamás le había dado motivos para pensar que era propenso a las confabulaciones.

Simplemente, tendría que esperar hasta su siguiente llamada para hacerle entender que su relación estaba acabada.

Capítulo 7

En cuanto se fue de su cama, el plan de Cade fue sencillo y directo. Tendrían sexo. Lo más pronto posible. No podía creer que, después de tantos años de desear a Brynn, de fantasear con ella, al fin aceptara. Ese simple conocimiento le excitaba.

Pero a medida que reflexionaba sobre la situación, comenzó a preocuparse. Por lo que ella había dicho dormida, parecía buscar una «aventura sexual». Desde su perspectiva, nada podía ser más estimulante que hacer el amor con Brynn, sin importar dónde estuvieran o cómo lo hicieran. Pero, ¿y si ella quería algo más que un sexo estupendo y clásico? ¿Algo más… aventurero?

Él quería estar más de una vez con ella. Nueve años de deseo contenido no se podían descargar con tanta facilidad, sin importar lo magnífico que fuera el sexo. Según su cálculo, necesitaría una semana entera con ella. Tal vez incluso dos.

Era evidente que necesitaba un plan mejor que simplemente invitarla a su cama. Algo aventurero. Algo que requiriera más que una sola noche.

No dejó de pensar en el asunto y, durante el transcurso de la mañana del sábado, lentamente fue cobrando forma un plan. Ingenioso. Que satisfaría las necesidades de Brynn junto con las suyas propias y exigiría varios días y noches de intimidad.

La idoneidad de dicho plan quedó confirmada aquella tarde, justo antes de que las festividades anteriores al partido alcanzaran su apogeo. Apoyado en una columna del amplio porche delantero del

hotel, viendo cómo Brynn ayudaba a los Kappa Alpha a pintarse las caras de rojo y negro, sonó su móvil. Se dirigió al patio para evitar que lo oyeran.

—Estoy comprobando las fotos y nombres que enviaste.

Era John Sutherland, detective del cuerpo de policía de Atlanta. Amigo suyo de la universidad. Hermano de Brynn.

—Yo también —indicó Cade—. Por si a alguno se nos pasara algo. Aún no he conseguido una foto de Antoine Moreau. Al parecer, está fuera por viaje de negocios. A propósito, ¿tú lo conoces? Es el novio de Brynn.

—No. No ha hablado mucho de él.

Las sospechas que tenía de Antoine crecieron. Lo que no sabía era si se basaban en instinto profesional o en celos personales. Debía reconocer, al menos para sí mismo, que le encantaría arrestarlo por la relación que mantenía con Brynn.

—Trish me contó que apareció en la casa de su madre hace un mes… un sobrino al que no veía desde hacía veinte años. Hijo de su difunta hermana. Todo el mundo se lo tragó, sin cuestionarlo. Me molesta la oportunidad del momento.

—Sí. A mí también. Investiguémoslo —con un súbito cambio de tema, John preguntó—: ¿Has visto las noticias?

—Dime que la cobertura televisiva no fue idea tuya.

—Claro que no. Esta comisaría tiene más filtraciones que el Titanic. Lo único que podemos hacer es esperar que la publicidad no impulse al secuestrador a quedarse quieto. Entonces nos sería imposible encontrar a sus víctimas o averiguar dónde atacará. No creo que pudiera soportar eso.

John jamás había mostrado ningún tipo de debilidad. Pero Cade entendía por qué lo hacía en ese momento. El próximo blanco del secuestrador podía ser su hermana, si no se rompía el patrón. El hecho de que John dirigiera la investigación, quizá hiciera que el desafío resultara más atractivo para el psicópata.

John, que había perdido el contacto con Cade desde los tiempos de la universidad, lo había llamado para que investigara con sigilo a los recién llegados al círculo de conocidos de Brynn. Y, por supuesto, para protegerla. Él estaba ocupadísimo, tratando de proteger a las

familias de sus hombres al tiempo que trabajaba para apresar al secuestrador.

Cade no había titubeado. Embarcó en un avión con destino a Georgia incluso antes de que la autorización de su supervisor fuera definitiva. Y desde entonces había estado vigilando a Brynn, con la colaboración de un improvisado equipo de ayudantes vestidos de civil que mantenía un perímetro discreto alrededor del hotel.

El problema radicaba en que no tenían ni idea de contra quién la protegían. Creían que el Flautista se involucraba personalmente con sus víctimas de alguna manera. En ninguna de las desapariciones había habido rastro alguno de lucha, y una mujer, esposa de un patrullero, le había dejado un recado en el contestador diciéndole que llegaría tarde por una «reunión de negocios». Lo cual resultaba raro, ya que trabajaba como camarera. Las otras dos víctimas del Flautista habían sido descritas por sus amigos como «reservadas» y «distraídas» antes de que desaparecieran. Era obvio que el canalla empleaba algún ardid psicológico para alejar a las mujeres del hogar.

Hasta que atraparan al Flautista, Cade pretendía estudiar a cada persona que entrara en contacto con Brynn.

—Pero ha salido algo bueno de la filtración a los medios.

—¿Y qué es?

—Hemos recibido una información de un hotel en Monticello, Florida. Una de las camareras jura que vio a la última víctima el día después de que la declararan desaparecida. La vio abandonar una habitación acompañada de un tipo.

Cade emitió un silbido bajo. Le encantaban ese tipo de informaciones.

—¿Usó una tarjeta de crédito para registrarse o mostró alguna identificación?

—No. Pagó en efectivo. Dio una matrícula de coche falsa. Firmó con el nombre de «J. Smith».

—Creativo. ¿Al menos conseguimos una descripción del tipo?

—No muy buena, pero la camarera recuerda que era alto. Más de un metro ochenta. Pelo castaño claro. Y llevaba unas gafas de sol «elegantes».

Cade recordó la descripción que le había dado Trish de Antoine Moreau. Más de un metro ochenta. Pelo castaño con mechones rubios por el sol. Encanto continental. Acento sexy. Dinero de abolengo… Decididamente sonó como el tipo de hombre que se pondría unas gafas de sol de marca.

—Es más que lo que teníamos antes —murmuró—. Y ahora disponemos de una dirección en la que buscar, teniendo en cuenta que los vieron en Florida. ¿El sospechoso o la víctima dejaron algo en la habitación del hotel?

—No. Limpiaron la habitación después de que se fueran, y desde entonces la alquilaron varias veces. Casi no existen posibilidades de encontrar alguna huella de utilidad o alguna fibra. Sin embargo, ese maldito Flautista nos dejó otra pista.

El tono ansioso había regresado a la voz de John.

—¿Sí?

—Los registros telefónicos muestran que realizó una llamada corta desde la habitación.

—¿Adónde?

—Al Three Sisters Bed & Breakfast Inn.

La ansiedad se asentó como un puño cerrado en el pecho de Cade. El secuestrador había llamado al hotel de Brynn. Lo que significaba que el temor de John había sido válido. Ella era uno de los objetivos del Flautista.

Tenso por esa posibilidad, miró a la mujer amable, hermosa y sonriente que le daba los últimos retoques a la cara de Smitty.

—Creo que ya es hora de que le contemos lo que pasa.

—Lo he repasado mentalmente más de mil veces —dijo John—. Siento una tentación tan grande de explicarle la situación, de mandarla a algún lugar seguro, si es que lo hay… Pero si hacemos eso, el canalla sabrá que andamos detrás de él y desaparecerá… hasta que vuelva a matar. Puede que nunca localicemos a sus víctimas, y Brynn podría terminar viviendo atemorizada el resto de su vida, que quizá no sea tan larga si este chiflado es lo bastante inteligente e implacable. Ahora mismo, sabemos hacia dónde se dirige. Podemos tenderle una trampa.

—Con tu hermana como cebo —expuso Cade con el corazón en un puño.

—Con mi hermana fuertemente protegida, y con el mejor hombre del cuerpo de alguaciles de Estados Unidos vigilando cada uno de sus movimientos.

John era un poli astuto. Sabía que Cade, si surgiera la necesidad, daría su vida por cualquier persona bajo su vigilancia. Y también sabía que haría lo que fuera necesario, incluido pedir una excedencia sin paga, para proteger a Brynn.

—¿No lo ves, Cade? Ni siquiera podemos advertírselo —afirmó John—. Si supiera que algún psicópata pensaba pasar por allí, cerraría el hotel para proteger a sus huéspedes, y se lo contaría a todos sus amigos para que se protegieran del peligro. Aunque le hiciéramos jurar que mantuviera el secreto, no hay garantía de que guardara silencio —calló y emitió una risa seca—. Puede que te suene demencial, pero cuando se siente tensa, camina y habla dormida.

Cade no realizó comentario alguno. No pensaba reconocer que lo sabía. No estaba seguro de cómo se tomaría John la noticia de que se había estado aprovechando de esa vulnerabilidad. Algo le decía que no muy bien.

Pero su punto de vista era válido. Brynn podría estropearle la tapadera mientras dormía, o levantar ciertas sospechas.

—Y aunque no hablara dormida —añadió John—, todo el mundo que la conociera sabría que algo iba muy mal. Y el secuestrador daría marcha atrás… hasta que bajáramos la guardia. No podemos correr ese riesgo.

Por desgracia, Cade estaba de acuerdo. No podían correr el riesgo. Ni siquiera podía contarle a Brynn cuál era su verdadera profesión. Si el secuestrador se enteraba de que un miembro del cuerpo de alguaciles de Estados Unidos de pronto había aparecido para quedarse con ella, se olería una trampa y desaparecería. Sólo había un paso lógico que seguir. Mientras John empleaba todos los recursos de que disponía para rastrear al Flautista de Hamelín, él tendría que acelerar la investigación desde dentro, además de protegerla sin revelarle su verdadero propósito.

Pero en tanta oscuridad, había algo positivo. En ese momento tenía todas las justificaciones que su conciencia pudiera necesitar para estar con ella noche y día, hasta que atraparan al Flautista. Y eso podía representar incluso semanas.

El nuevo plan que había ideado para impedirle que caminara dormida encajaría a la perfección con esa nueva agenda. Sólo le faltaba convencerla de que lo aceptara.

Había llegado el día del partido.

Y en Athens eso significaba todo un día de celebraciones, tanto para los aficionados locales como para los visitantes. Desde primeras horas de la mañana, un incesante desfile de tráfico pasaba ante el Three Sisters Bed & Breakfast Inn en dirección al campus. Los mejores sitios para aparcar ya habían sido tomados por aficionados que habían llegado el viernes y acampado allí.

Estudiantes, alumnos, personal de la facultad y seguidores de fútbol de todas las edades se preparaban para las fiestas. Había muchas esperanzas proyectadas para la nueva temporada del equipo. Los fans de los Bulldogs y los partidarios de los Wildcats se atacaban con insultos, fanfarronadas y desafíos llenos de buen humor. La música sonaba desde todos los rincones, junto con comentarios deportivos en los televisores portátiles. Las barbacoas humeaban y el aire de la tarde estaba impregnado con olor a madera de nogal, cerveza, alcohol y el exuberante follaje del boscoso campus de Georgia. Risas, burlas y gritos zumbaban por doquier como electricidad en un tendido de alto voltaje.

Brynn observaba la excitación desde el porche del hotel. Como estaba situado entre las fraternidades de la calle Greek, la fiesta que se celebraba en su jardín se mezclaba con los patios vecinos y con el animado desfile de transeúntes, lo que creaba una celebración masiva.

Le encantaba la sensación de fiesta y de hermandad entre desconocidos. Disfrutaba con la jubilosa rivalidad entre escuelas y con las tradiciones que se mantenían a lo largo de generaciones. Por encima de todo, le gustaba la sensación de nostalgia que la

transportaba a sus primeros años de universidad, cuando el entusiasmo era nuevo.

La sensación nostálgica nunca había sido tan poderosa como aquel día. Porque Cade se hallaba presente. Su primer amor. No importaba que se hubieran separado en tan malos términos, o que nunca volviera a confiar plenamente en él. Ese día estaba plenamente dedicado a la diversión.

No había dejado de pensar en él durante todo el día. La expectación había corrido debajo de su piel como un río subterráneo, imparable.

Y una vez acabado el trabajo del día, después de ponerse una blusa roja sin mangas y una falda corta de color negro, bajó por los escalones y atravesó el patio en dirección a las festividades, tratando de no aparentar que buscaba a alguien en particular.

Al llegar al grupo principal próximo a la calle y sin ver a Cade, comenzó a preocuparse de que se hubiera ido a otra parte.

Entonces alguien salió a su paso y a punto estuvo de chocar con el torso amplio de un hombre.

—¿Me buscabas?

Al respirar el súbito aroma boscoso y masculino que siempre había asociado con Cade, achacó la súbita aceleración de los latidos a la aparición repentina. Desde luego, no era porque estuviera contenta de verlo o por la camiseta negra que se expandía a lo ancho de su pecho, resaltando a la perfección todos sus músculos, ni a que los vaqueros se ciñeran de forma embriagadora a sus estrechas caderas y a sus atléticos muslos.

Se obligó a alzar la vista mientras luchaba por encontrar la voz.

—¿Qué te ha hecho pensar eso?

—Yo tampoco te buscaba a ti —Cade esbozó una sonrisa perversamente irresistible.

—Entonces me alegro de que no nos encontráramos —sintió que la alegría emanaba de ella como rayos de sol.

Él bajó la vista a la blusa de Brynn, que llevaba anudada justo encima del ombligo.

—Ahora que nos hemos ignorado de la manera más grosera posible —murmuró, dando un paso atrás para apreciar la falda

ajustada y las piernas desnudas—, supongo que no nos queda más remedio que mostrarnos sociables —volvió a mirarla a la cara con ojos encendidos.

Cualquier réplica que ella hubiera podido hacer se perdió en una oleada de calor y en un aguijonazo casi doloroso de atracción.

—¡Cade! ¡Eh, Cade! ¡Aquí!

El grito femenino quebró el trance mutuo, y ambos giraron para ver a Trish agitando la mano desde una corta distancia entre la muchedumbre.

Sin decir otra palabra, Cade sujetó el codo de Brynn y la guió hasta donde se hallaba Trish. Estaba con Lexi y unas vecinas.

—Cade, quería presentarte a unas amigas. Estábamos hablándoles de tus libros y, por supuesto, han quedado fascinadas —Trish se deslizó hacia su lado libre con aire posesivo mientras lo presentaba a las mujeres.

La voz profunda de Cade y su poderosa y viril presencia captó la atención de ellas como las flores a las abejas. Se mostró encantador con todas antes de volverse hacia Lexi.

—Me llevo a Brynn un rato. Va a escoltarme por el campus el día del partido para ayudarme a conseguir un poco de colorido local para mi libro.

—Magnífica idea —convino Lexi.

—Si Brynn tiene mucho que hacer aquí, yo estoy libre —afirmó Trish.

Las otras mujeres, tanto jóvenes como mayores, robustas y delgadas, altas y bajas, también ofrecieron sus servicios como guías.

Centrada más en Cade que en la ligera conmoción que había provocado, Brynn enarcó las cejas, molesta por que hubiera hablado por ella como si fuera una niña que necesitara permiso para ir a jugar.

—No recuerdo que me preguntaras si quería ir.

—Claro que sí. Del mismo modo en que no nos encontramos.

Ella alzó el mentón con un silencioso «oh».

Lexi los miró con ojos entrecerrados, como si de pronto le preocupara su cordura.

Ajena a esas tonterías, Trish insistió:

—A mí me encantará mostrarte las festividades, Cade. Hay un montón de sitios a los que podría llevarte —esbozó una deslumbrante sonrisa y lo miró con sus seductores ojos azules.

Pero la atención de Cade regresó a Brynn y se demoró con la misma intensidad juguetona pero sensual que le había mostrado antes… como si se encontraran completamente solos.

—Espero que no des por hecho que he aceptado lo que tú… no me has pedido —dijo ella.

—No —reconoció—. Por eso he formulado un plan para obligarte a actuar, si fuera necesario.

—¿Obligarme a actuar?

—No seas obstinada, Brynn —Lexi le dio un leve golpe en el hombro—. Eres la persona perfecta para hacer de guía de Cade. ¿Quién más sabe tanto de este sitio? Por el amor del cielo, tú creciste aquí.

—Yo también he pasado bastante tiempo aquí, Lexi —le recordó Trish con tono irritado.

Sólo vagamente consciente del conflicto que se iba fraguando entre sus socias, Brynn le preguntó a Cade:

—¿Cómo diablos vas a obligarme a actuar?

Él respondió centrando su atención en Lexi, quien le decía a Trish con voz lo bastante alta como para atraer suficiente atención:

—No nos dejes todavía, Trish. Nuestros huéspedes han estado disfrutando tanto de tu compañía… —los que estaban cerca, en particular los hombres, mostraron su sonoro apoyo—. Esperaba que pudiéramos asar unas chuletas y alitas de pollo con tu nueva salsa barbacoa, si estás dispuesta a preparar unos litros. ¿Qué te parece, Trish?

—¡Trish… Trish… Trish! —vitorearon los Kappa Alpha.

La multitud circundante se unió a la petición, hasta que Trish, una autoridad en protocolo, dispuso de pocas alternativas.

—De acuerdo, de acuerdo. Me quedaré.

Cuando el atronador aplauso finalmente se apagó, Cade le dijo:

—¿He mencionado que voy a dedicar un capítulo entero en mi libro a vuestro hotel y a la zona de Athens?

Reconociendo el ardid, Brynn puso los ojos en blanco, pero el rostro de Trish se iluminó de inmediato y afirmó que era una idea «inspirada». Lexi juró que ayudaría en todo lo que estuviera al alcance de su mano, y al rato sus voces se unieron para instar a Brynn a pasar con Cade el tiempo que necesitara para captar el «colorido local».

Brynn frunció los labios y le dio un codazo en las costillas, en secreto encantada de que la forzara a actuar. Aunque si quería reconocer la verdad, sólo una crisis le habría impedido ir con él.

Sabía que disponían de un tiempo limitado y que él no tardaría en marcharse o serle arrebatado por otra mujer si no tomaba cartas en el asunto.

Había llegado la hora de hacerlo. Aunque fuera un rompecorazones sin escrúpulos, algo que aún había que probar definitivamente, no cabía duda de que era un excelente candidato para una aventura sexual. Esa noche. La perspectiva la cautivaba. No esperaría de él nada más que un rato excepcional.

Con una sonrisa, capituló.

—Si el deber llama, hay que responder.

—Desde luego que sí —le sonrió.

Y el efecto que surtió en ella desterró cualquier duda de que no hubiera tomado la decisión adecuada.

Capítulo 8

Entrelazando los dedos grandes, fuertes y bronceados con los más blancos y delicados de ella, Cade la condujo por el césped en dirección a la calle. Atrapada en el placer de ese contacto, Brynn apenas notó la presencia de las personas a las que adelantaban al cruzar a la acera sombreada por antiguos robles. Fundiéndose entre la corriente de transeúntes, marcharon con una multitud muy animada hasta que llegaron a un cruce atestado.

Antes de darse cuenta de lo que él pretendía, Cade le pasó un brazo por la cintura y la subió a un autobús que acababa de parar junto a ellos.

—¿Qué haces? —preguntó Brynn mientras subía los escalones y la puerta se cerraba detrás de ellos. Había creído que pasearían por el campus hasta llegar a la zona comercial de Athens. Ese autobús iba en la dirección contraria.

—Facilitar nuestra huida.

—¿De quién?

—Espero que de todo el mundo —con aspecto satisfecho, Cade le pagó al conductor y luego la guió hasta el fondo. El pasillo estrecho sólo les ofrecía espacio para ir de pie. Daba la impresión de que todos los ocupantes del autobús iban vestidos de rojo y negro y hablando o riendo en voz alta—. Te quiero sólo para mí —le susurró al oído.

Las palabras la excitaron, pero no pudo contenerse de preguntar:

—¿Estás seguro de que podrás soportarlo, Hércules?

Eso le sorprendió y lo hizo reír. John y ella se habían burlado de él con ese apodo en la universidad, debido a sus hazañas levantando pesas.

—Estoy dispuesto a esforzarme.

Brynn no se había sentido de esa manera en años, mareada, sexy y embriagada por su proximidad.

Mientras el conductor avanzaba entre el tráfico, Cade se sujetó con una mano a la barra superior y con la otra pegó a Brynn con firmeza a su cuerpo. Moviéndose con cada arranque, parada, bache y curva, inhaló la fragancia de su piel y de su pelo. Percibió la aceleración de su sangre y el endurecimiento de sus músculos cuando contactó con la parte superior de su muslo.

—Nuestra parada —musitó, provocándole un escalofrío de placer.

Desorientada y acalorada, gustosa aceptó el sostén de su brazo cuando el autobús frenó y descendieron los escalones. Bajaron en Five Points, el popular cruce de la calle Lumpkin y la avenida Milledge.

—Es perfecto que iniciemos nuestro recorrido en este punto —expuso Cade.

Brynn sonrió. Su primera cita había sido en el restaurante Sons of Italy, cuya terraza aún bullía con estudiantes, probablemente de las fraternidades próximas.

—¿Qué te apetece? —preguntó él con un gesto que abarcó varios locales—. ¿Pizza y cerveza en Sons of Italy o un helado en Hodgson's?

Hodgson's. Brynn había tenido adicción por los cucuruchos cremosos en los días estivales, mientras que Cade había gravitado más hacia la cerveza. A ella le agradó que, después de tantos años, lo recordara.

—Como soy mayor, y más aventurera —dijo—, vayamos directamente por la cerveza.

—Palabras de una verdadera Delta Zeta.

Brynn le dio un golpe en el brazo por el comentario, y luego, sonrientes, fueron hacia Sons of Italy. Al cruzar la calle en la esquina, Cade le lanzó una mirada curiosa.

—¿Desde cuándo bebes cerveza?

—Desde la mayoría de edad. Cuando estábamos juntos, sólo tenía dieciocho años. La edad para beber es de veintiuno.

—Oh, sí. Olvidaba lo salvaje que eras.

Las bromas, aunque pronunciadas con un tono afectuoso, hicieron que se sintiera incómoda. Tocaban una fibra sensible. Le recordaban su vergonzoso secreto… uno de los pocos secretos que había logrado mantener bien enterrado. Pero no podía dejar que el incidente de Daytona Beach irrumpiera en ese momento.

—Puede que no sea salvaje —respondió, centrada en aclarar al menos un tema que le había molestado durante años—, pero tampoco soy una puritana —lo encaró indignada—. Tienes que reconocer, Cade Hunter, que no fui una puritana.

Él sonrió, claramente encantado, a pesar de que ella le estaba clavando el dedo en el pecho. De algún modo, el calor de la sonrisa curó el dolor que Brynn había sentido en el pasado por esa acusación.

—Jamás te he llamado puritana —repuso Cade. Ella lo miró con ojos centelleantes y él rió—. Si lo hice, fue porque estaba enfadado —la rodeó con un brazo y la acercó—. Debió de ser una de las tantas veces que quería más de lo que tú estabas dispuesta a dar.

No era una disculpa, pero ella la aceptó como tal y evitó ahondar más en el tema. No quería que se mencionara el ultimátum que los había separado.

Pasearon en silencio y Cade se deleitó con el placer de su compañía. Con la suavidad de su sonrisa, la belleza de su cabello largo, sus ojos angelicales, su cuerpo hecho para el pecado. Se preguntó cómo había podido llamarla alguna vez puritana. Siempre había sido demasiado sexy para merecer ese apodo, incluso cuando se ponía unos vaqueros viejos y una camiseta. De hecho, si no hubiera estado decidida a no «recorrer todo el camino», habría sido la chica más fácil que jamás había conocido. Al menos con él.

Lo único que había tenido que hacer entonces era mirarle los pechos, enviarle un mensaje con los ojos, besarle los labios… y se ruborizaba, los pezones se le endurecían, su mirada lo invitaba, le suplicaba…

Los recuerdos lo invadieron con un calor asombroso.

No podía afirmar con sinceridad que ella no hubiera satisfecho sus necesidades sexuales.

Pero eso a él no le había bastado. No, había querido más. Lo había querido todo. Hacer el amor. A ella. Su mismo núcleo y esencia. Y no había sido capaz de soportar el pensamiento de que no podía tenerla, de que se reservaba. Él desconocía para qué. O, más bien, para quién.

La pregunta le había irritado y hostigado, junto con la obsesión de tenerla.

Eso no volvería a suceder. Antes de dejarla para volver a Colorado, pondría un final satisfactorio a todos los asuntos inconclusos en Georgia. Eso era lo que necesitaba de Brynn. Poner un punto final. Maldición, sí, poner un punto final.

Y ella necesitaba de él una «aventura sexual».

Al igual que la protegiera de un secuestrador. Adrede había perdido a cualquiera que hubiera podido estar detrás de ellos, aunque su instinto profesional le decía que nadie los había seguido. Nadie le haría daño mientras estuviera con él. Y la mantendría con él, lejos del hotel, el tiempo que fuera razonablemente posible, mientras el equipo de John investigaba todas las pistas reunidas.

Mientras tanto, pensaba aprovechar al máximo su tiempo con Brynn. Todo lo que ella le concediera.

No tardaron nada en llegar al restaurante. Poco había cambiado. Los estudiantes aún jugaban al ping pong, los espectadores todavía engullían pizza, cerveza y animaban a los jugadores. La música aún hacía vibrar el suelo de madera.

Cade abrió el camino hacia la terraza, a un rincón relativamente tranquilo. Pidió cerveza. Ella eligió la pizza. Luego le tomó la mano sobre la mesa y se la apretó.

Brynn sonrió y cerró los ojos, disfrutando de la magia del momento. El olor a pizza y a cerveza en la brisa. El sonido de la música y de los coches al pasar. La inexplicable carga eléctrica que le recorría el brazo por el contacto de la mano de él. Esa combinación mágica podía transportarla con facilidad en el tiempo, hasta el momento en que habían sido unos jóvenes universitarios surcando la primera ola embriagadora del romance.

Pero al abrirlos, no vio al joven intenso y apasionado con el que había salido, sino a un hombre sólido y seguro con un destello peligroso en los ojos. Que quería algo de ella.

Sabía qué era. El conocimiento la excitó. En esa ocasión, estaba dispuesta.

—Tenemos que ocuparnos de asuntos serios —le recordó él con voz ronca y baja.

—¿Te refieres a recopilar datos para tu libro?

—Bueno, eso también. Tú me ayudas con mi trabajo… —se acercó más, igual que ella— y yo te ayudaré con tu sonambulismo.

La mente de Brynn invocó pensamientos sensuales y perversos. Recuerdos intensos.

—Doy por hecho que se te ha ocurrido un plan.

—Sí, una especie de terapia —él esbozó una sonrisa ladeada.

—Una terapia. Interesante —quiso recorrer esos hoyuelos con los dedos. O quizá con la lengua, de camino a la boca—. ¿Tiene algo que ver con satisfacer la necesidad subyacente?

Los dedos de Cade se cerraron con más fuerza sobre la mano de Brynn, y con el dedo pulgar le acarició la parte interior de la muñeca.

—Sí.

La piel se le encendió y le palpitó en todas las partes íntimas. Era increíble que un simple contacto de Cade pudiera hacerle eso.

Llegaron las cervezas; ella alzó su jarra sin separar las manos ni quebrar el contacto visual. Bebió despacio y dejó que el frescor la calmara, la ayudara a recuperar cierta sensación de control.

Cade prescindió de la suya.

—Creo que tu trastorno del sueño surge de una privación traumática —susurró—, que tuvo lugar en tu primer año en la universidad.

—Privación —sabía muy bien a qué se refería. De modo que tuvo que preguntar—: ¿Y qué fue exactamente lo que me faltó?

—Sexo. Conmigo.

Brynn no respondió. El descarnado deseo en la mirada de Cade la dejó demasiado jadeante.

—Tal como yo lo veo, necesitamos volver a los lugares que solíamos frecuentar —continuó Cade—. Pero en esta ocasión, concluiremos el trabajo.

—¿El trabajo?

—Hacer el amor. Hasta el final. Sin represiones.

—Solíamos ir a unos cuantos lugares —comentó con el pulso desbocado—. Y algunos eran… arriesgados.

—Cierto.

Brynn tragó saliva con la garganta súbitamente reseca, sin saber si era tan aventurera. Después de todo, era un miembro respetado de la comunidad. Una adulta madura y responsable.

—Volver a todos y cada uno de esos sitios… —reflexionó seriamente en la proposición y todo lo que conllevaba—. Requeriría cierto tiempo.

—Como toda buena terapia.

—¿No crees que podríamos lograr lo mismo en la intimidad de nuestras habitaciones?

—Bueno, yo no excluiría la intimidad de nuestras habitaciones —respondió Cade con el esbozo de una sonrisa—. Pero para llegar hasta la misma raíz del problema, la necesidad insatisfecha que te envía a mí todas las noches, creo que hará falta ahondar mucho en tu pasado. Debemos revivirlo todo lo que podamos, pero conducirlo bien esta vez. Llevar cada encuentro a su máximo exponente, a su conclusión más natural. Sin dejar ninguna necesidad insatisfecha.

Entre ellos palpitó un silencio eléctrico. A Brynn le costó respirar. Él esperaba que aceptara el plan. Ya había pasado el momento de la coquetería inocua e ingeniosa.

Brynn se ruborizó, pero se negó a dar marcha atrás.

—Bueno —carraspeó y apretó la mano de Cade con cierto pánico —. Supongo que estoy dispuesta a probar tu terapia —aceptó con un susurro trémulo— si de verdad crees que ayudará.

—Oh, desde luego —sin dejar de mirarla a los ojos, alzó su mano y posó un beso suave sobre sus nudillos—. Por supuesto que lo creo.

Cade se negó a decirle dónde empezarían. Y como el plan de terapia había sido suyo, Brynn le permitió decidir dónde y cómo administrarle el «tratamiento». Había unos cuantos sitios donde elegir… lugares en los que habían estado cerca de hacer el amor.

—Sólo una pista —insistió ella al sentarse junto a la ventanilla en un autobús que se dirigía a la parte comercial de la ciudad.

A diferencia del trayecto anterior que habían hecho, el vehículo no iba atestado. El partido había empezado hacía un tiempo; los aficionados estaban ocupados allí donde hubieran elegido verlo, bien en el estadio, en un bar o en una fiesta.

—No tardarás en ver hacia dónde vamos —indicó él al sentarse a su lado.

Brynn sabía que Cade disfrutaba con el suspense que generaba. Con la manta pequeña que le habían comprado a un vendedor ambulante, podían ir hacia cualquiera de los sitios que habían frecuentado.

—El prado de la facultad de Veterinaria —adivinó—, donde ofreceremos un espectáculo para esas vacas mironas.

—No.

—Nuestro lugar secreto cerca de la colina que hay detrás del estadio.

—Mmm. No pierdas el tiempo adivinando. Como terapeuta tuyo, te aconsejo que centres la mente en cosas más importantes.

—¿Como cuáles…?

—Visualizar los pasos que daremos para alcanzar nuestro objetivo.

Brynn no tuvo problemas en imaginar cuáles podrían ser esos pasos. Un hormigueo de excitación le subió por la espalda.

—Ah. La técnica de la visualización. Has sido muy brillante, doctor.

—Estoy convencido de que la mitad de la batalla se gana en los… preparativos —sonrió.

—Sí, los preparativos son… buenos.

El autobús giró por una esquina, y mientras él oscilaba hacia ella, deslizó la mano grande por la rodilla hacia arriba, introduciéndose por debajo de la manta que sostenía en el regazo… y también por debajo de la falda.

—Con el fin de curarte tu trastorno del sueño, tendremos que explorar por debajo de la superficie de tu… subconsciente —las yemas de los dedos llegaron hasta el nacimiento del muslo, por la parte interior.

Ella dejó de respirar y no pudo evitar mirar con ojos furtivos a los otros pasajeros. Aunque la mayoría iba sentada de espaldas a ellos, una mujer mayor corpulenta, que ocupaba el asiento lateral detrás del conductor, miraba en su dirección.

—No… no estoy segura de que estos… mmm… preparativos no deban esperar.

—Visualiza —instó con voz aterciopelada—. Observa en tu mente cómo empezaremos rozando la superficie —acercó la cabeza y pasó la punta de la lengua por sus labios. Y los dedos rozaron el valle sensible que había entre sus piernas.

La sensación la sacudió.

—Profundizaremos más —le susurró él en la boca, para luego darle un beso más largo y voluptuoso. Los dedos penetraron por debajo del satén de las braguitas para introducirse en los pliegues íntimos.

Un calor intenso se propagó desde el punto de contacto; Brynn agarró la manta que llevaba en el regazo, bajó en el asiento y ladeó las caderas. Lo quería dentro. Algo sorprendente si tenía en cuenta que estaban en un autobús…

Cade giró la boca y zambulló la lengua en sus labios. Igual que los dedos. Ambas cosas le provocaron un placer asombroso.

—Los preparativos son la clave —suspiró él, antes de volver a mover los dedos, provocándole un calor líquido.

Los músculos de su garganta tuvieron que contener un gemido. La mujer que iba en la parte delantera del autobús miraba en secreto, o eso creyó Brynn con la pequeña parte del cerebro que aún le funcionaba.

El autobús aminoró la marcha al acercarse a una parada.

Cade retiró lentamente el dedo, causando una reacción trémula y dejando a su paso una necesidad acuciante.

—Nuestra parada —le arregló la falda.

Luego se puso de pie, le quitó la manta y la ayudó a incorporarse. Con rodillas flojas, Brynn dejó que los brazos fuertes de Cade la estabilizaran.

Bajaron en la calle Broad, la avenida principal entre el campus y la parte histórica de Athens. Ya no le importaba adónde iban; sólo anhelaba que llegaran pronto. Cade había despertado una necesidad tremenda en ella, de ésas que casi había olvidado en los nueve años transcurridos.

No la guió hacia la zona comercial, sino por los escalones de cemento que conducían al legendario arco de la Universidad de Georgia. La llevó con paso vivo por el portón de hierro fundido y por un paseo cubierto de árboles hacia el campus del norte.

Aunque casi todos los aficionados al fútbol se hallaban en el Sanford Stadium, algunos se apiñaban en torno a tiendas de campaña donde las radios y los televisores portátiles transmitían el partido. La alejó de la gente.

Al llegar al final del cuadrilátero, Cade la condujo por un laberinto de pasadizos bordeados de árboles exóticos y arbustos fragantes. Estaba anocheciendo y unas diminutas luces blancas se encendieron para iluminar los senderos.

En el corazón de ese jardín laberíntico, una visión familiar apareció ante los ojos de Brynn: un magnolio enorme con hojas anchas y brillantes.

—¡Nuestro árbol! —exclamó con reverencia. Ése había sido el lugar de su primera salida, cuando la compulsión de besarse, sentirse y probarse los había superado—. ¿Cómo recordaste dónde encontrarlo?

—Te sorprendería saber todo lo que recuerdo —le tomó la mano, la condujo a la parte de atrás del magnolio y apartó una rama pesada.

Se agachó y entró. Una vez dentro, Brynn pudo erguirse en el amplio espacio que había debajo del dosel de hojas. Con los años, la tupida pared exterior se había vuelto más densa. Las ramas eran más robustas, el interior más espacioso. El resplandor de las bombillas blancas que bordeaban los paseos, proporcionaban la suficiente iluminación para ver.

Cade dejó que la rama que sostenía regresara a su sitio y los encerrara en un espacio acogedor y aromático.

—No hables —susurró al situarse detrás de ella—. Nunca se sabe cuándo puede pasar alguien.

Entonces metió las manos por debajo de su falda, aferró los extremos de las braguitas y tiró hasta que descendieron como un susurro por sus piernas y quedaron en torno a los tacones altos.

A Brynn se le disparó la adrenalina al desprenderse de la prenda negra. El riesgo de lo que hacían potenciaba todos sus sentidos, dándole una conciencia vibrante de su fragancia íntima al mezclarse con el olor de la hierba. Sintiéndose embriagada de sensualidad, se sentó sobre una rama suave y ancha y se apoyó en el tronco. Sus pechos anhelaban el contacto de Cade y el calor húmedo que había provocado entre sus piernas palpitó hasta adquirir una mayor intensidad.

Él extendió la manta sobre el suelo y se arrodilló.

—Esta vez, recorreremos todo el camino, Brynn —afirmó—. Todo el camino —como para recalcarlo, se bajó la cremallera de los vaqueros, liberó su erección y la enfundó en un preservativo.

Mareada por el deseo, Brynn se desabotonó la blusa, se soltó el nudo que la mantenía unida por encima de su ombligo y se quitó el sujetador. Y entonces él estuvo allí, tomándole los pechos con las manos, introduciéndoselos en la boca, arrastrándola a un paraíso húmedo y caliente. Brynn clavó los dedos en sus bronceados hombros y apoyó la cabeza en el árbol.

Pero después de succionarle los pezones hasta convertirlos en puntos duros y sensibles, Cade se separó con los ojos en llamas y una expresión intensa. Le subió la falda, posó una mano en cada muslo y se los separó.

Con una exclamación ronca, Brynn se aferró a las ramas que tenía sobre la cabeza mientras él la besaba, la lamía y le mordisqueaba la parte interior de los muslos. Luchó por contener un gemido. «Guarda silencio».

El primer contacto ardiente de la lengua sobre su núcleo íntimo estuvo a punto de hacerla soltarse de las ramas. Él la sujetó con más fuerza y continuó el ataque sensual, y cada lametón y

exploración oral aumentó su placer, potenciando la tensión que la embargaba.

Ya no fue capaz de contener los gemidos y los gritos. No pudo resistir la poderosa marea. Como una mujer poseída, se retorció, gimió y balanceó la pelvis mientras él continuaba con sus atenciones, sin soltarse en ningún momento de las ramas a las que se sujetaba.

La lengua de Cade la penetró hondamente, forzando que su cuerpo se arqueara. Sensaciones profundas hicieron presa de ella hasta elevarla a un clímax prolongado, intenso y demoledor. El mismo árbol pareció sacudirse a su alrededor, y finalmente Brynn se soltó y alargó los brazos hacia él.

Cade se incorporó para sujetarla y ahogó sus gritos con un beso. Mientras ella respondía a cada embate de su lengua, le acarició el cuerpo, le metió una mano por debajo de los vaqueros para agarrar los músculos tensos de sus glúteos y cerró la otra sobre su erección, que palpitaba con intenso calor y dureza.

Brynn anheló sentirlo palpitar en su interior. Pero también ansiaba empujarlo más allá de todo control, hacia la dulce locura que en ese momento la poseía a ella.

Quebró el beso, descendió del tronco hasta ponerse de rodillas y pasó los dedos por el trasero de Cade Luego le tomó la erección desde la base y se introdujo la punta tierna en la boca. Él se sacudió, se puso tenso y soltó un siseo. Y mientras lo lamía con movimientos cada vez más profundos, él gimió, se contoneó y le agarró el pelo.

Pero cuando Brynn tensó los labios en torno a él y tiró con una succión constante, de su garganta salió un grito ronco y le tomó la cara entre las manos.

—Brynn. ¡Brynn!

Con urgencia la levantó por los hombros hasta que la quemó con la mirada. Entonces se lanzaron al unísono a un beso voraz. Y con un único movimiento fluido, la alzó del suelo, le hizo pasar las piernas en torno a sus caderas y la embistió.

La penetración la sacudió, la aturdió. Y mientras flotaba en la que podría ser la emoción más increíble de toda su vida, él susurró con

voz ronca:

—Aquí es donde quiero estar, Brynn. Donde siempre he querido estar. Justo aquí, dentro de ti.

Ella flexionó los músculos interiores para abrazarlo.

Y Cade la poseyó con embestidas profundas. Encendido por la necesidad, se vio gobernado por el deseo de llenarla, en cuerpo y alma. De marcarla por dentro. De hacer que ese momento continuara y continuara.

Pero el placer más frenético y agudo lo cegó demasiado pronto y ya no fue capaz de resistir más. Al parecer, ella tampoco. Sus contracciones orgásmicas lo apretaron sin piedad mientras él se sacudía en un clímax cataclísmico.

La mantuvo pegada a él mientras jadeaban y temblaban, hasta que los movimientos convulsivos se suavizaron y le permitieron pensar, ver y posiblemente incluso moverse. Entonces se deslizó despacio por el tronco del árbol hasta sentarse sobre la manta, donde la mantuvo en su regazo.

Durante un largo rato, ninguno intentó hablar.

—Brynn —dijo al final, desconcertado más que nunca por algo que ella había dicho la primera vez que le había hablado en sueños—. ¿Cómo has podido llegar a pensar alguna vez que eras frígida?

Al principio no contestó, simplemente lo abrazó con más fuerza y pegó la cara a su pecho.

—Nadie más me produce esto —murmuró ella al final. Se apartó para mirarlo con tierno asombro y repetir—: Nadie más.

La emoción se alzó como un corcel salvaje en el pecho de Cade, y volvió a besarla en la boca lleno de pasión. Parecía imposible que pudiera desearla otra vez tan pronto, pero así era. Y Brynn le devolvió el beso como si ella sintiera lo mismo.

En un rincón distante de su mente, él notó el tañido de una campana. La campana de la victoria. Durante un instante, la relacionó con su victoria personal. La más estimulante de su vida.

Pero Brynn puso fin al beso.

—Cade. La campana. ¡La campana! Eso significa…

—Victoria.

—… que el partido se ha terminado.

—¿Terminado? No —el partido de ellos distaba mucho de estar completado. No había hecho más que empezar.

—El estadio se vacía. La multitud viene hacia acá.

En cuanto terminó de pronunciar esas palabras, oyeron voces y pisadas a unos metros de distancia.

—Sé lo que oí, Walt —comentó una mujer con voz apagada y asustada—. Sonó como un gemido o un gruñido. ¿No viste que el árbol se sacudía?

Brynn abrió mucho los ojos, asustada.

—Probablemente fuera el viento, Louise.

—No. ¡Y no te acerques más a ese árbol! Hay un animal grande dentro. Quizá un oso.

—¿Un oso? No hay osos en el campus.

Las pisadas se acercaron más y Brynn entró en acción. Se apartó del abrazo de Cade, se cerró la blusa y se subió la falda, que tenía enrollada en torno a la cintura.

—¡Mira! ¿Has visto cómo algo se movía en el árbol? —gritó Louise mientras Walt maldecía con fascinación.

Con un suave juramento, Cade habló:

—Los únicos animales que hay en estos árboles —anunció, colocándole bien la falda a Brynn—, son una pareja de Georgia.

El anuncio fue recibido con un silencio aturdido. Luego una carcajada masculina.

—Oh, por el amor del cielo —murmuró Louise.

—¡Adelante, pareja! —animó Walt.

Capítulo 9

La terapia que le había prescrito al sonambulismo de Brynn había sido demasiado eficaz, decidió Cade más tarde, echado solo en la cama, mirando cómo el reloj digital ponía la una.

En ese momento debería estar con él. Tendida en sus brazos, sudorosa y extenuada por el sexo salvaje. Había estado preparado para otra ronda poco después de salir del magnolio.

Pero en cuanto atravesaron el campus de camino al hotel, había sabido que algo iba mal. Desconocía qué podía ser o por qué, pero entre ellos se había abierto una brecha. Sucedió cuando le susurró al oído: «Te quiero en una cama ahora. Desnudos los dos».

El rostro de ella se había ruborizado por la excitación, pero había dicho:

—No puedo acostarme contigo en el hotel, Cade. Sería incómodo si Trish descubre que estamos juntos.

—¿Por qué?

—Antoine es su primo. He estado saliendo con él. Necesito romper la relación y comunicárselo a Trish antes de que me sienta cómoda para acostarme con otro hombre en nuestro hotel.

Desde el punto de vista de Cade, aquello era una excusa para no acostarse con él. ¿Por qué?

—Llámalo —le entregó su móvil. Quería a ese tipo fuera de la vida de ella lo más pronto posible. Si él era el secuestrador, volvería a toda velocidad para restablecer su relación con Brynn, y Cade lo estaría esperando—. Rompe con él.

—Intenté hacerlo antes, pero la cobertura era débil. Y desde entonces, no me ha vuelto a llamar.

Cade sospechó que se hallaba ocupado cortejando a otra víctima. Con tono casual, preguntó:

—¿Cómo se gana la vida?

—Vende materiales de arte al por mayor. Pero su verdadera pasión es el arte. Pinta. Óleos, principalmente. Algunas acuarelas también.

Trish le había contado lo mismo.

—¿Has visto sus obras?

—No. Aún no se las han enviado de Francia. Estudió en París, en La Sorbona.

—Tengo un amigo que trabaja en lo mismo. Me pregunto si conocerá a Antoine. ¿Cómo se llama su empresa?

Se lo dijo, y Cade añadió esa información a su fichero mental. Aunque Antoine no fuera el secuestrador, no confiaba en él. Claro que eso podía deberse a que lo consideraba un rival personal. La sola idea de tener un rival en lo referente a Brynn se le atragantaba.

—¿Vas a romper con él? —le preguntó.

—Por supuesto.

—¿Por qué? —Cade aguardó la respuesta con aliento contenido.

—Después de lo que acabamos de hacer, ¿de verdad tienes que preguntarlo?

—Sí —respondió con sinceridad.

—Porque siento que con él pierdo el tiempo.

Era una buena explicación, pero insuficiente.

—Pierdes tu tiempo… ¿quieres decir sexualmente?

Ella le ofreció una mirada enigmática antes de responder con tono gentil pero firme:

—Eso no es asunto tuyo, Cade.

Con sólo recordar la conversación se sentía sacudido. Y en ese momento estaba solo en la cama, poniéndose tenso con cada crujido que oía, esperando que sonara la alarma de su despertador, lo que le indicaría que iba a verlo. Sonámbula o no. Suponía que no tenía que volver a hacerle el amor esa noche, pero sí tenía que abrazarla. Con un suspiro frustrado, cerró los ojos.

Y la alarma del reloj se activó. ¡Había abierto la puerta! Unos pasos ligeros se dirigieron en su dirección. Su estado de ánimo mejoró.

Pero entonces oyó unas pisadas más pesadas y otra puerta que se abría. Un sonido sordo, como si alguien se hubiera golpeado contra una pared. Un jadeo femenino. Unas palabras atropelladas de una voz masculina.

Cade corrió a la puerta y la abrió. Entre su cuarto y el de Brynn, vio a uno de los chicos Kappa Alpha que la ayudaba a levantarse del suelo. Parecía aturdida y desconcertada, como si hubiera despertado bruscamente de un sueño profundo.

—Lo siento, Brynn —decía el Kappa Alpha enfundado en un pijama—. No te vi venir. Cielos, chocaste directamente contra la pared. ¿Te encuentras bien?

—Sí —asintió ella, al tiempo que parpadeaba—. Estoy bien.

—Brynn —Cade salió al pasillo para cerciorarse de que se encontraba bien. Y conducirla a su habitación…

Pero antes de llegar a su lado, ella lo miró, retrocedió un paso y murmuró:

—Estoy bien —luego giró en redondo, huyó a su cuarto y cerró la puerta.

No era la reacción que había esperado.

—Salió de la nada —le dijo el Kappa Alpha, sorprendido y a la defensiva—. Y a la carrera.

No se molestó en contestar. Sabía que había estado soñando, y dio por hecho que iba camino de su habitación… hasta que despertó y huyó en la dirección opuesta. Se tragó la decepción y regresó a la cama.

—Los nombres y las fotos que enviaste de los clientes han sido comprobados todos —le informó por teléfono John Sutherland el domingo por la mañana—. Nada sospechoso.

—Lo suponía. Casi todos son huéspedes habituales, y todos, menos una señora mayor, se han marchado esta mañana. Por lo que he podido comprobar, sólo hay dos incorporaciones nuevas en el

círculo de conocidos de Brynn. Uno es el novio de Lexi, un chico con el que lleva saliendo cuatro meses. Vive en la zona de toda la vida. Sin ficha policial. Y el otro es Antoine Moreau, que apareció hace cinco semanas, afirmando ser el primo de Trish. Ella me contó que nació en Estados Unidos pero que vivió en Francia desde los tres años, a la muerte de la madre. Su padre francés no quiso saber nada de la familia estadounidense de su mujer, de modo que los lazos se rompieron. Parece el montaje perfecto para un impostor. ¿Has encontrado algo sobre él?

—Sólo que Trish tiene un primo con ese nombre y doble nacionalidad. Su permiso de conducir estadounidense pone que mide un metro setenta y ocho, que pesa setenta y cinco kilos, pelo castaño, ojos azules.

—Lexi me contó que Antoine mide más de un metro ochenta. Por supuesto, podría haberse equivocado, pero… —con la creciente certeza de que había algo raro en Moreau, Cade le dio a John el nombre de la empresa que supuestamente dirigía Antoine y la información de que había estudiado en La Sorbona—. Brynn ayer habló con él por el móvil. Podemos conseguir el número de la factura de teléfono. Trish me ha informado de que vive en un hotel próximo hasta que encuentre un sitio permanente. Ya he puesto a un hombre a comprobar eso.

Después de colgar, encendió el ordenador portátil y comprobó el equipo de vigilancia que había plantado en diversos puntos alrededor del hotel. Moreau iba a aparecer pronto. Y bajo ningún concepto iba a poder pasar un momento a solas con Brynn sin que cada palabra y gesto le fueran transmitidos a él. Ya había colocado sensores de movimiento en la puerta y en las ventanas de las habitaciones privadas de ella, y también había pinchado su teléfono. Además, instalaría videocámaras, y un chip localizador en el vehículo en el que llegara Moreau.

Le importaba un bledo la legalidad de la vigilancia o la utilidad que pudiera tener ante un tribunal. Sencillamente, no pensaba ofrecerle a un posible secuestrador, quizá incluso asesino, acceso a Brynn. Se pegaría a ella hasta que atraparan al Flautista.

Ésa era la parte del plan que más le atraía. Sólo esperaba que el distanciamiento de Brynn después de que hicieran el amor no significara que ya no quería estar con él. Eso representaría un problema.

Pero no lo detendría. Sin importar lo que sintiera por él, estaría a su lado hasta que apresaran al Flautista.

—Brynnie, ¿estás bien?

—¿Yo? Claro —respondió distraída mientras ordenaba los recibos de las tarjetas de crédito después de las salidas de los huéspedes el domingo por la mañana. Cuando se le ocurrió mostrar curiosidad por la pregunta, miró a Trish, a su lado detrás del mostrador de la recepción—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque estás guardando esos recibos de tarjetas de crédito en la carpeta de las recetas de Lexi.

—Oh —parpadeó y miró el cajón del archivador que ponía con claridad Recetas de Lexi—. Debo de estar más cansada de lo que imaginaba. No dormí bien anoche —había estado demasiado preocupada con pensamientos de Cade, al igual que con su ansiedad por el incidente de sonambulismo que podría haber herido a un huésped… y con más pensamientos de Cade

—También anoche, cuando llegaste, parecías distraída —la curiosidad vibraba en los ojos azules de Trish—. Creo que fue a eso de las nueve y media. Supongo que Cade y tú dedicasteis un montón de tiempo a recopilar datos para su libro, ¿eh?

Como no quería hablar de la intimidad con Cade, asintió.

Había comprendido algo importante después de hacer el amor el día anterior. Al fin entendía por qué había estado sexualmente insatisfecha con otros hombres. No se trataba de lo que hacían o dejaban de hacer, sino que no parecían, sonaban, olían o sabían como Cade. Y por algún motivo loco, necesitaba esa combinación sensorial en particular para excitarse.

¿Era algo enfermizo? ¡Debía superarlo! Pero ¿cómo? Quizá él había tenido razón acerca de la terapia. Tal vez realmente necesitaba exorcizarlo de su subconsciente satisfaciendo la necesidad sexual

que había descuidado durante la relación pasada. Pero aunque eso fuera verdad, no podía permitirse conectar demasiado con él en el proceso.

Y eso significaba que no volvería a pasar toda la noche acurrucada contra él en su cama. Podría convertirse en un hábito. Después de haber despertado con él una sola mañana, ya se sentía sola en su propia cama. No podía continuar ese anhelo constante por su compañía, por reforzar el nuevo vínculo, no. Tendrían sexo, un sexo caliente, salvaje y devastador, pero nada más. ¡Nada más!

—Brynn, cariño, me asustas.

Sobresaltada, se dio cuenta de que Trish se había acercado más, con expresión de suspicacia.

—¿Qué ha pasado entre Cade y tú?

—¿Pasado? —no podía decirle a Trish que se ocupara de sus propios asuntos. El conflicto entre socias sólo podía conducir a problemas—. ¿A qué te refieres?

Trish abrió mucho los ojos y la boca.

—Has tenido sexo con él, ¿verdad?

—¡Sexo! —no era exactamente una negativa, pero tampoco una confirmación. Instintivamente, sabía que Trish estaba molesta por que ella, la morena aburrida, hubiera atraído a un hombre al que su amiga, la deslumbrante rubia cosmopolita, había deseado.

Fue entonces cuando con cierta sorpresa se dio cuenta de que, a pesar de todos los años que habían sido amigas, nunca habían superado los papeles que habían asumido en la fraternidad. Aún sentía que la ansiedad la carcomía por haber disgustado a la chica más influyente de la fraternidad. Nadie se cruzaba en el camino de Trish. Nunca.

—Jamás pensé que fueras una hipócrita, Brynn. Me aconsejaste que me alejara de Cade, y luego fuiste tú detrás de él.

Brynn se mordió la lengua para no recordarle que la advertencia no había impedido que Trish se afanara al máximo por llevárselo a la cama. Adivinó que lo que más le irritaba era el hecho de que Cade no hubiera mordido el anzuelo.

—Todo lo que te dije sobre él era verdad, Trish… y por tu propio bien.

—¿Trabajasteis algo en su libro ayer?

La invadió la culpabilidad, pero antes de que pudiera contestar, Cade salió del comedor, irresistiblemente atractivo con una camiseta negra, unos vaqueros ceñidos y una sonrisa que desarmaba por su atractivo.

—Buenos días, señoritas —saludó con su voz vibrante y profunda —. Mis cumplidos al chef por los muffins de esta mañana. No hay nada como unos muffins caseros de arándanos.

—Eran de moras —espetó Trish. Salió de detrás del mostrador y lanzó una mirada fría por encima del hombro—. A propósito, Brynn, Antoine llamó anoche. Parece que no pudo contactar con tu móvil — y se marchó con la gracia arrogante de una princesa.

—Trish —Brynn rodeó el mostrador para seguirla.

Cuando iba a pasar a su lado, Cade la sujetó por el brazo y la llevó al pequeño despacho que una vez había sido la despensa de la fraternidad. Cerró la puerta a su espalda y le bloqueó la única vía de escape.

—¿Qué crees? —musitó con tono de conspiración—. ¿Sospecha algo?

—No es gracioso, Cade. La he alterado.

—La has enfadado —corrigió. Le rozó la curva de la mejilla con la yema de un dedo y murmuró—: Me has estado esquivando.

La proximidad y el contacto de Cade le nublaron la mente y le sensibilizaron la piel allí donde él la tocaba.

—He estado ocupada —respondió casi sin aliento—. Las salidas de los huéspedes el domingo por la mañana son siempre una locura.

—¿Y qué me dices de anoche en el pasillo?

—Por si lo has olvidado, uno de los huéspedes Kappa Alpha estaba allí de pie con un pijama, avergonzado porque creía haberme derribado. Consideré que lo mejor era retirarme a mi habitación.

—Podrías haberte retirado a la mía.

Excitada por el tono ronco de su voz y por el calor de su mirada, evitó el comentario y le rodeó el cuello con los brazos antes de apoyar la pelvis contra sus muslos tensos… un recordatorio de las poderosas embestidas del día anterior.

—Como mi sonambulismo da la impresión de que comienza a volverse más peligroso —murmuró—, será mejor que programemos otra sesión de terapia, y pronto.

—Mmm —convino él, bajando la cabeza para mordisquearle los labios—. Muy pronto —le succionó el labio inferior y aspiró el calor húmedo de su boca.

Ella se pegó más en busca de toda su dureza y calor. Eso podía hacerlo, ya que se trataba de algo puramente sexual. Pensó que ese despacho a oscuras sería un buen lugar para la siguiente terapia. En tiempos de la universidad, se habían besado apoyados en esas mismas paredes. En ese lugar exacto casi había perdido la virginidad. ¿Dónde había encontrado la fortaleza para resistirse a él por aquel entonces?

En un rincón lejano de su mente lo sabía. El miedo la había detenido. No a Cade ni al sexo, sino a cometer otro error. Uno que pudiera desviarla definitivamente de su objetivo.

Pero en ese momento era mayor y más fuerte. Y mientras mantuviera las cosas en perspectiva, el sexo con Cade no le haría daño.

Y eso era lo que quería en ese momento. Sexo con Cade. Antes de que tuviera tiempo para pensar demasiado en por qué él, y sólo él, tenía tanto atractivo sexual.

Le pasó los dedos por la dureza atrapada bajo los vaqueros. Él jadeó, le acarició el trasero y la arrinconó contra la pared, alzándola justo lo suficiente para poder presionarla contra su erección. Un escalofrío de placer le recorrió la espalda y le rodeó las caderas con las piernas, deseándolo dentro de ella.

Quebró el beso y con un susurro áspero contra su mandíbula, Cade dijo:

—Aquí no.

—¿Por qué no? Encajaría con nuestra terapia.

—Quiero estar tumbado contigo. Desnudos. Y tomárnoslo con calma.

La expectación le hizo hervir la sangre y Brynn sintió una lanza de calor entre las piernas, en el vientre y en los pechos.

—¿Dónde, entonces?

—En una cama. Cualquier cama.

Una cama. Sí. Pero las alarmas se dispararon en su cabeza ante la idea de llevarlo a su cama. Era un paso en la dirección equivocada. Si en ese instante se iban a la cama, tal vez no tuviera la fortaleza de evitar irse a la cama con él también esa noche. Y la noche siguiente. Y todas las que se quedara en Georgia. Y cuando se marchara, le costaría terriblemente adaptarse a acostarse sin él.

Añadir más intimidad al plan representaba un peligro para su salud mental. Debía permanecer dentro de los límites de su acuerdo o estaría perdida.

—¿Una cama? —repitió, frotándose contra él provocativamente—. Eso no está en nuestra agenda de terapia. En la universidad jamás llegamos a una cama.

Él ladeó la cara para capturarle la boca con otro beso, pero luego se detuvo.

—Entonces evitaste las camas porque temías que recorriéramos todo el camino. Ya lo hemos hecho. Y vamos a hacerlo otra vez. Por lo tanto, ¿qué tiene de malo una cama?

—Fuiste tú quien ideó mi terapia. ¿No crees que tendríamos que ceñirnos a ella?

—Sí, pero eso no significa que no podamos complementar el programa —volvió a mover la erección contra ella.

—Nada de cama —gimió Brynn. Una cama era demasiado real. Hacer el amor con Cade en una cama dejaría una marca indeleble en su vida cotidiana. Quería que la aventura no saliera del terreno de la fantasía—. Así que ¿cuál es la segunda opción?

Él frunció el ceño. Ella lo distrajo con otro beso… y con la presión de sus pechos contra el torso, el giro de sus caderas, haciendo que la erección se tensara más contra los vaqueros.

Pero en el instante en que Cade cedía al delicioso beso carnal, una voz alta crepitó desde el walkie-talkie que Brynn llevaba en el cinturón.

—Brynn —era Trish, y su tono sonó complacido—. Una visita te espera en el porche.

Luchando por recuperar el control de su cuerpo después del final brusco del beso, que había estado en un tris de convertirse en un acto sexual pleno contra la pared, Cade se pasó los dedos por el pelo y la siguió a cierta distancia.

También ella se arregló el pelo revuelto y, con un suspiro audible, cruzó la puerta principal del hotel para salir al porche delantero. Él permaneció dentro, adoptando una postura indiferente junto a una ventana parcialmente abierta, desde donde tenía una visión más clara del visitante.

Supo quién era nada más verlo. Parecía medir más del metro setenta y ocho de su supuesto carné de conducir. El pelo castaño claro, que exhibía unos mechones rubios, le llegaba hasta los hombros. La chaqueta, la camisa gris a juego y los pantalones chinos con pinzas, mostraban una elegancia europea. No podía ser otro que Antoine Moreau. O el hombre que se hacía pasar por Antoine Moreau.

Le desagradó a primera vista, incluso antes de que Brynn lo saludara.

—Antoine. No te esperaba hasta esta noche.

—Bonjour, Brynn —murmuró en respuesta, luego le besó las dos mejillas y le ofreció una sonrisa que pretendía ser deslumbrante.

—Te eché demasiado de menos como para permanecer lejos una hora más.

El acento francés era sutil… nada más que una cadencia melodiosa que lo distinguía como europeo.

No cabía duda de que ese sujeto podía tentar a las mujeres a abandonar sus hogares como el ficticio Flautista de Hamelín tentaba a los niños. Cade se aferró a un hecho importante mientras Moreau abría los brazos a la mujer a la que él mismo acababa de abrazar: no la había satisfecho en la cama.

Brynn titubeó antes de aceptar el abrazo, o eso le pareció a Cade. Pero quizá sólo fuera una proyección de sus esperanzas.

—¿Espiando a la competencia?

La pregunta ácida de Trish surgió justo detrás de él.

Irritado por que lo hubiera sobresaltado, Cade le dedicó una mirada levemente admonitoria, y luego devolvió la atención al

porche.

—Me resulta familiar —mintió—. Creo que lo he visto en alguna parte. Es tu… primo, ¿verdad?

—Espero que no cuentes con que, entre Antoine y tú, Brynn te elija a ti. Puede que ayer se dejara llevar por ti, pero es estrictamente mujer de un solo hombre. Y por el momento, es de Antoine. Además, sus relaciones duran mucho tiempo. Por lo general, años. Siempre y cuando el chico no lo estropee todo. Ya sabes, como hiciste tú.

El golpe le afectó profundamente.

—Guarda las garras, Trish.

—¿Sabes?, en realidad no te ha perdonado.

Cade se preguntó si eso era verdad. La cabeza aún le vibraba por la bofetada metafórica que le había dado momentos atrás al negarse a ir a la cama con él. Él anhelaba tiempo e intimidad. Ella no. Sin embargo, había estado más que dispuesta a que la tomara contra la pared. Pero su negativa a irse a la cama le molestaba.

Quizá se tratara de esa aventura sexual que había mencionado dormida. ¿Era eso lo que quería de él… lo único que quería? ¿Unos cuantos asaltos sexuales en lugares arriesgados y poco usuales?

Se obligó a desterrar ese pensamiento y se concentró en la pareja del porche. Le alegró que el abrazo hubiera terminado.

Trish soltó un suspiro irritado y se marchó.

Al quedarse solo, sacó el móvil del bolsillo y tecleó un mensaje codificado para su equipo, alertándolo de la presencia de Moreau. A partir de ese momento, estaría bajo vigilancia. También activó la cámara del teléfono, sacó unas fotos digitales y, apretando una tecla, se las transmitió a John.

Luego permaneció junto a la ventana, tenso y preparado. Aún no disponía de ninguna prueba, pero el instinto le decía que el hombre que afirmaba ser Antoine Moreau, también era el que había enviado fotografías de sus víctimas a la policía bajo la firma de El Flautista de Hamelín.

Antoine, tal como pensaba de sí mismo en ese momento, se había presentado completamente preparado para aplacar el enfado de Brynn. Por la conversación telefónica que habían mantenido, sabía que sus recientes ausencias habían perturbado a la joven y que debería realizar más esfuerzos para suavizarla.

Pero desde el momento en que salió al porche a saludarlo, supo que el problema era mucho más profundo de lo que había imaginado. La sonrisa que exhibía no era auténtica. ¿Había culpa o pesar? ¿Qué había hecho o qué planeaba hacer?

También sintió su reserva en el abrazo, de modo que no intentó besarla. Nunca había sido una mujer muy física y ya había abandonado la idea de conquistarla con la seducción. Pero, por algún motivo, en ese instante parecía increíblemente disponible. Su cabello, el color de sus mejillas, el brillo en los ojos… Parecía dispuesta para el sexo. No obstante, percibía distancia hacia él.

Tal vez hubiera cometido un error al aceptar las limitaciones sexuales que ella había establecido. Quizá había pasado por alto una leve pista de que anhelaba que pasar por alto sus inhibiciones. Que empleara un poco de fuerza. Valía la pena considerarlo.

Una cosa estaba clara; debía restablecer la conexión con ella.

—Antoine —decía Brynn—, necesito hablar contigo.

—Desde luego —mostró una especie de sonrisa y fruncimiento de ceño—. Pero primero… —del bolsillo interior de la chaqueta sacó un lienzo oval del tamaño de una cartera y sintió que el corazón le palpitaba con más fuerza.

Compartir su obra nunca era algo casual. La reacción resultaba muy importante. Su alma se alimentaba de la admiración, de la apreciación, del asombro… y si recibía algo menor se enfadaba. Era el primero de sus cuadros que le permitiría ver.

—¿Qué es, Antoine? —esperó con manifiesta curiosidad.

Debía concentrarse antes de hablar o la magnitud de la ocasión podía poner en peligro el deje afrancesado que había perfeccionado en su habla.

—Algo en lo que he trabajado cada noche que he pasado lejos de ti, mon coeur —con solemne ceremonial, murmuró—: Te entrego estas rosas.

Ella miró con sorpresa la pintura en miniatura que le dio.

—¡Oh, Antoine!

Vio que la estudiaba en silencio. Cada segundo transcurrido incrementaba sus palpitaciones. Cuando pensó que no sería capaz de soportar otro momento de espera, ella alzó los ojos almendrados y le sonrió.

—Es hermoso —su rostro irradiaba admiración, su tono era reverente—. Verdaderamente, eres un artista con mucho talento.

En ese momento, la amó. Sin importar lo que hubiera ido mal entre ellos, lo arreglaría. Era demasiado perfecta para dejarla escapar. Era la modelo que había escogido primero, antes que a ninguna otra. Con ella había dedicado el mayor tiempo, el cuidado más minucioso. Posaría para él por propia voluntad, más o menos, y el retrato que hiciera de ella sería su obra maestra.

—Deja que lo guarde en mi habitación —manifestó Brynn, sosteniendo con cuidado la pintura de las rosas—. Me siento tan honrada de que me la hayas regalado, Antoine —esbozó una sonrisa dulce y entró en la mansión.

Y él supo que había elegido bien. Brynn tenía todo lo que necesitaba: belleza física junto con un resplandor interior que potenciaría el retrato que pintaría de ella. También tenía un vínculo fuerte con un poli de Atlanta… el detective que llevaba su caso. Y, de igual importancia, guardaba un secreto culpable que deseaba mantener oculto. Había buscado con ahínco mujeres como ella, y Brynn era la mejor que había encontrado. No la perdería en esa fase del juego.

Lo que significaba que debía descubrir la naturaleza del problema que había surgido entre ellos.

—Antoine —Trish salió al porche, con el aspecto tan elegante y magnífico de siempre. Era una pena que careciera de las otras cualidades que necesitaba en sus modelos, o su «prima» habría figurado entre sus primeras elecciones—. ¿Te ha contado Brynn el visitante sorpresa que tenemos en el hotel?

—¿Qué visitante?

Brynn, que había regresado al porche a tiempo de oír la pregunta de Trish, dijo:

—En realidad, no nos visita a nosotras. Ha venido a la ciudad por asuntos de negocios y da la casualidad de que se aloja en nuestro hotel.

—Es un viejo amigo de Brynn —insistió Trish—, de la universidad —con una mueca, llamó a través de la puerta—. ¿Cade? Ven a conocer a mi primo Antoine.

El hombre que salió por la puerta unos momentos más tarde tenía aproximadamente su estatura, pero tenía los hombros más anchos, unos brazos y un pecho claramente musculosos, como si el trabajo que realizara involucrara pesados movimientos manuales. O una tonificación física específica. Se preguntó qué haría ese tal Cade para ganarse la vida.

El apretón de manos confirmó su impresión de la fuerza de aquel hombre, y su mirada directa, aunque no abiertamente hostil, casi le hizo retroceder un paso. Sintió como si ese extraño de ojos fríos de algún modo escrutara en los rincones más recónditos de su mente. No fue una sensación agradable.

—Cade, te presento a Antoine Moreau —dijo Trish—. Antoine, Cade Hunter. Los dos tenéis mucho en común.

Brynn miró a Trish. Pero, por otro lado, Cade Hunter sólo lo miró a él, con expresión inescrutable, y una postura tan sólida como una montaña.

—Los dos trabajáis en campos creativos —continuó Trish—. Antoine es artista. Cade escritor.

—¿Escritor? —la ocupación no encajaba con él.

—Ayer mismo nuestra Brynnie lo ayudó a ponerle algo de colorido local al libro de viajes que está escribiendo.

—¿De verdad? —era interesante, ya que Brynn se mostraba irritada porque Trish lo hubiera mencionado—. ¿Y cómo lo ayudaste exactamente, chérie?

—Oh, no hice gran cosa.

—Me mostró el campus en un día de partido —intervino Cade—. Me refrescó la memoria en algunas cosas. Señaló algunos detalles peculiares. Como un gigantesco magnolio.

Algo centelleó entre ellos entonces… algo tan fugaz y sutil que alguien corriente no lo habría captado. Pero Antoine no era alguien

corriente. Había convertido en arte, en ciencia, leer a las personas, estudiar cada expresión, hasta entender sus emociones y motivos mejor que ellas mismas.

Brynn había tenido relaciones sexuales con Cade.

Cuando Cade volvió a mirarlo, una sutil insolencia en la por lo demás velada expresión del hombre le permitió descubrir que le importaba un bledo que lo supiera.

—Parece que el recorrido de Brynn fue todo lo que uno podía esperar —comentó Antoine, lleno de odio hacia Cade.

—Oh, lo fue.

La tensión entre ellos le impidió a Antoine intentar esbozar una sonrisa.

—Mmm, perdonadnos, Cade y Trish, pero Antoine y yo tenemos que… ponernos al día —Brynn lo miró significativamente—. Subamos a mi suite, donde podremos hablar.

Antoine asintió y sonrió, pero no le resultó fácil. Ella iba a dejarle e irse con Cade Hunter… o eso pretendía. Pero un don nadie como Hunter jamás le ganaría a Doyle Fontaine. Haría todo lo que estuviera en su poder para cerciorarse de ello.

Por el momento, pasó un brazo en torno a Brynn.

Crisparía a Hunter verlos marchar a las habitaciones privadas de ella. Pensaba mantenerla allí todo lo que le fuera posible.

Cade se interpuso en su camino, algo que no sorprendió a Antoine.

—He de estropearte los planes, Brynn, pero ya me has prometido el resto del día —ella enarcó una ceja con cierto asombro—. Para realizar otro recorrido de la zona.

—Oh, cierto —Brynn asintió—. Pero… ¿no puede esperar un poco? —Cade fue a objetar, pero ella lo interrumpió—. Digamos dentro de treinta minutos.

Antoine sospechó que sus planes habían sido de una naturaleza diferente. Le costó mantener la ecuanimidad. ¿Daba por hecho que podría acabar con él en treinta minutos y luego marcharse a su cita con Cade Hunter?

—Si trastocamos tu agenda de trabajo, Cade —sugirió Antoine—, ¿por qué no solicitas la ayuda de Trish? —ésta se iluminó. Sabía que

lo haría. Su disponibilidad sexual con Hunter resultaba casi tan evidente como la de Brynn. Una situación interesante.

—No te molestes, Trish —respondió Hunter—, pero lo que realmente busco es el punto de vista de Brynn como oriunda de Athens.

—¿Oriunda? —Antoine no pudo resistir distorsionar los planes de Hunter, aparte de mostrarle lo poco que conocía de Brynn—. Por algún motivo, Brynn, pensaba que eras de otra parte.

Cade y Trish la miraron para que lo corrigiera. Era evidente que la tarea le desagradaba.

—Bueno, he vivido en Athens casi la mitad de mi vida —se apartó el pelo con un gesto nervioso—. De modo que me considero de aquí.

—¿La mitad de tu vida? —repitió Trish—. Eso significa que tenías trece o catorce años cuando viniste aquí.

—Sí, diría que esa edad.

Antoine sabía que tenía quince años cuando se había ido a vivir allí… para escapar del escándalo. Pero, desde luego, ella no quería que nadie supiera eso. O peor, las complicaciones que había habido después. Pensaba mantener sus secretos a salvo… siempre y cuando cooperara con él cuando llegara el momento.

—Pero siempre pensé que eras de Athens, Brynn —insistió Trish—. ¿De dónde eres?

—¿Qué importa? Nací en una ciudad pequeña del sur de Atlanta de la que probablemente no hayas oído hablar nunca, ¿de acuerdo?

—Oh. De acuerdo —Trish no pareció interesada en los detalles. Se volvió hacia Cade—: Yo me trasladé aquí cuando tenía dieciocho años, de modo que Trish me gana únicamente en cuatro años.

—Eso quizá sea verdad —reconoció Hunter—, pero su punto de vista resulta especialmente valioso para mi trabajo —clavó la mirada en Brynn, y de una manera silenciosa que enfureció a Antoine, parecieron resolver el tema entre ambos—. Te veré aquí en el porche —indicó—, dentro de quince minutos. Eso es… —bajó la vista al reloj— a la una y cuarto.

¡Quince minutos! Ella había dicho treinta, lo cual ya había resultado bastante insultante. Pero antes de que Antoine pudiera

encontrar una razón para objetar, Brynn asintió y lo condujo hacia la puerta.

Hunter creía que había sido más listo que él, pero se juró que la satisfacción le duraría poco. Porque faltaba poco para que Brynn lo abandonara.

Capítulo 10

Habían sido los quince minutos más largos de su vida. Y cuando iba en su todoterreno descapotable con Brynn a su lado, Cade tenía un nudo en el estómago.

Había permanecido sentado en su habitación con el ordenador portátil en el regazo y los auriculares del equipo de vigilancia, observando cada movimiento que hacían Brynn y Antoine, escuchando cada palabra, esperando el primer indicio de problemas. Y aunque no estaba a más de cinco metros de la puerta de ella, con sensores de movimiento en todas las ventanas, por su mente habían pasado pesadillas de los peores escenarios.

No pudo evitar pensar en que a las mujeres secuestradas no las habían encontrado. Quizá las hubiera asesinado. La idea de que Brynn estuviera a solas con un asesino en una suite cerrada le causaba un sudor frío. Era poco probable que el sujeto creyera que podría librarse. Aunque por el tono de la nota del Flautista, estaba seguro de que buscaba notoriedad. Quizá no le importaba que lo atraparan. Lo que significaba que podía llegar a intentar cualquier cosa en la habitación de Brynn. Se necesitaba un minuto para romper un cuello, o cortar una garganta, o…

Esos quince minutos habían sido un infierno.

Pero Cade tenía que reconocer que la integridad física de Brynn no había sido su única preocupación. Había temido que de algún modo, aquel hombre lograra convencerla de que se fuera a la cama con él. Cade había pensado en todo tipo de opciones de última hora…

desde activar la alarma contra incendios hasta aporrear la puerta de la suite, despedazar el cerrojo de un balazo o tirarla abajo de una patada.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de cómo había perdido la cabeza por ella.

Debería haberlo comprendido cuando cruzó espadas con su novio. De haber sido imparcial, habría mantenido una actitud de frialdad. Un perfil de indiferencia. Se habría presentado como un huésped más del hotel.

Pero no. Había dejado que Antoine se enterara de forma sutil pero inconfundible de que Brynn ya no era suya.

Había dejado que sus emociones lo gobernaran. Su juicio profesional estaba tan sesgado, que ya no tenía sitio en el caso. Sin embargo, ni soñando iba a apartarse para dejar la seguridad de Brynn a cargo de otro.

—¿Cade?

—¿Mmmm?

—¿Qué sucede?

Movió la cabeza y siguió conduciendo. Probablemente, Brynn pensaba que estaba enfadado con ella. Y no era así. Le habría gustado que prescindiera del encuentro con el donjuán francés en el dormitorio, pero al menos había roto con él.

Más o menos. Ella le había explicado a Antoine que, aunque había disfrutado de unos momentos maravillosos con él, sólo quería que fueran amigos. El otro había respondido que valoraría su amistad y que le deseaba lo mejor.

Pero antes de que se terminaran sus quince minutos, Antoine le había sacado una promesa de que dispondrían de más tiempo a solas. Le había pedido que fuera a su casa, la que había alquilado ese mismo día, para darle ideas para decorarla. Desde luego, ella se había mostrado encantada de ayudar.

—Te llamaré para quedar algún día de esta semana —había dicho él.

Cade no tenía dudas de que ése sería el momento escogido. Si Moreau era el Flautista, y estaba convencido de ello, entraría en acción con Brynn cuando quedaran esa semana.

Sus hombres y él estarían preparados. Y no podía permitirse el lujo de que algo lo distrajera, y menos unos sentimientos irracionales que apenas entendía.

Frustrado por su falta de control, giró a la izquierda por una calle que conducía al río Oconee, consciente de que apretaba los dientes, pero incapaz de parar.

—Es evidente que estás enfadado —comentó Brynn, con su lustroso pelo al viento, a pesar del pañuelo rojo que se había puesto para sujetarlo—. Me gustaría saber por qué.

—No estoy enfadado.

—¿Tiene algo que ver con Antoine?

«No quiero que te vuelva a tocar. Nunca. Y no quiero que vuelvas a llevar a otro hombre a tu dormitorio. Nunca».

—Rompiste con él, ¿cierto?

—Cierto.

—Entonces, ¿por qué voy a estar enfadado por él?

Lo estudió con expresión de duda.

—¿Estás molesto porque te… dejé pensar… ya sabes… que había nacido y me había criado en Athens?

Estaba tan lejos de la verdad, que tuvo ganas de bufar. Aunque era verdad que le había hecho creer que era de Athens, no le importaba de dónde era. ¿Por qué le iba a importar?

La miró y notó que parecía tan culpable como si la hubieran sorprendido cometiendo una fechoría. Lo cual, desde luego, avivó su curiosidad.

—¿Te importaría explicármelo?

—¿Crees que es importante de dónde soy?

—Dímelo tú.

Ella apretó los labios y jugó con el collar de abalorios de múltiples colores que llevaba al cuello.

—Si recuerdas bien, yo nunca dije que hubiera nacido en Athens. Dije que crecí aquí. Lo cual es verdad. No me hice mayor hasta vivir en Athens. Quiero decir, no considerarías a una casi preadolescente una adulta, ¿verdad?

—Intentas escapar con un tecnicismo.

—Nunca fue mi intención mentir.

La angustia que evidentemente sentía Brynn por ese tema en apariencia insustancial despertó su interés.

—Escondes algo —la vio apretar los labios otra vez. Giró el coche al borde del camino, aparcó bajo un grupo de pinos y se volvió hacia ella—. ¿Vas a contarme por qué le das tanta importancia al lugar de donde eres?

—Yo no le doy importancia. Eres tú quien está enfadado.

Lo estaba. Brynn le ocultaba algo, algo que le inquietaba. Lo que significaba que aún lo mantenía a distancia. Y era eso lo que realmente le molestaba.

—¿De dónde eres, Brynn?

Ella le ofreció su perfil tozudo. Entonces Cade se preguntó cómo había descubierto Antoine ese secreto.

Bajo la presión de su intensa mirada, Brynn al final respondió con tono seco.

—Soy de una ciudad pequeña, corriente y poco interesante del sur de Atlanta llamada Summerton.

—¿Y por qué no lo dijiste desde el principio?

—Parecía irrelevante.

Había sido irrelevante, hasta que lo escondió. Y todavía ocultaba algo. Se preguntó si John sabría de qué se trataba. Pero no quería averiguar cosas de ella por John, o por ninguna otra fuente a su alcance. Quería que ella se abriera a él. En todos los sentidos. Lo anhelaba tanto, que dolía.

—¿Cómo supo Antoine que no eras de Athens?

—No lo sé.

—¿No se lo contaste tú?

—No.

Pero lo había sabido. Había alardeado del conocimiento que tenía de ella de un modo silencioso pero malicioso. Quizá la había investigado… podía ser el método con el que el Flautista elegía a sus víctimas. ¿De qué otro modo podía saber sobre las mujeres de la familia de un policía sin investigar el historial de dicho policía? Si sabía que John era de Summerton, también sabría que lo era su hermana.

—Oh, Cade, no perdamos el tiempo en discusiones —lo miró con expresión de súplica—. Lo pasado pertenece al pasado. ¿Por qué no continuamos con el presente y… mmm… las cosas importantes? —sonrió levemente—. Como esa segunda sesión de terapia.

El deseo lo atravesó. Dios, la deseaba. Quería llevarla entre los árboles, depositarla sobre unas mantas y penetrarla hondamente. Hacer que gritara su nombre, que temblara en sus brazos, que lo llevara a sitios que sólo había conocido dentro de ella.

Podía hacer todas esas cosas… las mismas que lo obsesionaban desde la universidad. Pero, irónicamente, no podía hacer que hablara con él. Que confiara lo suficientemente en él como para compartir el secreto que guardaba.

—No estoy seguro de encontrarme preparado para otra sesión de terapia —le dijo al tiempo que su cuerpo se endurecía y palpitaba por ella—. A diferencia de ti, Brynn, prefiero conocer a la persona con la que practico el sexo.

—¡Me conoces! —exclamó en protesta.

—¿Qué temes revelar de ti misma?

—No temo revelar nada.

Pero vio la expresión sobresaltada en sus ojos.

Se negaba abiertamente a confiar en él. La frustración lo llenó hasta el punto de hacerlo estallar. Antes de poder contener la lengua, se oyó decir:

—¿Sabías, Brynn, que durante todo el tiempo que estuve en la casa de mi padre, seis meses al año hasta cumplir los dieciocho, jamás me dio una llave de la casa ni confió en mí para dejarme solo en ella?

Ella parpadeó sorprendida, quizá por el súbito cambio de tema.

—¿Por qué no?

—Solía creer que porque mi madre era una corista y no pensaba que su hijo pudiera valer algo. Pero al echar la vista atrás, veo que yo tuve parte de culpa. Pasaba la mitad del año en el apartamento de mi madre en la ciudad y siempre necesitaba tiempo para adaptarme a las zonas residenciales. Fumaba. Decía tacos. Bebía cerveza con los chicos. Me saltaba el colegio de vez en cuando. Me vestía como un Ángel del Infierno. De modo que cada vez que se

cometía un delito en las proximidades, mi padre sospechaba de mí. Y mi madre no era mucho mejor. No confiaba en nadie del sexo masculino. Constantemente sospechaba de que me hubiera confabulado con mi padre para privarla de su pensión.

—Oh, Cade, eso es terrible.

—No busco tu simpatía, Brynn. Las cosas me han ido bien. Lo que quiero saber es… —la paralizó con la mirada— qué motivos te he dado para que no confíes en mí.

—Jamás he dicho que no confiara en ti.

—Con palabras, no; pero sí con actos. Nunca te has abierto a mí, Brynn. Jamás has hablado de tu vida, ni me has presentado a tus padres —calló disgustado consigo mismo, avergonzado por haber mencionado esas cosas.

—No me di cuenta de que quisieras conocerlos.

—Te lo sugerí en más de una ocasión —en realidad, carecía de sentido lo mucho que lo había deseado. Siempre que John y ella habían mencionado asuntos familiares, habían hablado con afecto. Algo bastante raro en su propia familia. Tal vez simplemente hubiera querido presenciarlo en directo.

—Bueno, ya es demasiado tarde. Mi madre murió y mi padre se ha jubilado y trasladado a Florida. Pero no entiendo por qué mis padres o mi pasado deberían significar algo para ti.

Claro que no lo entendía. Porque no significaba nada para ella. Sólo quería tener una aventura sexual con él.

Puso el coche en marcha y avanzó por el camino de grava hasta que llegó a su fin. Luego metió el vehículo por un camino de tierra entre el bosque, dejando que un recuerdo brumoso lo guiara. Cuando al fin encontró el punto que buscaba, aparcó, echó la mano atrás para recoger la mochila, se la pasó por un hombro y bajó.

Si todo lo que quería de él era sexo, eso era lo que recibiría. Pero no de inmediato. No podía tocarla en ese momento sin perder la imparcialidad.

También ella bajó y caminó junto a Cade. No entendía por qué estaba tan enfadado. Siempre había creído que si cedía y se acostaba con él, querría poco más de ella. Pero al parecer no era así.

Quería conocerla mejor.

Aquello le gustó, pero también agitó vagas sensaciones de alarma. ¿Por qué nunca podía conformarse con lo que ella estaba dispuesta a dar?

En un silencio hosco, él la condujo hasta un mirador encima del río Oconee. Como tuviera en mente el plan de terapia, había elegido un lugar perfecto. Los recuerdos de las cosas que habían hecho allí, y los pensamientos de lo que no habían hecho, respiraban como algo vivo desde los árboles que los rodeaban.

Cade no se detuvo a apreciar la belleza serena del entorno. Con movimientos bruscos, abrió la mochila, extrajo el saco de dormir y dedicó sus esfuerzos a levantar una pequeña tienda de campaña en una superficie razonablemente llana.

Luego se agachó para extender el saco de dormir en el suelo de la tienda y Brynn se arrodilló al otro lado para ayudarlo, mirándolo furtivamente mientras trabajaban. Si estaba tan enfadado, ¿por qué la había llevado allí?

Al terminar, ella entró en el cálido espacio y se apoyó sobre un codo, con la esperanza de que Cade se le uniera. Pero él permaneció en el exterior, sentado en una roca mientras tiraba piedras al río, con la mandíbula tensa y la expresión sombría.

—Ven a tumbarte a mi lado —lo llamó.

Cuando él reconoció las palabras con una mirada resentida, se levantó, entró en la tienda, se tumbó bocarriba y cruzó los brazos bajo la cabeza. No trató de tocarla ni de mirarla.

—No puedo creer que estés tan enfadado —observó su rostro hosco— sólo porque prefiero sexo contigo antes que hablar —eso captó su atención. Giró la cabeza y la miró—. Habría pensado que te encantaría.

Y supo que aquello le había enfadado más. Pero al menos en ese momento ya no la ignoraba.

—Pensaste que me encantaría —repitió él en voz baja—. ¿Qué, Brynn? Pareces pensar que soy lo bastante bueno como para tener sexo entre los matorrales o algo rápido contra la pared de tu oficina, pero no para pasar la noche conmigo. O para llevarme a tu cama o confiar en mí.

Se sintió consternada. No podía confiarle su secreto porque involucraba a su padre y a su hermano. Y no se atrevía a pasar la noche con él, o llevarlo a su cama, porque le costaba no profundizar en la relación. El sexo estaba bien. La intimidad no. De lo contrario, podría enamorarse de él. Y entonces se desmoronaría cuando se marchara.

—¿Y si nuestras posiciones estuvieran invertidas —continuó Cade —, y después de nuestros juegos sexuales, yo me negara a dejarte pasar la noche conmigo o ir a mi cama, o a conocer algo de mí? ¿Cómo te sentirías, Brynn?

Utilizada. Aunque no lo reconoció en voz alta. Aquel pensamiento le perturbó mucho.

—Si lo que intentas es hacerme ver cómo te sentiste cuando te lancé aquel ultimátum, estás haciendo un gran trabajo.

Brynn sintió un nudo en la garganta. La idea jamás se le había pasado por la cabeza. Si Cade consideraba que se había acostado con él como parte de algún plan de venganza, tenía razón al afirmar que no la conocía.

Lo miró a la cara.

—¿Crees que desde el principio tramé una venganza, enseñarte una lección?

—Tal vez simplemente salió de esa manera.

Si quería ser sincera, debía reconocer que lo había utilizado. Y que planeaba seguir haciéndolo. Después de todo, él había ideado aquella terapia. Se había prestado a su causa. De hecho, ¿no le había pedido que lo utilizara?

Y no pensaba permitirle que diera marcha atrás. Parecía más importante que nunca llevar a su final, a su verdadero final, la relación sexual.

—Si te estoy utilizando, Cade —sin éxito, intento emplear un tono ligero—, y tú no disfrutas… —pasó los dedos por la curva de su cara, de su sien, hasta la mandíbula fuerte— supongo que tendré que cambiar de táctica.

Él frunció el ceño y abrió la boca para lo que ella supo que sería una réplica. No quería que frivolizara con sus sentimientos.

Brynn posó un dedo sobre sus labios. Ya había dicho más que suficiente.

—Creo que debo concentrarme en usar sólo una parte del cuerpo por vez.

Al fin había logrado dejarlo sin habla.

Capítulo 11

—Me parece que empezaré por tu lengua.

Se acercó hasta quedar sobre él, con el pelo extendido sobre su torso, y le pasó un dedo por los labios.

—Saca la lengua —pensó que se negaría, pero después de un silencio indeciso, obedeció.

Animada por la victoria, se inclinó y le acarició la lengua con la suya. Fue un movimiento sedoso, una incursión atrevida y sensual. Él fue a su encuentro para convertirlo en un beso.

Ella se echó para atrás, esquivándolo.

—Oh, oh —lo reprendió, encendida por el calor erótico—. Ahora estoy usando tu lengua, no tu boca. Te haré saber cuándo estaré preparada para eso.

Donde antes había habido cautela, apareció la sorpresa.

Brynn le sostuvo la mirada, se puso de rodillas y se desabotonó la blusa. La dejó caer por sus brazos y su espalda antes de llevar las manos atrás para soltar el sujetador.

La excitación invadió la piel de Cade mientras la miraba. Se apoyó sobre los antebrazos para dejar la cara a la misma altura que los pechos de ella mientras los desnudaba.

Brynn arqueó un poco la espalda y proyectó un pezón hacia su boca.

—Ábrela —murmuró—. Aún no he terminado de usar tu lengua.

Él esbozó una sonrisa sardónica. Y sacando lentamente la lengua, le lamió el pezón, sólo el pezón, con la punta. El contacto breve y

ligero hizo que un abanico de placer se extendiera por ella.

La voz le tembló un poco cuando murmuró:

—Otra vez.

Cade volvió a alargar la lengua y la hizo remolinear sobre el endurecido pezón, moviendo la cabeza en diminutas rotaciones, los ojos cerrados en concentración. Aquella simple visión la excitó. La sensación casi fue su perdición. Unos aguijonazos de placer se irradiaron hasta su mismo núcleo.

Pero no pensaba perder el control. Al menos, no hasta que también lo hiciera él.

Cade cerró los labios sobre la sensiblizada cresta de su pecho y se la llevó al interior de la boca con una succión ardiente y húmeda.

—No —jadeó Brynn, y se obligó a apartarse cuando lo que deseaba era avanzar—. Todavía estamos empleando la lengua —graznó—. Sólo la lengua. No toda la boca.

Desorientado, él frunció el ceño.

Embriagada con un calor voluptuoso, Brynn llevó el otro seno a su boca.

—La lengua.

Obedeció sin titubeos y de inmediato se puso a trabajar sobre la cumbre ya dura, lamiéndola lenta y prolongadamente, como si disfrutara de una piruleta.

Ella se sumió en un éxtasis erótico. Pero no podía permitir que durara mucho. Sin embargo, se hallaba tan enfrascada en disfrutar, que apenas notó cuando Cade le apoyó las manos en la espalda y la llevó hacia él, hasta que la dejó retorciéndose de placer bajo la exploración de su boca.

Pero cuando la sensación le atravesó el otro pecho, frenó la mano que lo acariciaba.

—¿He dicho «mano»? —exclamó, atrapando al intruso contra su seno al tiempo que él introducía el otro pezón en el torbellino ardiente y remolineante de su boca—. No, no lo he hecho —cerró los dedos en la mata sedosa de su pelo y tiró con suavidad—. ¿Quién utiliza a quién aquí? —con un gemido de protesta, él alzó la cabeza y la observó con impaciencia—. Yo te utilizo a ti —respondió con énfasis a su propia pregunta, estropeado el efecto de dominatrix por

el temblor en su voz—. Y creo que tendríamos menos complicaciones si uso una parte de tu cuerpo por vez.

Él le recorrió la cara con ojos ávidos, y con voz baja y ronca, preguntó:

—¿Qué parte quieres a continuación?

El calor se enroscó en las entrañas de Brynn. No era una decisión que debiera precipitar. Su sola proximidad, la tensión que emanaba de cada músculo grande y fuerte de su cuerpo, la encendía.

—Aclaremos una cosa —se apoyó en un codo para que sus ojos estuvieran a la misma altura—. Cualquier parte de ti que elija —musitó, bajando la mano con tentadora lentitud hasta la cremallera de sus vaqueros— será usada como una herramienta —sin prisa especial, se desabrochó el botón de la cintura y bajó la cremallera—. Yo seré la única en manipular esa herramienta. Tú no tendrás nada que ver en el asunto —no estuvo segura de que hubiera oído alguna palabra, mucho menos que la entendiera. La mirada de él, que se había clavado en sus pechos, en ese momento bajó hasta la cremallera que descendía lentamente—. Es hora de abrir la caja de herramientas —susurró.

Eso reclamó su atención, aunque parecía demasiado distraído para saber exactamente a qué se refería.

Con los labios fruncidos para contener una sonrisa, ella le señaló la camiseta y de inmediato él se sentó, y se la sacó por la cabeza. La arrojó por encima del hombro y dejó su magnífico torso al desnudo.

Conteniendo el impulso de pasar las manos y la boca por esos poderosos pectorales y abdominales, Brynn movió los dedos en la dirección de sus vaqueros. Él se arrodilló para desabrocharse el cinturón, y luego, con cautela, bajó la cremallera, empresa complicada por el bulto que había detrás. Cuando al fin tuvo éxito y dejó la columna de su erección tensando el algodón blanco de los calzoncillos, Cade centró su atención en bajarse los vaqueros.

Brynn observaba con el corazón acelerado. A pesar de unas pocas y misteriosas cicatrices que marcaban la piel bronceada y suave, él poseía una belleza deslumbrante.

Sin quebrar la fluidez de sus movimientos, Cade extrajo una caja de los vaqueros que acababa de quitarse y con rapidez se enfundó

un preservativo. Su herramienta más prominente en ese momento se erguía alta, orgullosa y por completo al servicio de Brynn.

Entonces se centró completamente en ella. Plenamente excitado. Incuestionablemente preparado. Los ojos iluminados por un fuego interior.

—¿Has decidido ya ´ qué herramienta vas a… manipular? —— musitó.

Para su consternación, Brynn se vio atenazada por una timidez terrible. Durante los juegos sexuales anteriores, había insistido en que permanecieran al menos parcialmente vestidos, de modo que nunca había llegado a verlo del todo desnudo. Jamás había llegado a apreciar la majestuosidad de su cuerpo en el apogeo del deseo.

Pero mucho peor que eso fue que, mientras él esperaba a su lado, dejándole llevar la iniciativa, Brynn sintió una emoción inexplicable que a punto estuvo de hacerla llorar.

Decidida a superar esa tontería, habló con un nudo en la garganta.

—Tu mano. He decidido continuar con tu mano —alargó la suya—. Dámela.

Con el ceño fruncido, ya que era evidente que había esperado que escogiera una herramienta diferente, Cade obedeció. Con sensualidad, apoyó la palma en la mano de ella. El contacto simple pero íntimo amenazó con anegarla con otra oleada de emoción, de modo que Brynn cerró los ojos, se tumbó al lado de él y se llevó la mano a la boca.

No había planeado ese movimiento. No era especialmente seductor. Giró la mano de Cade y pegó los labios en el centro de la palma en un beso intenso.

Lo oyó expulsar el aliento. El erotismo volvió a encenderle la sangre. Imitando lo que él les había hecho a sus senos, Brynn extendió la lengua y lo lamió con ligereza. Luego, se llevó la mano al pecho y frotó la cumbre dura y contraída del pezón contra la palma humedecida de la mano de Cade.

Éste observaba con excitación impotente. Había estado preparado para amarla en el peor momento de su furia. Ese juego sexual lo había empujado a la desesperación. Y el beso tierno que le había

dado en la palma de la mano le había añadido una profundidad peligrosa a su necesidad.

Incapaz de detenerse, alargó la mano para atrapar el pezón entre los dedos.

Con una exclamación de sorpresa, ella abrió los ojos. Parecía aturdida, excitada y más sexy que el pecado.

—Eres malo —la reprimenda ronca salió de su garganta como un gemido—. Muy malo. Le apretó la mano, con el pezón aún atrapado entre los dedos, y se arqueó en involuntaria reacción—. Cuando quiera tu ayuda, te lo diré.

—Sí, madame —murmuró Cade, aunque no podía dejar de frotar el pecho y apretar la cresta rígida que tenía entre los dedos.

Luego Brynn le bajó la mano en un movimiento lento y sensual por la cima aterciopelada del pecho, más allá del tentador ombligo, hasta llegar a la extensión de vientre plano y liso que revelaba la cremallera abierta de los vaqueros. Con la yema de los dedos Cade le rozó el nacimiento de las braguitas satinadas.

El calor que ardía en su interior se incrementó y lo quemó.

Y con los ojos muy cerrados, mordiéndose el labio inferior, Brynn le deslizó los dedos por debajo de las braguitas rojas, hacia el ramillete caliente y húmedo de rizos femeninos.

Lo quemó el deseo de moverse, de empujar, de tomar el mando a partir de ahí. Pero también deseaba que ella continuara. Quería ver, sentir y experimentar todo lo que Brynn fuera a permitirle.

Movió los dedos sobre el valle ascendente e inició un ritual delicado, circular… una presión gentil, un ritmo sensual que lo inflamó aún más.

Las caderas de Brynn imitaron el ritmo con ligeros movimientos y Cade tuvo la certeza de que, si no podía enterrarse pronto hasta el fondo en ella, moriría.

Y en algún lejano rincón de su mente, más allá de la poderosa sensualidad que la impulsaba, Brynn supo que había cruzado un límite de intimidad que nunca había planeado cruzar. Pero una vez hecho, se entregó al absoluto placer carnal. Cedió a las exigencias perversamente sexuales de su cuerpo.

Cade amplió el movimiento de sus dedos para descender por los pliegues carnosos. Pero la estrechez de los vaqueros y las braguitas impedía la fricción rítmica. Ella estiró la mano libre para bajárselos y él la imitó. Juntos los hicieron ir más allá de los muslos, de las rodillas, hasta quitárselos.

La miraba mientras Brynn le movía la mano, movía las caderas y el cuerpo se le perlaba con un sudor fino. Sólo después de que ella le cerrara la mano en torno a dos de sus dedos y los empujara dentro de ella, en una penetración superficial al principio, y luego más profunda con cada fluctuación de las caderas, la determinación de Cade se quebró.

Con un leve juramento, controló las embestidas y se ganó un jadeo sorprendido y un gemido prolongado de ella. Aunque siempre había sabido cómo excitarla, cómo provocarle el orgasmo, en ese momento poseía conocimientos más certeros acerca de la presión y del ritmo que debía imprimir para empujarla más allá del pensamiento consciente.

Cuando la tuvo tambaleante ante el precipicio del orgasmo, se detuvo.

—¿Estás preparada para más?

—¿Más? —repitió ella con un jadeo, sin comprender.

Él lo tomó como un «sí». Y puso en servicio su herramienta definitiva, la que había estado palpitando y tensándose contra el muslo desnudo de Brynn durante demasiado tiempo.

Ella se arqueó con un grito cuando Cade penetró su lubricada y ardiente estrechez, y tuvo que parar y apretar los dientes para no estallar allí mismo. Mientras se afanaba por retener el control, la aferró por las caderas para inmovilizárselas.

Y con un jadeo trémulo, ella le repitió:

—Te estoy utilizando.

Entonces, con un movimiento inesperado, Brynn le hizo darse la vuelta y se puso a horcajadas sobre él, sin perder en ningún momento la unión íntima. Mientras yacía aturdido por el embate de placer de tenerla completamente sobre su erección, Cade se dio un festín visual. Nunca antes la había tenido desnuda por completo.

—¿Quieres que te siga utilizando, Cade? —la pregunta se vio acompañada de un movimiento de pelvis.

—Sí —susurró, inseguro de si había llegado a pronunciar la palabra.

Arqueando el cuerpo con sensualidad, lo cabalgó. Cada giro de las caderas, cada gemido ronco que escapaba de su boca, cada cambio sutil en el ritmo y la velocidad, impulsaba más y más a Cade hacia un éxtasis inconsciente.

Con un esfuerzo sobrehumano, apretó los dientes, contuvo el aliento y resistió la marea que arrastró a Brynn. Con un grito gutural, se vio dominada por un espasmo, los músculos interiores de ella se contrajeron y su cuerpo se sacudió con un escalofrío.

La abrazó con fuerza. Ella jadeó su nombre y pegó la cara a su cuello. Cade luchó con cada gramo de sus fuerzas para evitar eyacular.

Cuando reprimió aquella necesidad voraz lo suficiente como para arriesgarse a moverse, rodó hasta dejarla de espaldas. Todo su cuerpo gritaba pidiendo liberación.

—Brynn —apenas reconoció su voz. La mirada de ella, cálida y de una ternura vibrante, potenció una profunda necesidad que superaba incluso lo físico.

—¿Mmmm?

—Me toca a mí utilizarte —los ojos angelicales de Brynn le transmitieron un dulce consentimiento—. Boca —enarcó las cejas y para más claridad, añadió—: Ábrela.

Con una leve y provocativa sonrisa, ella entreabrió los labios. Él la besó. Deslizó la lengua al interior. Y Brynn se entregó a un beso pleno. Y aunque no había pretendido moverse dentro de ella, no pudo evitarlo.

Pero quebró el beso y volvió a frenar las embestidas, con el cuerpo tenso por el esfuerzo, la cara sudorosa.

—Abre la boca —susurró otra vez. Ella obedeció—. Ahora di «te amo».

La petición palpitó entre ambos.

El tiempo pareció quedar suspendido.

Brynn oyó la orden, pero creyó que la había malinterpretado. Estaba segura de que debía de haber oído mal. Su subconsciente tenía que haber creado esas palabras peligrosas y prohibidas. Por eso simplemente se le quedó mirando.

—Yo me presté a tu juego sexual, Brynn —indicó él—. Ahora juega al mío. Quiero oírte decirlo.

Tragó saliva.

—¿Decir…?

—Di «te amo».

¿Cómo podía negarse cuando él había obedecido todas sus órdenes? No era más que un juego. De dominio sexual. ¿Pensaría que había descubierto su debilidad secreta? ¿Lo había hecho?

Sentía lo latidos del corazón por todo el cuerpo.

—Te amo —musitó obediente.

Cade suspiró, retiró las caderas y la embistió hasta quedar completamente dentro de ella. La reacción se expandió por todos los rincones del cuerpo de Brynn.

—Otra vez —instó él.

—Te amo.

Volvió a embestirla y ella se arqueó de placer.

—No pares —gruñó él.

Brynn repitió aquellas palabras, al principio de forma mecánica, con cuidado de mantener un distanciamiento emocional. Él respondió con un embate de caderas, un jadeo, un gemido, llenándola con unas sensaciones calientes y crecientes de necesidad.

—Te amo. Te amo —apretó las piernas contra sus caderas, ladeando el cuerpo para aceptarlo del todo. Y cuando con una embestida profunda Cade la llenó por completo, Brynn luchó por respirar y volvió a decirlo—: Te amo.

Cade saboreó aquellas palabras, que alimentaron y avivaron la pasión que lo dominaba. Le sujetó los brazos detrás de la cabeza, escrutó sus ojos y bebió de su reacción mientras la poseía absolutamente.

—¡Te amo!

La creyó. Captó sinceridad en su voz, lo vio en su mirada, lo sintió en la bienvenida que le daba su cuerpo.

Al experimentar las primeras contracciones internas del cuerpo de Brynn, Cade realizó una embestida poderosa. Dejó escapar un grito y se olvidó del control férreo que había ejercido sobre sí mismo, cediendo al orgasmo más cegadoramente explosivo de su vida.

Y cuando un buen rato después el ritmo de su corazón se estabilizó, la acercó y cubrió sus cuerpos desnudos y brillantes con una manta.

Creía con cuerpo y alma que Brynn había dicho la verdad, aunque ella aún no lo supiera. Pero también percibía que los sentimientos por él le asustaban. Sólo podía pensar en una razón para ello… la misma por la que se había negado a hacerlo partícipe de su secreto. No confiaba plenamente en él.

En el pasado, eso habría hecho que se alejara de ella. Pero en ese momento no iba a desaparecer con tanta facilidad.

En algún momento de la metamorfosis de Brynn, que había pasado de seductora tímida a conquistadora descarada, lo había visto claro como el agua: tenía que hacerla suya, completamente suya, el tiempo que duraran sus vidas. En aquel momento supo que era algo que había querido desde que la conoció.

—¿Cade? —Brynn alzó la cabeza del pecho de él para mirarlo—. ¿Por qué quisiste que dijera eso?

—¿Decir qué?

Un leve rubor le tiñó las mejillas.

—Ya sabes qué.

De modo que no era capaz de repetir las palabras fuera del juego.

—¿Te refieres a «te amo»?

Ella asintió.

Cade le apartó un mechón de pelo de la cara y esperó poder confiar en lo que sus entrañas lo empujaban a decir.

—Supongo que porque te amo.

Brynn soltó el aliento como si alguien la hubiera abrazado con fuerza. Se quedó completamente quieta, la expresión inmutable, aunque en sus ojos comenzaron a agruparse sombras.

—Quizá se deba al sexo. Ha sido un sexo estupendo.

—El mejor.

Ella volvió a ruborizarse y la mirada se le suavizó.

—Siempre hemos tenido una… química especial. La gente a veces confunde la química sexual con el amor. ¿Crees que es posible que tú… lo hicieras?

Sonaba como si quisiera que la convenciera de lo contrario, lo cual le gustó. Pero tenía que ir con cuidado. Si daba el paso equivocado, quizá huyera como un cervatillo en el bosque.

—Es una cuestión que vale la pena explorar —murmuró. Le tomó el rostro entre las manos y deseó con toda su alma que le creyera—. No temas explorarla conmigo, Brynn. Jamás te volveré a hacer daño, lo juro. Puedes mantener tus secretos, sean los que sean. Yo también tengo algunos. Llegado el momento, los compartiré contigo. Si quieres, puedes guardar el tuyo para siempre. Lo único que te pido es que me concedas el beneficio de cualquier duda que puedas tener sobre mí. Dame la oportunidad de demostrarlo. ¿Lo harás? Prométeme que confiarás en que no volveré a hacerte daño.

Ella asintió con los ojos húmedos.

Complacido con esa respuesta, la besó. El beso no tardó en transformarse en algo encendido, cargado con una necesidad que trascendía lo físico.

La amaba, y haría lo que fuera necesario para aliviar sus temores. Cambiaría cualquier cosa en su vida que necesitara un cambio para hacerla feliz. Se abriría por completo a ella con el fin de ganarse su confianza.

Pero primero estaba su seguridad. Tenía que encerrar al Flautista antes de poder ser completamente sincero con ella. Pero no quería pensar en eso ahora.

Y Brynn no quería pensar en las dudas y miedos que la habían atenazado en el pasado. Él le había roto el corazón, pero también se lo estaba reparando. Le había dicho que la amaba. Y ella quería su amor. ¿Por qué iba a permitir que interfirieran viejas inseguridades?

—Pasa la noche conmigo, Brynn —dijo—. Toda la noche. He traído todo lo que necesitamos para acampar aquí.

Le dio otro beso intenso y luego emergió a la superficie desde las profundidades de la pasión con una necesidad más profunda que antes.

—Podemos quedarnos aquí —susurró ella— o ir a casa. A mi cama. O a la tuya. Adonde tú quieras.

Él respondió con una sonrisa y una luz que salió de sus ojos con especial calidez.

—Te he querido en la cama durante mucho, mucho tiempo… pero también te quiero donde te tengo ahora. Reflexionemos más en ello —le tomó la boca con un beso tan tierno que hizo que el corazón de Brynn cantara.

No había olvidado el riesgo que corría. Que él le dijera que la amaba no significaba para siempre. La definición del amor que tenía Cade quizá no encajara con la suya. Al bajar las defensas, podía acostumbrarse demasiado a tenerlo en su vida, y quedar destrozada cuando se marchara. Pero debía encarar otra verdad. Si la dejaba en ese momento, también se sentiría perdida y sola.

Entonces, ¿por qué no abrirle el corazón y dejarlo entrar, reconocer lo que siempre había estado ahí?

Confiaría en él.

Capítulo 12

—¿No trama nada bueno? —Lexi movió la cabeza—. Tienes que considerar la fuente, Trish. Antoine está cuestionando a Cade por celos.

—No creo que Antoine esté celoso de Cade —replicó Trish, apoyándose en la isla de la cocina con una taza de café en la mano —. Sólo sospecha de sus motivos.

—Antoine te dijo que Brynn rompió con él, ¿verdad?

—Bueno, sí, pero…

—Y luego se marchó con Cade.

—Correcto. Pero…

—Antoine debió de notar el fuego que hay entre Cade y Brynn. Cualquier chico estaría resentido.

—Pero las preguntas que planteó Antoine son válidas.

Si Trish no se hubiera levantado tan pronto para hablar de esas cosas, Lexi habría dado por hecho que estaba enfadada porque un chico viril y atractivo como Cade hubiera elegido a Brynn y no a ella. Pero la preocupación que sentía por su amiga parecía auténtica.

—¿Qué dudas planteó Antoine? —preguntó.

—Para empezar, dijo que no creía que Cade fuera escritor. Así que cuando se marchó, realicé algunas investigaciones por Internet. La página web que aparece en la tarjeta de Cade pone algunos títulos de sus libros y un número de teléfono donde solicitarlos. Pero no están disponibles a través de ninguna de las librerías on line.

Lexi se encogió de hombros.

—Probablemente sea una de esas editoriales pequeñas y regionales que comercializa sus propias ediciones.

—Pero entré en el catálogo de la Biblioteca Nacional y allí tampoco encontré sus libros.

—No todos figuran en esa biblioteca.

—Luego llamé a una amiga que trabaja en el negocio editorial. ¿Te acuerdas de Mimsey Sullivan, nuestra hermana de fraternidad, que iba dos años por delante de mí? Poco agraciada, pobrecilla, aunque su padre es dueño de medio Manhattan. Dijo que nunca había oído hablar de esa editorial. Y cuando comprobó sus fuentes, dijo que los libros de Cade no figuran en ninguna edición disponible.

Lexi introdujo la bandeja con muffins en el horno y luego miró a Trish con expresión desconcertada.

—Eso es extraño —sospechaba que Cade podía mentir sobre su carrera de escritor para impresionar a Brynn, pero dudaba que se hubiera tomado la molestia de construir una página web que listara sus libros si no fuera un escritor de verdad—. Quizá haga sus propias ediciones —una posibilidad decepcionante. De poco les serviría que mencionara el Three Sisters Bed & Breakfast Inn en un libro si no tenía una distribución apropiada.

—Pero ésa no es la única cuestión que planteó Antoine —Trish apretó la taza de café con fuerza en una muestra de ansiedad poco usual—. ¿Has oído hablar de ese chiflado que le envió una nota a la policía firmada El Flautista de Hamelín?

Lexi asintió y esperó que Trish no fuera a realizar una acusación grotesca contra un chico que ambas conocían desde los tiempos de la universidad, al que la propia Trish había invitado al hotel.

—La policía cree que el hombre llega a conocer a sus víctimas y que se gana la confianza de ellas antes de secuestrarlas.

—¿Y?

—Antoine cree que las víctimas del Flautista se van con él sin sospechar porque forma parte de su pasado.

—¡No me digas que crees que Cade es el secuestrador! —era demasiado melodramático incluso para Trish.

—Yo también lo consideré ridículo, hasta que entré en la página de Internet de la CNN. Según el último informe, todas las mujeres

secuestradas por el Flautista estaban relacionadas con algún policía de Atlanta.

Lexi la miró sorprendida. El hermano de Brynn era policía en Atlanta.

—Pero si eso es verdad —expuso—, ¿por qué John no le contó a Brynn los detalles, para que pudiera saber que formaba parte del grupo reducido de posibles víctimas?

—Quizá quieren mantener los detalles en secreto y no está autorizado a contárselos. O quizá se los contó y la obligó a prometer que no hablaría.

Lexi descartó esa sugerencia.

—Nos habría contado algo así. Además, no se le da bien guardarme secretos importantes.

—La cuestión es, ¿y si Antoine tiene razón? Tal vez Cade haya planeado venir al hotel incluso antes de que yo lo invitara.

—Entiendo que estés preocupada, Trish, pero…

—En este momento se encuentra a solas con él. Llamó anoche para informar de que iban a estar de acampada. Pero ella no había planificado nada semejante. ¿Y si la obligó a decir eso? La acampada podría ser un ardid para ganar tiempo antes de que llamemos a las autoridades.

—Oh, Trish, no podemos sacar esa clase de conclusiones.

—Personalmente, no me parece una conclusión descabellada —dijo la señora Hornsby desde la puerta de la cocina. Tras una mirada cautelosa hacia atrás, entró, cerró la puerta y bajó la voz a un susurro ronco—. Ha estado vigilando todos y cada uno de los movimientos de Brynn. Y hace muchas preguntas acerca de ella. Incluso le sacó fotos con el móvil.

Trish parpadeó. Lexi frunció el ceño.

—Es verdad —continuó la anciana—. Lo vi. Ayer. Mientras estaba en el porche con su novio. Cade apuntó el teléfono móvil hacia ellos y sacó fotos. Creo que la tiene hipnotizada —añadió.

Trish la miró asombrada. Lexi respiró hondo para contener una risita.

—Adelante, reíos —dijo la señora Hornsby—. Pero no os divertiréis cuando secuestre a Brynn y envíe su foto a la policía. No me creáis

si no queréis, pero anoche mostraron las fotos de las mujeres secuestradas por la televisión, y las reconocí de inmediato.

Lexi enarcó las cejas. Quería oír cómo la anciana relacionaba a las mujeres secuestradas con Cade.

—¿De qué las reconoció? —instó Trish.

La señora Hornsby titubeó, pero tras un momento, alzó la barbilla en un gesto defensivo y enérgico al mismo tiempo.

—Puede que esto no os guste, ya que es vuestro hotel, pero cuando me di cuenta de que ese joven no tramaba nada bueno, consideré que era mi deber investigar.

—¿Cómo, señora Hornsby? —preguntó Lexi, casi con miedo de escuchar la respuesta.

—Esperé hasta que salió del hotel el día del partido, y luego utilicé una vieja horquilla para abrir la cerradura y entrar en su habitación. Hace falta que pongáis cerraduras informatizadas, ¿sabéis?

Lexi contuvo un gemido y Trish dejó la taza de café para prestar la máxima atención posible.

—¿Y qué encontró?

La señora Hornsby habló con entusiasmo desatado.

—No pude abrir el equipaje, el maletín ni el ordenador portátil. Estaban más protegidos que una cámara acorazada de un banco… lo cual, a mi modo de ver, sólo demuestra que trama algo. Pero encontré un portafolios en el compartimento lateral del maletín.

En ese momento dispuso de toda su atención.

—Tiene fotos de esas mujeres. Las que fueron secuestradas. Y para empeorar las cosas, tiene un arma.

Brynn decidió que había sido la mejor noche de su vida. Cade la había sorprendido con una cena de pollo asado, ensaladas gourmet y otras delicias que Lexi había preparado para él. Luego habían dedicado largas y lánguidas horas a hacer el amor, a abrazarse y a hablar.

Él le había hablado de la casa que tenía en las Montañas Rocosas, Colorado, al oeste de Denver. Ella le habló de la complicación que

había supuesto comprar la mansión de la fraternidad y abrir el hotel, de la relación que mantenía con sus socias.

Luego habían vuelto a hacer el amor. Durante una tierna exploración de su cuerpo, Brynn le había preguntado sobre sus cicatrices. Cade le explicó cada una, la mayoría de las cuales procedían de las malas calles del barrio donde había vivido su madre. Pero un par eran de accidentes de esquí durante los períodos de vacaciones en la casa que tenía su padre en Utah. De la peor, en la parte superior del muslo, no había hablado. A Brynn le había parecido una herida de bala.

Pero no tardó en olvidar su preocupación durante otra ronda de sexo que los dejó durmiendo exhaustos el uno en brazos del otro.

La mañana amaneció brillante, cálida y fragante, a rebosar de posibilidades. No recordaba haberse sentido alguna vez más feliz de tener un día libre para poder aprovecharlo como quisiera. Pensaba pasar todos los momentos posibles con Cade.

De vuelta al hotel, se sentía eufórica, como si surcara los cielos, muy por encima del mundo corriente que había ocupado hasta ese momento.

Una llamada de Trish al móvil la acercó al mundo cotidiano.

—¡Brynn! —fueron las primeras palabras que emitió su socia—. ¿Estás bien, cariño?

Luego Lexi se puso al teléfono y le aconsejó que «actuara con normalidad», pero que mencionara exactamente dónde se encontraba y en qué coche iba.

—Estamos entrando en el hotel —respondió Brynn completamente desconcertada.

—Gracias a Dios —exclamó Lexi.

Esa actitud extraña no la preparó para lo que sucedería a continuación. En cuanto Cade se dirigió a la habitación para ducharse y cambiarse, con el acuerdo de que ella solventaría cualquier problema que hubiera surgido y se reuniría con él para pasar el día juntos, Lexi y Trish se la llevaron a sus habitaciones privadas. Una vez allí, la bajaron de golpe de los cielos.

En cuanto Cade llegó a la privacidad de su habitación, llamó a John para que lo pusiera al corriente de la situación.

—No se llama Antoine Moreau —informó John con voz más viva que de costumbre—. Pasamos la foto que nos enviaste del novio de Brynn por la base de datos. Es un ex convicto de nombre Doyle Fontaine.

Cade experimentó una oleada de satisfacción.

—Parece que cumplió condena en Atlanta por fraude y robo a gran escala —añadió John—. Fue capturado por la policía de Atlanta, lo que explica su animosidad hacia los policías de Atlanta… suponiendo que sea el Flautista.

—Oh, lo es.

—El problema es que aún no tenemos nada que lo vincule con los secuestros. Ni siquiera tenemos algo para emitir una orden de arresto. Acusarlo de utilizar una identidad falsa para registrarse en un hotel y alquilar un coche no lo retendrá por mucho tiempo… y sabría que lo habíamos descubierto.

—Capturaremos a ese canalla —le aseguró Cade—. Al menos ya sabemos detrás de quién vamos. Seguiremos todos sus movimientos hasta que cometa un desliz o nos conduzca hasta sus víctimas. Eso significa que podemos apartar a Brynn. Le contaremos lo que está pasando y la sacaremos de aquí hasta que lo arrestemos —nunca en la vida se había sentido más aliviado.

—Pero no podemos correr el riesgo de que se dé cuenta —advirtió John—. Recuerda que espera que se reúna con él en algún momento de esta semana. Probablemente planea realizar su movimiento entonces. Me gustaría que se preparara lo más posible para dar el paso, para que podamos atraparlo en el proceso.

—Sí… siempre y cuando Brynn esté fuera de aquí. La sacaremos hoy. Puede dejarle un mensaje diciendo que se trata de una emergencia familiar.

—Pero ¿y si nos equivocamos y no es el Flautista? ¿Y si sólo se trata de un timador que quiere estafar a un par de hoteleras?

—Los dos sabemos que es el Flautista.

—Lo suponemos.

—Brynn se queda al margen de esto, John —insistió Cade, completamente preparado para tomar el asunto en sus manos—. Y Trish necesita saber que esa carroña no es su primo.

—Dame otra hora. Lo mantendremos bajo máxima vigilancia. Nos vamos a poner en contacto con la camarera que vio al sospechoso en el hotel de Florida. Quizá pueda identificarlo por la foto. También tengo preparado a un equipo para que inspeccione su habitación en cuanto la deje. Anoche sacamos huellas dactilares de su coche. Luego pondremos a mi hermana al corriente de la situación y la sacaremos de allí.

Cade no quería esperar, pero el razonamiento de John tenía sentido. Una cosa que haría, hasta que el caso se cerrara, era mantener a Brynn a salvo a su lado.

—¿El Flautista de Hamelín? ¿Cade? ¿Sólo porque sus libros no figuran donde deberían aparecer? —miró a sus socias estupefacta—. ¿Qué habéis estado fumando?

—Mira esto —Trish le entregó las fotos—. Víctimas del Flautista. Las encontramos en la habitación de Cade.

—No puedo creer que invadierais su privacidad de esa manera —tiró las fotos a un lado, sintiendo como si acabara de entrar en una realidad alternativa—. ¡Habéis robado algo de la habitación de un huésped!

—Lo único que te pedimos, Brynn —intervino Lexi—, es que llames a tu hermano. Cuéntale lo que hemos encontrado. Te aconsejó que fueras cauta con los extraños, y como ésta es la primera vez que vemos a Cade en nueve años, se puede afirmar que prácticamente es un extraño.

—No, no lo es —no quería escuchar otra palabra de semejantes tonterías. Quería estar con Cade. Y no tardaría en ser así.

—¡Oh, Brynnie, tienes que escucharnos! —exclamó Trish—. ¿No has oído la noticia de que ese Flautista ha estado secuestrando a seres queridos de la policía de Atlanta? Tu hermano lo es, cariño. Eres un blanco ambulante… y Cade Hunter te está apuntando.

La idea misma era ridícula. Pero Brynn había desconocido que todas las víctimas estaban relacionadas con policías de Atlanta. No le extrañó que su hermano le hubiera dado advertencias.

—Llama a John —insistió Lexi—. Mejor asegurarte que lamentarlo.

—Si lo llamo y nos dice que no nos preocupemos por Cade, ¿os satisfará?

—Sí —fue la respuesta al unísono.

Con un nudo en el estómago, Brynn marcó el número de John en el Departamento de Policía de Atlanta. Cuando se puso, activó el mecanismo de manos libres y le contó la preocupación de sus socias, mientras ambas añadían detalles para exponer el caso contra Cade.

Cuando terminaron, John soltó una risa vigorosa.

—Cade Hunter… ¿el Flautista de Hamelín? —volvió a reír—. No os preocupéis por Cade. Era de los buenos en la universidad y estoy seguro de que eso no ha cambiado.

Brynn asintió con gesto triunfal.

—Lamento dar a entender que te equivocas, John —intervino Lexi —, pero, ¿qué podría estar haciendo un periodista de viajes con fotos de las mujeres secuestradas?

—Quizá trabaje en una novela —teorizó John—. Sí, creo recordar que uno de nuestros antiguos compañeros dijo algo al respecto en una ocasión… que a Cade le interesaba escribir novelas policíacas. Probablemente le dé vergüenza mencionarlo.

—Sabía que tenía que haber una explicación —afirmó Brynn.

—Para deciros la verdad, me alegro de que Cade esté allí —continuó John, alegrando aún más el corazón de su hermana—. Es mejor tener a un hombre fuerte cerca, en caso de que algo saliera mal. El secuestrador es realmente una amenaza y está bien que os mostréis cautelosas. Os habría contado que el Flautista elegía familiares de policías, pero reservábamos ese detalle, hasta que alguien lo filtró a los medios. ¿Está Cade por ahí? No he hablado con él en años, me gustaría saludarlo.

—Está en la ducha —respondió Brynn. No quería que John hablara con él en ese momento. No quería correr el riesgo de que le contara por qué lo había llamado. La infancia de Cade lo había hecho vulnerable cuando se trataba de dudar de su confianza. No quería

herirlo con el conocimiento de que Trish y Lexi creían lo peor sobre él—. Mmm, John… cuando hables con Cade, si lo haces —continuó —, por favor, no le menciones que hemos preguntado acerca de él. Estoy segura de que haría que el resto de su estancia aquí fuera incómoda.

—De acuerdo —convino él, aún con tono divertido—. Salúdalo de mi parte. Y mantén la guardia en alto, Brynn-Brynn.

Brynn-Brynn. Puso los ojos en blanco al cortar la comunicación. A su hermano le encantaba emplear apodos raros.

—No quiero oír ni una palabra más en contra de Cade de ninguna de vosotras dos —les dijo a sus amigas—. ¿Ha quedado claro?

Asintieron, aunque Brynn no creyó que estuvieran del todo convencidas de su inocencia.

Pero antes de poder continuar, sonó el teléfono de Trish.

—Antoine —exclamó, dándole la espalda a Brynn como si buscara intimidad—. ¿Qué has averiguado? Mmm. Sí. Ya veo. No, no quiere escuchar ni una palabra de lo que le he estado diciendo. Y su hermano el policía tampoco quiere escuchar. No, Cade está en la ducha o algo así. No te preocupes por eso… no ha podido oírnos.

La furia creció en Brynn al darse cuenta de que Trish había compartido sus estrafalarias sospechas con Antoine, y que había descartado de inmediato las garantías de John acerca de la inocencia de Cade.

—Brynn, Antoine quiere hablar contigo —le extendió el teléfono.

Con una mirada centelleante en dirección a Trish, aceptó el aparato, con la intención de cancelar la reunión con Antoine. Iba a tener que decorar su casa sin ella.

—Brynn, tenemos que hablar —la voz suave de Antoine sonó con una aridez inesperada—. He hecho algunas investigaciones con la ayuda de un amigo detective. Es importante para ti que veas lo que he averiguado.

—¿Investigación sobre qué? —inquirió con inquietud.

—Ese hombre te ha cambiado, chérie. Ese Cade Hunter.

—No necesito ver nada sobre él. Y no me gusta que Trish o tú manchéis el buen nombre de Cade con teorías infundadas.

—No le he contado a Trish lo que he averiguado. Pensé que debería enseñártelo primero a ti, ya que pareces estar particularmente… encariñada con Hunter. Después de que lo hayas visto con tus propios ojos, podrás decidir qué hacer.

Brynn sostuvo el teléfono con fuerza, desgarrada entre el deseo de cortar y la necesidad de saber de qué estaba hablando, aunque sólo fuera para desenmascarar las mentiras acerca de Cade.

—Sólo dime qué has encontrado, Antoine.

—No, no… debes verlo en persona. Puedes interpretar mis hallazgos como a ti te plazca. Reúnete conmigo en el Country Cousins Diner en la carretera de Atlanta. Ve ahora, Brynn. Sola. No dejes que Hunter te vea salir. Es urgente.

«No dejes que Hunter te vea salir». Como si fuera a intentar impedirle que descubriera lo que pudiera saber Antoine. La furia que la embargó fue tan fuerte, que rompió su dique de contención. ¡Ya estaba harta! Estaba harta de las acusaciones de Antoine, de la negativa de sus socias a escucharla, de sus propias dudas acerca de la validez de su propio juicio. Cade era un buen hombre. Lo sabía con certeza. Y no toleraría que lo difamaran. Se reuniría con Antoine, pero para romper la relación de forma categórica. No volvería a llamarla. Nunca.

Les demostraría a Lexi, Trish y Antoine que la prueba era falsa y ninguno se atrevería a pronunciar una palabra en contra de Cade en su presencia.

La fortaleza nacida de aquella resolución la elevó por encima de la ira. No le fallaría a Cade, ni a sí misma.

—Estaré allí, Antoine. Cuenta con ello.

Colgó con una mueca satisfecha, complacido de haber podido utilizar los sentimientos de Brynn por Hunter en contra de ella. En realidad, era un crimen lo fácil que le resultaba manipular las emociones de las mujeres.

Qué sorpresa se llevaría cuando le hablara, pero no del pasado de Hunter, sino del suyo propio. Había representado el papel de un periodista y «entrevistado» a personas de su ciudad natal. Era

asombroso lo que la gente contaba cuando esperaba recibir un buen dinero a cambio. Luego, había investigado cada pista hasta encontrar lo que quería. Había llegado el momento de emplear esa ventaja. No sacaría el tema de su enfrentamiento con la ley hasta que la tuviera en la autopista, bien lejos de la ciudad.

Sería como masilla en sus manos. Iría con él hasta su escondrijo en la playa, y posaría para que la pintara.

Y los titulares anunciarían que el Flautista de Hamelín había secuestrado a la hermana del detective que llevaba su caso, y el detective John Sutherland y el alguacil Cade Hunter sabrían que trataban con un genio.

Jamás se sentía tan vivo como cuando enfrentaba su ingenio al de los supuestos expertos.

Obviamente, la ley terminaría por atraparlo. Ya sabían demasiado sobre él. Lo había descubierto la noche anterior, al enterarse de la verdadera ocupación de Hunter. Pero una vez que se le pasó la furia y el pánico, se dio cuenta de que el plan desarrollado para Brynn todavía podría funcionar. Sería arriesgado, pero consideraba que ella valía la pena.

Era evidente que Brynn, Trish y Lexi desconocían que Hunter era un alguacil, o no lo habrían hecho partícipe de sus sospechas. Trish incluso había aceptado mantener distraído a Hunter todo lo que le fuera posible cuando Brynn saliera del hotel. En cuanto la tuviera a solas, estaba seguro de que pasarían semanas hasta que pudieran rastrearlos.

Llamando al teléfono de Trish había evitado que rastrearan su llamada. Había sido una genialidad meter a Trish en su juego, y pura suerte que ella se hubiera mostrado tan receptiva a las sugerencias que le había hecho acerca de la culpabilidad de Hunter. Se felicitó por ser un maestro manipulador de emociones.

Desde luego, iba a tener que despistar a quienquiera que la policía tuviera vigilándolo antes de encontrarse con Brynn. Se vestiría de mujer para abandonar el hotel, disfraz que le había sido de utilidad en más de una ocasión desde que empezara la actuación del Flautista de Hamelín. Debajo de un vestido grande se pondría su propia ropa, con los pantalones enrollados hasta las rodillas y la

camisa recogida en el corpiño, tanto para engordar su silueta como para facilitar un cambio rápido cuando fuera necesario.

Luego subiría a un autobús y dejaría el coche alquilado ahí. Eso mantendría a los polis alejados de su rastro durante un buen tiempo. Después, robaría un coche de un aparcamiento. No tardaría más de un minuto. Cuando la policía se diera cuenta de que ya no estaba en la habitación, habría desaparecido.

Esperaba que a Brynn la siguieran, pero los polis no sabrían con quién quedaba, ya que darían por hecho que él estaba en el hotel. No lo reconocerían en la cafetería, ya que llevaría gafas de sol, un sombrero y una camisa hawaiana.

Pero Brynn sí lo reconocería. Llevaría puesta la misma ropa que cuando la conoció.

Lo único que necesitaba eran unos minutos para sacarla por la puerta de atrás del restaurante, elegido por la proximidad con múltiples carreteras. No albergaba ninguna duda de que podría despistar a cualquiera que los siguiera en cuanto tuviera a Brynn a su lado. En su experiencia, no era muy difícil engañar a los polis.

Por supuesto, la ley terminaría por alcanzarlo. Pero su arresto sería otro paso en su camino hacia la fama. Después de todo, ése era el objetivo final de su juego.

Pero para ese entonces, pretendía llevar bien adelantado el retrato de Brynn. Ya había capturado la esencia de sus otras modelos en lienzos. Los cuadros alcanzarían precios elevados en cuanto su leyenda se hubiera establecido.

Esperaba añadir un retrato más a esa colección. Era una decisión que había tomado esa mañana. Si el tiempo lo permitía, incorporaría a una última modelo. Una mucho más joven que las mujeres que había utilizado hasta el momento. Y que le añadiría un grado adicional de sensacionalismo a su caso. Cuyo «vergonzoso secreto» aparecería en todos los periódicos en cuanto lo arrestaran… para escarnio de un miembro del cuerpo de alguaciles de Estados Unidos.

Capítulo 13

La llamada llegó justo después de que se hubiera dado la ducha mientras se vestía.

—Nuestra dama ha abandonado el lugar —informó Vinny Venducci, uno de los policías del equipo de vigilancia—. No estaba seguro de que usted lo supiera, Hunter.

—¿Brynn dejó el hotel? —se detuvo en el acto de abotonarse la camisa.

—Afirmativo.

Frunció el ceño. Había esperado que se presentara en su habitación. ¿Adónde diablos iba? La ansiedad le atenazó el estómago.

—¿Está sola?

—Sí, señor.

—¿A pie?

—Conduce su Chevy.

De modo que no iba a visitar a algún vecino o una fraternidad.

—Seguidla. Manteneos cerca. No la perdáis de vista en ningún momento. ¿En qué dirección va?

Mientras escuchaba, se pasó la pistolera por los hombros y guardó el arma en la funda. Luego se puso una chaqueta ligera.

—Voy de camino, Vin.

Al acercarse a la puerta, vio una nota en el suelo. La recogió y leyó:

He de hacer un recado. Vuelvo en una hora.
Brynn

Soltó un juramento y tiró la nota. Esperó que no hubiera quedado con Antoine.

—¿Dónde está el sospechoso? —preguntó.

—No se ha movido del hotel. No se preocupe, Hunter. Tenemos hombres vigilando cada salida, otro en el vestíbulo y otro en su coche. No irá a ninguna parte sin que lo sepamos.

Cade tenía demasiada experiencia como para aceptar eso como una verdad inamovible. Con el corazón martilleándole el pecho, bajó las escaleras.

En el vestíbulo, estuvo a punto de chocar con Trish.

—¡Cade! Iba a verte. Yo…

—¿Adónde ha ido Brynn?

—¿Brynn? Oh, anda por aquí en alguna parte, estoy segura.

Cuando iba a rodearla, Trish se interpuso en su camino.

—Quería hablar contigo acerca de Brynn —le dijo ella—. Es una mujer muy compleja, y pensé que quizá querrías una perspectiva femenina para entender más sobre…

—Luego —Cade la agarró por los hombros, la apartó y continuó su camino. El instinto le decía que se diera prisa.

Aunque sabía que sus sentimientos personales interferían con su instinto profesional, no pensaba correr ningún riesgo ni obviar esa sensación de urgencia.

—Va tras Brynn —gritó Trish en cuanto se cerró la puerta—. Y creo que la señora Hornsby tenía razón… tiene un arma. La sentí bajo su chaqueta cuando tropecé con él.

—¡Un arma! —Lexi salió del salón, donde había estado observando con el teléfono en la mano y el dedo preparado para marcar si Cade intentaba algo con Trish—. Cuesta tanto creerlo…

—¿Viste su cara? Parecía listo para matar a alguien. Tiene que ser el Flautista.

—John probablemente está cegado por la amistad que lo une a él.

—Hay que hacer algo, Lex. Va tras Brynn. Lo sé.

—No la alcanzará. Tiene demasiada ventaja.

—Pero quizá le dijera adónde iba. La viste deslizar la nota debajo de su puerta.

—Dios mío, tienes razón. Quizá sepa que va al Country Cousins Diner. Tal vez intente impedir que se reúna con Antoine. Pero ¿por qué te preguntaría entonces adónde había ido?

—Quizá para comprobar si ella le había dicho la verdad. O para despistarnos y ganar tiempo para alcanzarla.

—Voy a llamar a la policía.

—¿Y contarles qué? John dirige el caso del Flautista, y ya piensa que estamos locas.

Decidida, Lexi marcó la tecla de la policía, y cuando contestó una voz, gritó:

—Envíe a la policía al Country Cousins Diner. ¡Cade Hunter es el Flautista de Hamelín! Y va a secuestrar a Brynn Sutherland. Él…

—Perdone, señora, pero tendrá que serenarse —respondió la recepcionista—. Me cuesta entenderla. ¿Cuál es exactamente la emergencia?

—Un secuestro.

—¿Se ha producido ahora mismo?

—No, pero se producirá en cualquier momento.

—¿En su casa?

—En el Country Cousins Diner.

—¿Se encuentra usted en el Country Cousins Diner, señora?

—No, estoy en casa, pero…

—¿Cómo sabe que tiene lugar un secuestro?

—Es complicado, pero mi socia y yo hemos deducido que un hombre llamado Cade Hunter es el Flautista de Hamelín.

—¿Ha dicho que lo han deducido, señora?

—Sí. Y va hacia esa cafetería con un arma.

—¿Ha visto el arma?

—Bueno, no, pero…

—¿Amenazó con usar el arma?

—No. Claro que no reconoció que iba a utilizarla.

—¿Está usted o alguien más en peligro inmediato, señora?

—No, yo no, pero…

Con un juramento frustrado, cortó, y Trish gritó:

—¡Debemos llegar hasta Brynn antes de que lo haga Cade!

—Conozco un atajo hasta la cafetería. Vamos.

Pálidas, corrieron hasta el Porsche de Trish.

—Vamos, Lex, sube —dijo Trish al ocupar el asiento del volante—. No podemos perder tiempo.

En cuanto salieron a la avenida Milledge, Lexi se dio cuenta de que carecían de armas a las que recurrir si la situación se ponía fea.

—Armas —gritó—. Quizá necesitemos armas.

—No tengo ninguna.

—Entonces, supongo que tendremos que improvisar.

—Está entrando en el Country Cousins Diner. Yo estoy entrando ahora.

—Mantén la puerta bien a la vista, Vinny —ordenó Cade, sorteando el tráfico en una de las avenidas más atestadas de Athens. Se había acoplado un micro a la camisa para estar en contacto permanente con John y el equipo de vigilancia—. Si sale con alguien más, cualquiera, impide que se marche —instruyó—. El criminal podría estar disfrazado.

El policía que seguía a Brynn gruñó a modo de aceptación, pero Cade supo que no estaba del todo convencido de que hubiera motivo para semejante vigilancia. El equipo en el hotel juraba que Fontaine no había salido, y tampoco le habían interceptado ninguna llamada.

Pero Cade albergaba serias dudas. ¿Por qué Brynn se había marchado súbitamente a una cafetería, sola? ¿Y por qué en la nota había calificado ese viaje improvisado como un «recado»? Si hubiera quedado con alguien para almorzar, se lo habría comunicado.

¿O no?

Al llegar a la cafetería, se dirigió al aparcamiento de atrás, donde sólo vio un vehículo.

Aparcó su todoterreno detrás del viejo sedán y por radio solicitó que comprobaran la matrícula. Si fuera el criminal, tendría un coche

listo en la salida de atrás para llevarse a Brynn sin testigos.

No tardó en recibir la información. Se trataba de un coche robado.

Solicitó respaldo con discreción. Luego fue con sigilo al otro vehículo, levantó el capó y le quitó la tapa al distribuidor, cerciorándose de que no pudiera ir a ninguna parte. Después regresó a su propio vehículo y se agazapó detrás, con la mano cerca de la pistola, mientras vigilaba la puerta trasera de la cafetería.

Por los auriculares recibió una llamada de John.

—Espero por todos los demonios que esté ahí, Cade. La camarera del hotel de Florida identificó a Fontaine por la foto. Fuimos a arrestarlo y adivina qué encontramos. Nada —soltó un juramento—. El canalla se escabulló delante de nuestras propias narices. Si se encuentra en la cafetería, hemos de apresarlo.

Cade murmuró su acuerdo sin quitar la vista de la puerta.

—Mantente atrás y deja que mis hombres lo apresen, Cade. Si Brynn te ve, podría causar suficiente alboroto como para proporcionarle a Fontaine una ventaja.

—Si sale —replicó con apenas un susurro—, me lanzaré sobre él.

—Los refuerzos están a punto de llegar. Quédate escondido. Brynn ya sospecha de ti.

—¿A qué te refieres? —frunció el ceño.

—Me llamó esta mañana, justo después de hablar contigo —en su tono había algo de diversión—. Preguntó si creía que tú podrías ser el Flautista.

Cade dejó de respirar. No podía haber oído bien.

—Trish se enteró de que tus libros de viaje no existen —continuó John—. Lexi recordó que te habías licenciado en Derecho y supuso que habías estado estudiando para conseguir planear el crimen perfecto. Encontraron fotos de las víctimas de los secuestros en tu maletín…

—¿Brynn creyó que yo era el Flautista de Hamelín? —logró preguntar.

—Sí. Vaya ironía.

Ya no pudo decir nada. Sentía como si una mula le hubiera propinado una coz en el pecho. Brynn creía que él podía ser el secuestrador.

Entonces dio la impresión de que todo sucedía al mismo tiempo. La puerta del restaurante se abrió y Brynn salió, acompañada de un hombre con una camisa hawaiana azul, un sombrero panamá y gafas de sol.

La vista entrenada de Cade supo ver más allá del disfraz y desenfundó su arma. Pero cuando se incorporaba para gritar «¡quieto!», los arbustos a su espalda crujieron.

Alguien surgió a su izquierda y le roció los ojos con algo, mientras una mujer situada en su otro lado gritaba «¡suelta el arma!», y le golpeaba la muñeca que la empuñaba con un objeto fino y romo.

El líquido picante y pegajoso lo cegó. Olía a laca para el pelo. Alguien saltó sobre su espalda y lo ahogó con dos antebrazos delgados, gritando en su oído:

—¡Corre, Brynn… tiene un arma!

Su otra atacante se dedicó a golpearlo con… Cade llegó a la conclusión de que se trataba del mango de una raqueta de tenis.

Lo único que lo frenó de dejar seriamente incapacitadas a sus agresoras fue que las reconoció por las voces. Trish y Lexi.

Pero su paciencia le costó cara. Al quitarse a Lexi de la espalda, desarmar a Trish y situarlas contra su coche, una tercera forma salió de entre los arbustos y gritó con voz cascada y dura:

—¡Sabía que ibais a necesitarme!

Y lo paralizó con una descarga de electricidad.

Brynn respiró hondo en mitad de su discurso contra Antoine mientras éste la conducía hacia la puerta de atrás de la cafetería. Parecía que la escena que había causado en la mesa lo había abochornado, ya que le suplicó que salieran fuera a concluir la conversación.

Pero en cuanto atravesaron la puerta trasera del local, en el aparcamiento estalló un alboroto… gritos, chillidos, gruñidos. Algún altercado.

—¡Corre, Brynn… tiene un arma!

¡Lexi! Vio a Lexi colgada de la espalda de un hombre mientras le gritaba que huyera. Y a Trish, blandiendo una raqueta de tenis. ¡Y a

la señora Hornsby…!

Antes de que pudiera darle algún sentido a la escena, Antoine la aferró por el brazo y con rudeza la empujó hacia un coche cercano.

—Sube al coche, Brynn.

Otro vehículo dobló la esquina del edificio y con un chirrido sonoro se detuvo detrás del coche, muy cerca del todoterreno donde tenía lugar la pelea… un todoterreno que a Brynn le resultó muy parecido al de Cade. Una sirena de policía aulló cerca. Y entonces identificó a Cade, que caía de rodillas, rodeado por las tres mujeres furiosas y vociferantes.

—¿Qué estáis haciendo? —les gritó, zafándose del apretón de Antoine para correr hacia ellas—. ¡Parad! Dejad de golpearlo. ¿No veis que está herido? ¿Qué habéis hecho?

—Lo aturdí con mi pistola eléctrica —alardeó la señora Hornsby.

Al mismo tiempo, Lexi gritó:

—Lo atrapamos con las manos en la masa, cuando te apuntaba con una pistola, Brynn.

—Es el Flautista —juró simultáneamente Trish.

—¡Quietos! —se oyó la orden profunda y hostil detrás de Brynn—. Policía. Manos arriba, todos. ¡Manos arriba, maldita sea!

Las sirenas chillaron a su alrededor. Las luces azules centellearon. La policía invadió el aparcamiento apuntando con sus armas a Antoine, Lexi, Trish, la señora Hornsby y Cade.

A partir de ahí, las cosas se tornaron aún más extrañas.

Un miembro del cuerpo de alguaciles de Estados Unidos. Debería haberlo sabido. ¿Cómo había podido creer que Cade Hunter había renunciado a sus aspiraciones de hacer cumplir la ley?

Al verlo en su verdadero elemento, se sintió especialmente tonta por haber aceptado la falsedad sobre su trabajo. Cade había establecido un departamento en la comisaría local, donde dirigía a un equipo de hombres y mujeres en la tarea de recoger y analizar pruebas contra el Flautista.

Cuando no emitía órdenes secas o hablaba por teléfono, desaparecía con Fontaine en la sala de interrogatorios durante largos

períodos de tiempo.

Brynn deseó que pudiera tomarse un rato para hablar con ella. Pero no lo hizo. Reconoció su presencia sólo una vez, cuando le dijo a un patrullero que la llevara a casa.

Brynn se negó a irse.

—No me iré hasta que liberen a mis amigas y haya tenido la oportunidad de hablar con Cade Hunter.

—Lo siento, señora —dijo el patrullero—, pero el alguacil Hunter estará ocupado durante mucho tiempo como para poder ver a alguien.

¡Cómo deseaba que hablara con ella! La negativa la llenó de una terrible sensación de pérdida. Quería disculparse por el comportamiento de sus amigas y dejar claro que habían obrado sin su conocimiento o aprobación.

También quería preguntarle por qué no le había contado que era alguacil. ¿No había confiado en ella para mantener la boca cerrada sobre su misión de incógnito?

Pero, por encima de todo, quería abrazarlo y que la abrazara. Los terribles acontecimientos de las últimas horas la habían dejado desorientada y aturdida.

Apenas podía creer que Antoine fuera el Flautista de Hamelín. O, más bien, Doyle Fontaine. Ex convicto. Un farsante. ¡Un secuestrador! Tembló al pensar en qué otras cosas podía ser. Hasta que no encontraran a las mujeres que había secuestrado, nadie conocería la verdadera extensión de sus delitos. La había engañado por completo.

Trish era la que peor había asimilado la noticia. Había estado encantada de tener en su vida al primo que creía perdido. En ese momento, se sentía angustiada y furiosa al descubrir que era un criminal que la había utilizado. También Lexi había expresado un profundo pesar por la parte que había desempeñado en todo el asunto.

Cuando las conducían esposadas desde el coche patrulla a la comisaría, tanto sus amigas como la señora Hornsby se habían disculpado sentidamente con Cade por haber sacado la conclusión

equivocada. Él respondió, con apenas una leve inflexión de humor seco en la voz:

—Disculpas aceptadas.

Luego se había marchado a la sala de interrogatorio mientras la policía local se dedicaba a acusarlas de agresión a un oficial de la ley y obstrucción a la justicia.

A las seis de la tarde, Brynn casi había abandonado la esperanza de llegar a hablar en algún momento con él. Frustrada, llamó a John por el móvil.

—No puedo hablar mucho, Brynn.

—Sólo quiero que le digas a Cade que necesito hablar con él. Como mínimo me debes eso.

—Cade está muy ocupado. Es un extraordinario interrogador y ha logrado que Fontaine confiese. Pero el muy canalla ahora está intentando hacer un trato a cambio de confesar dónde esconde a las mujeres. Afirma que están vivas y bien. Dice que no las llevó a la fuerza, sino que «las tentó con su encanto». Lo dudamos. He de dejarte. Tengo otra llamada.

—John, acerca de mis amigas y de los cargos que…

—Cade va a retirarlos. Las soltarán pronto —tras una pausa, su voz se suavizó, como si acabara de recordar la parte que ella había vivido en esa situación—. ¿Cómo estás tú?

—Bien —le conmovió la preocupación de su hermano—. Estoy bien.

—Estupendo. Te llamaré en cuanto tenga un descanso, ¿de acuerdo, Brynnola?

Brynnola. Ése era el hermano que conocía y que a veces odiaba.

—De acuerdo, Johnny Boy.

Minutos más tarde, se le acercó un sargento de expresión agria.

—El alguacil Hunter querría verla, señorita Sutherland.

Lo siguió a un despacho donde Cade estaba sentado detrás de un escritorio enorme, con la atención dividida entre una llamada de teléfono y dos policías que discutían a su lado sobre un conflicto de jurisdicciones.

Pero cuando notó su presencia, Cade puso fin a la conversación y despachó a los policías. Cerró la puerta y metió las manos en los

bolsillos de la chaqueta, en la que en ese momento llevaba una placa del cuerpo de alguaciles de Estados Unidos.

—¿Estás bien? —preguntó él, sin la calidez que habitualmente le había mostrado.

—Oh, Cade —Brynn cruzó la distancia que los separaba con un nudo en el pecho—. Lo lamento tanto…

Él la detuvo con una mano alzada.

—No me toques, Brynn.

Se quedó paralizada en el acto de ir hacia él. Nada podría haber mostrado un cambio de sentimientos hacia ella de forma más sucinta. Nada podría haberla herido más profundamente.

Cade continuó sólo cuando ella se apartó.

—No hay necesidad de que te disculpes por nada —prosiguió con tono impersonal—. Asumo toda la responsabilidad de las conclusiones que tus amigas y tú habéis sacado. Y, en estas circunstancias, no las culpo por tratar de detenerme.

—Yo no saqué ninguna conclusión ni sabía que iban a atacarte, y desde luego no…

Cade volvió a detenerla con la mano alzada.

—La policía local no está muy contenta con la retirada de los cargos. Creen que las tres trabajaban con el sospechoso para facilitar su huida —al verla boquiabierta, le aseguró—: Creo que los he convencido de lo contrario. Los cargos se retirarán.

—Gracias —tenía reseca la garganta. A pesar de la falta de animosidad manifiesta, se le veía inalcanzable—. Pero podrías haber confiado en mí lo suficiente como para contarme lo que hacías. No era necesario que mintieras acerca de que eras escritor.

—Como he dicho, asumo toda la responsabilidad.

Eso no bastaba.

—¿Todo lo que me contaste formaba parte de tu tapadera? —aquello empezaba a crisparle—. ¿Todo lo que hiciste conmigo formaba parte del gran plan?

—Claro que no —Cade dejó entrever un destello de emoción, que de inmediato se desvaneció—. Pero mi implicación personal contigo fue un error.

Un dolor increíble la dejó en silencio.

—Yo jamás pensé que tú fueras el Flautista —aseveró casi sin voz.

—¿No llamaste a John para preguntarle si podía serlo?

Aquello le sorprendió. De modo que John le había hablado de la llamada… después de que le pidiera que no lo hiciera. Supuso que su hermano no debía tener muchas alternativas, teniendo en cuenta que la tapadera de Cade como escritor había volado.

—Sólo quería demostrarles a Trish y a Lexi que no tenían que preocuparse de ti.

—¿Por eso te presentaste ante mí para exponer tus sospechas? ¿Por eso me comunicaste que ibas a reunirte con «Antoine»?

El sarcasmo le llegó hondo. Pero al menos reaccionaba.

—No quería herirte.

—Buen trabajo. Pero te he llamado para aclarar otro asunto —añadió—. Algo que me ha desconcertado y preocupado un poco.

—¿Qué?

—Entre las posesiones del sospechoso hemos encontrado unos papeles impresos, con fecha de ayer, que tienen que ver con Rhiannon Jeffries.

—¿Rhiannon Jeffries? —las sorpresas no paraban de sucederse.

—¿Por qué el Flautista iba a tener interés en Rhiannon?

Brynn no tenía ni idea. La única vez que había pensado en Rhiannon había sido por su relación con Cade. La misma relación que le había partido el corazón y había destrozado su confianza en el amor. Desde luego, él le había explicado que no habían tenido una relación íntima y ella le creía.

Pero le había hablado a Lexi sobre la supuesta aventura. También se la había mencionado a Trish…

En su mente aleteó una posibilidad terrible.

—¿Qué clase de información tenía sobre ella?

—Algo impreso de su página web. Fotos de Rhiannon, de su casa, de su hija.

A Brynn se le cayó el alma a los pies.

—Quiero… hablar con Trish.

—¿Por qué?

—¿Puedes traerla aquí o hacer que se ponga al teléfono?

Cade sacó el móvil del bolsillo, marcó un número, le ordenó a alguien que pusiera a Trish al aparato y luego le pasó el teléfono a Brynn.

—Trish —Brynn no consiguió evitar que la voz le temblara—. ¿Recuerdas que te conté que… mmm… Cade había tenido una relación con un miembro de nuestra fraternidad? —evitó los ojos de él, esperando que sus sospechas fueran infundadas.

—Sí.

—No te conté quién había sido, ¿verdad?

—No.

La respuesta fue vacilante.

—¿Hablaste con Lexi sobre el asunto?

—Un poco.

Un presagio la invadió.

—¿Llegasteis a alguna conclusión acerca de quién era esa compañera de fraternidad?

—Cielos, Brynnie. No se trataba de un secreto clasificado del Gobierno. Lexi me recordó que Cade había llevado a Rhiannon Jeffries a aquella fiesta. ¿Cuál es el problema?

—¿Y dedujisteis algo de ello?

Siguió un silencio denso.

—Yo me pregunté si Cade habría dejado embarazada a Rhiannon.

—¿Le mencionaste la posibilidad a Antoine?

—Es posible —concedió con evasiva—. De pasada.

Brynn cerró los ojos y cortó la llamada… y deseó que la tierra se la tragara. Sintió la mirada intensa de Cade sobre ella.

—¿Por qué iba a tener Fontaine información sobre Rhiannon? —repitió la pregunta con voz mucho más dura.

—Si descubrió que eras policía —respondió, obligándose a mirarlo —, quizá hubiera decidido buscar otra víctima.

—¿Rhiannon?

—Es posible, pero… apostaría que está más interesado en su hija.

—¿Por qué?

—Bueno, es sólo una teoría, pero sabemos que el Flautista buscaba esposas, hermanas e hijas de policías como objetivos.

Pienso que quizá hubiera querido vengarse de ti por haber estado de incógnito con el afán de capturarlo.

—¿Y eso qué tiene que ver con la hija de Rhiannon?

—Es posible que Trish mencionara la posibilidad de… mmm… de que ella fuera tu hija.

Jamás había imaginado que la mirada de Cade pudiera ser tan fría.

—Pensaste que era el padre del bebé de Rhiannon.

—Bueno… —Brynn alzó la mano en un vano intento de expresar un caos de explicaciones.

—Y que me había desentendido del problema.

Brynn hizo una mueca de dolor. Aquélla había sido su convicción en el pasado.

—Me llevaste a pensar que habías estado sexualmente involucrado con Rhiannon. Cuando unas semanas después apareció embarazada, no costó mucho sacar conclusiones.

Cade se apartó del escritorio y pasó a su lado, su rostro una tormenta oscura a punto de estallar.

—Cade, saqué esa conclusión hace años, pero últimamente…

—Vete a casa, Brynn —abrió la puerta del despacho; su ira era una fuerza palpable—. Y cancela mi reserva en el hotel para los próximos días. Sacaré hoy mismo mis cosas.

—No hagas eso, Cade. Tenemos que hablar.

—No queda nada que decir.

Capítulo 14

Gracias a la información que le había extraído a Fontaine durante los interrogatorios, el jueves por la mañana encontraron a las víctimas en una casa aislada en la playa en la costa oeste de Florida, vivas y en apariencia ilesas.

Aquella noche, en el apogeo del frenesí de los medios de comunicación, Cade escapó de los reporteros en Athens, condujo dos horas hasta Atlanta y se registró en un hotel moderno cerca del Aeropuerto Internacional de Hartsfield.

Su trabajo allí había terminado. El culpable había sido apresado, las víctimas rescatadas, y había pruebas vinculantes. El desafío de llevarlo a los tribunales ya recaía en John Sutherland y el fiscal del distrito. No en Cade. Su papel en el caso del Flautista de Hamelín había concluido.

Al día siguiente a primera hora tomaría un vuelo para Colorado.

Se sentó en un sillón de la habitación y brindó consigo mismo con un whisky doble con hielo. Después de pasar tres noches en un motel próximo a la comisaría de Athens, se sentía rodeado de lujo.

Lo único que le quedaba era soportar otra noche. No anhelaba acostarse y apagar las luces. Aquél era el momento en que más le atormentaban los pensamientos de Brynn.

Pero se negaba a pensar en ella. Para resistir la acometida de pensamientos no deseados, encendió el televisor. Desde luego, la noticia predominante era el rescate de las víctimas, aunque en ningún momento se mencionaba la posibilidad del chantaje para que

Fontaine hubiera conseguido su cooperación, pero él estaba convencido de que así era.

Apostaba que en las cajas de las pertenencias sacadas del apartamento de Fontaine en Atlanta John encontraría algún secreto acerca de las víctimas. Era evidente que Viv, Jo y Kayla temían presentar cargos contra Fontaine. El miserable las amenazaba con algo.

De pronto recordó cómo Brynn le había ocultado un secreto a él y sintió un nudo en el estómago. ¿Había algo en su pasado que Fontaine había tenido la intención de utilizar para forzarla a cooperar? Le costaba creerlo. No podía imaginar a Brynn con un secreto lo bastante grave como para que pudieran chantajearla con él.

Llamaría a John a primera hora de la mañana y le mencionaría la posibilidad del chantaje. Odiaba la idea de que Brynn pudiera ser vulnerable a una explotación de esa clase. Tampoco podía aceptar la posibilidad de que Doyle Fontaine escapara con sólo unos cargos menores. Recibiría una condena mínima por usar una identificación falsa.

«No es asunto tuyo», se dijo. «Y tampoco Brynn».

Pero eso no lo frenó de seguir pensando en ella. En todo momento.

«Prométeme que confiarás en que no volveré a hacerte daño», le había pedido. Y ella lo había prometido. «Te amo», le había dicho, y aunque sólo había sido parte de su juego y él le había insistido en que lo dijera, la había creído.

Era obvio que se había equivocado. Otras personas en su vida habían tenido opiniones bajas de él, pero nunca tan bajas. Y jamás le había dolido tanto la falta de fe de alguien. Sentía como si le hubieran abierto un agujero en el pecho, y por él se iba escapando su esencia vital.

Necesitaba otro whisky.

Al levantarse para pedirlo al servicio de habitaciones, llamaron a su puerta. Se puso una bata encima de los calzoncillos y observó por la mirilla.

En el pasillo del hotel, estaban Trish y Lexi.

Irritado por su presencia, pero demasiado curioso para ignorarlas, abrió.

—¿Cómo sabíais que estaba aquí?

—Nos lo dijo John —Lexi entró sin esperar a que la invitara.

—Tenemos que hablar, Cade —insistió Trish, elegante como siempre con su falda y su jersey clásicos, aunque tenía los ojos hinchados y rojos—. Sobre Brynn.

Que mencionaran ese nombre envió pequeñas dagas a través de su corazón.

—Ya no es asunto mío —les dio la espalda y regresó al sillón.

—Ha dejado su puesto como directora del hotel —soltó Lexi.

—¿Qué? —la miró boquiabierto, demasiado asombrado para mantener su indiferencia. Su trabajo siempre había sido la máxima prioridad de Brynn.

—Y se va a las Barbados —concluyó Trish.

—¿A las Barbados? —jamás había dicho nada de eso. ¿Por qué diablos se iba allí?

—Oh, Cade, es terrible —exclamó Lexi, dejándose caer en la cama —. Nos vende su parte del negocio. Dice que va a buscar trabajo en algún complejo hotelero.

—¿Por qué?

—Dijo que no podía dirigir un negocio con… con… —a Lexi se le quebró la voz.

—Con socias que no confían en su juicio —concluyó Trish.

—¿Y qué ha provocado esto?

—Tú —afirmó Trish.

—Nosotras —corrigió Lexi de inmediato—. Cuando descubrimos que no eras escritor, y la señora Hornsby encontró esas fotos en tu habitación, tratamos de decirle a Brynn que eras el Flautista. Ella se negó incluso a tomar en cuenta esa posibilidad. Llamó a John para tranquilizarnos, pero cuando él se rió de nosotras, creímos que estaba cegado por la amistad que lo unía a ti.

Las miró a medida que asimilaba la importancia de aquellas palabras. Brynn había dejado su negocio… por el que había trabajado tanto. Y todo por él. Porque sus socias se habían negado a confiar en él.

Eso le dejaba una única conclusión lógica. Brynn había confiado en él. Había descartado las pruebas presentadas por sus amigas y había confiado ciegamente en él.

No la había creído cuando se lo contó. Había considerado sus declaraciones de fe como palabras huecas. Pero no podía descartar sus actos.

—Por lo tanto, ahora piensa que no valoramos su juicio —se lamentó Trish—. Pero el único motivo por el que no lo hicimos fue porque sabíamos que estaba demasiado enamorada de ti para pensar con claridad.

Demasiado enamorada de él.

—Jamás la he visto tan desdichada —Lexi contuvo las lágrimas que amenazaban con salir.

—De haber sabido lo que sentía por ti —intervino Trish con los ojos azules también brillantes—, nunca habría interferido. Y lamento tanto haber sacado conclusiones acerca de Rhiannon… Por favor, no culpes a Brynn de eso.

—Brynn sacó las mismas conclusiones.

—Cuando tenía dieciocho años —dijo Lexi—. ¿De verdad piensas que se habría liado contigo si aún creyera que eras el padre de la hija de Rhiannon y que la habías abandonado sin ayudarla?

De pronto la verdad lo golpeó. Brynn nunca obviaría un pecado de semejante magnitud.

Sintió un nudo en la garganta.

—¿Dónde está?

—En la habitación 371 —respondió Lexi.

Cade frunció el ceño.

—¿En este hotel?

—De hecho, en la habitación contigua a ésta.

—¿Aquí? ¿Ahora? —no terminaba de comprenderlo. Se había sentido a millones de kilómetros de Brynn, en todos los sentidos—. Pero ¿cómo…?

—John —explicó Lexi—. Cuando le contó que se iba a las Barbados por la mañana, y le pidió pasar la noche en su apartamento, él le planteó una excusa y le hizo una reserva aquí. Le dijo que así estaría cerca del aeropuerto.

—¿John hizo eso?

Otra sorpresa. Aunque John había solicitado su ayuda para mantener a salvo a Brynn, eso se debió a que era alguacil y a que conocía a su hermana. Pero John jamás había estado particularmente a favor de una relación íntima entre ellos dos. Sin embargo, había sabido que él se alojaba en el mismo hotel. De hecho, la reserva se la había hecho el ayudante de John.

—John también quiere que Brynn sea feliz —dijo Lexi. Luego se puso de pie y le ofreció una sonrisa titubeante—. Lo sentimos, Cade. Todo.

Pálida, Trish también asintió.

Cade se levantó y abrazó a Lexi.

—Lo único que intentabais era proteger a Brynn —murmuró. Después abrazó a Trish—. Jamás culparía a nadie por hacer eso.

Las dos mujeres derramaron unas lágrimas, le palmearon la espalda y lo animaron a ir a hablar con Brynn.

Una vez que se quedó solo, permaneció paralizado. Parecía posible que, después de todo, Brynn lo amara. Por un lado, sentía esperanza. Pero, por otro, sentía miedo con igual fuerza. Había creído lo mismo muchas veces antes… siempre que la había besado, abrazado, amado. Y esa creencia le había causado un gran dolor.

Por primera vez, entendía por qué ella no le había dado una segunda oportunidad en sus tiempos universitarios.

Era tan irónico… Durante años había dudado de su propio juicio, viviendo atemorizada de cometer otro error catastrófico como el que había cometido en Daytona Beach. Y cuando al final se había plantado y negado a dudar de sus convicciones… terminó por descubrir que nadie más confiaba en su juicio. Ni sus socias ni el hombre que había afirmado amarla.

Él de inmediato había creído lo peor. «Confía en que no volveré a hacerte daño», le había dicho. Y había confiado. Y la había aplastado como a una cucaracha. «No me toques, Brynn».

El policía que había llevado a Trish y a Lexi a casa después de que las soltaran había recogido el equipaje de Cade del hotel. Éste no se

había molestado en ponerse en contacto con ella, ni entonces ni después.

Había comprendido que, pese a los errores, lo importante era creer en sí misma y en su propia sabiduría. Lo cual, y gracias a Dios, al fin estaba haciendo.

A partir de ese momento, viviría su vida según sus propios términos. Se acabaron las adulaciones a Trish, o el esfuerzo de luchar para guardar sus secretos más profundos a Lexi o afanarse por ser una mujer sofisticada con múltiples muescas en el poste de su cama.

Dedicaría todo su tiempo y energía a empezar de nuevo en algún otro lugar, lejos de Athens, sitio que siempre le recordaría demasiado a Cade. Ahorraría dinero y tarde o temprano abriría su propio hotel.

Con ese juramento solemne, se secó los ojos, se limpió la nariz y tiró el pañuelo de papel a la papelera llena. Luego, apartó el edredón, se metió en la cama y puso el despertador para levantarse a tiempo para tomar el vuelo a las Barbados.

La luz de los mensajes en el teléfono captó su atención. Debía de haber recibido una llamada mientras se bañaba. Apretó el botón, se tumbó y se llevó el auricular al oído.

—Hola, hermana —John, desde luego—. He pensado que deberías saber que Cade tiene una habitación en el mismo hotel.

Se incorporó de un salto.

—De modo que si lo ves por el pasillo, o en el ascensor, no pienses que te acosa —su hermano no le dejaba olvidar la llamada que le había hecho para preguntar por Cade—: Tiene reservada plaza en un vuelo a Colorado para mañana a primera hora. Si te encuentras con él, no seas muy dura con el pobre.

Como si fuera a saltar sobre su espalda y rociarle los ojos con laca para el pelo.

Unas despreciables lágrimas volvieron a nublarle la vista. La dominó la añoranza de verlo, de hablar con él. Pero Cade no había querido escuchar sus explicaciones, y nunca creería que había confiado en él.

Asaltada por un dolor renovado, apagó la luz y se echó otra vez. Tardó un rato, pero se sumió en un sueño inquieto y agitado.

De pronto captó la seriedad de la situación. ¡Cade no podía marcharse! ¡Debían finalizar la terapia! Ambos la necesitaban. No pudo recordar exactamente por qué, los pensamientos eran tumultuosos, pero la urgencia bombeó sus venas.

—¡Cade! —gritó—. ¡Cade, Cade, no te vayas! —apartó el edredón, saltó de la cama y se lanzó hacia la puerta. Quitó el cerrojo.

Con la mano en el picaporte, se dio cuenta de que no podía salir. Se hallaba en un hotel desconocido y sólo llevaba puesto un camisón. Apoyó la frente en la superficie de la puerta y una llamada sonora la sobresaltó y le hizo retroceder un paso.

—¿Brynn? Brynn, abre.

Reconoció la voz, y con una descarga de emoción, obedeció. Era Cade.

Lo miró asombrada.

Él fue el primero en romper el silencio.

—Me pareció escuchar que me llamabas.

Brynn se llevó la mano al corazón. La había oído. Se había materializado en la noche en respuesta a su grito. Parecía imposible, pero, al mismo tiempo, muy típico de él.

—Déjame pasar, Brynn.

Sin pensar en la posibilidad de negarse, se hizo a un lado para dejarlo entrar. Cuando la puerta se cerró a su espalda, él le alzó el rostro con una mano gentil y la estudió con intensidad.

—¿Estás soñando?

Quizá así fuera. En ese caso, no quería despertar… no mientras la tocara como si le importara y la mirara con la misma calidez de antaño.

—Creo que sí —susurró—. O tú no estarías aquí.

—No, no —musitó él con voz contrita—. Esto es real —entonces le tomó la cara con las dos manos y se la acarició con los dedos pulgares—. Más real que cualquier otra cosa de mi vida.

Ella experimentó una esperanza cálida y creciente, y con un gemido que podría haber salido de cualquiera de los dos, se encontraron en un beso.

Pero a pesar de que la pasión se encendió entre los dos, Brynn supo que la pasión no era suficiente. Ya no. En ese momento, el anhelo era mucho más profundo… tan hondo como el dolor que él le había causado.

Cuando el beso finalizó, el ceño de Cade reflejaba una angustia similar a la que experimentaba ella.

—Lo siento, Brynn —dijo, con las frentes casi pegadas—. Siento no haber dejado que te explicaras. Era condenadamente fácil creer que no habías confiado en mí. Tenías todos los motivos para no hacerlo… las mentiras que te conté acerca de mi trabajo como escritor, las fotos de las víctimas en mi habitación…

—Debería haber ido a verte en cuanto Trish y Lexi me hablaron de eso. Y debería haberte hablado sobre mi encuentro con Antoine. Pero cuando dijo que tenía pruebas contra ti, quise demostrarle que se equivocaba. No quería que te hirieran con sus ridículas acusaciones…

Él cortó sus palabras con otro beso… intenso, urgente, lleno de emoción.

—Te amo, Brynn —juró—. Siempre te he amado. Lo único que necesito saber es si tú me amas.

El miedo le atenazó los músculos de la garganta y, con un susurro estrangulado, soltó:

—Te equivocas —la expresión de la cara de Cade estuvo a punto de partirle otra vez el corazón—. Hay algo más que necesitas saber.

—¿El secreto que no querías contarme? —preguntó con cautela.

Ella asintió, tragó saliva y luego señaló la cama.

—Será mejor que te sientes.

Dio la impresión de querer negarse, pero caminó despacio hacia la cama y se sentó muy erguido, con los ojos clavados en ella.

—Cuéntame.

Brynn se tomó sólo un momento para fortalecerse ante la reacción que él pudiera mostrar.

—Cuando tenía quince años, me… arrestaron.

Cade enarcó las cejas en un gesto de curiosidad, no de condena.

—¿Por…?

Respiró hondo, apretó las manos y las retorció.

—Robo a mano armada.

La miró fijamente, con asombro manifiesto.

—Yo conducía el coche de la fuga.

Cade permaneció muy quieto y el silencio alrededor de ellos palpitó como un toque de difuntos.

Y entonces él soltó una carcajada que la dejó estupefacta. Su expresión de perplejidad sólo sirvió para aumentar la risa de Cade.

—¿Robo armado? —repitió entre jadeos—. ¿Tú conducías el coche de la fuga?

—¿Te parece gracioso?

Soltó otra carcajada, logró contenerla y al final movió la cabeza, secándose los ojos.

—No, no, en realidad no lo es. Lo que pasa es que me ha pillado por sorpresa.

Cade no creía haber estado jamás más atónito que en ese momento, ni siquiera cuando Trish, Lexi y la anciana lo atacaron. Ahí estaba esa mujer dulce, comedida,… a la que amaba más que a la vida misma, confesando que había sido detenida por robo a mano armada.

Al parecer ella no veía el humor de la situación. De hecho, parecía un poco molesta. Lo entendía, desde luego. Un robo a mano armada era un delito grave. Lo bastante para que Doyle Fontaine lo hubiera utilizado de algún modo en su contra si hubiera tenido la oportunidad.

Se adelantó y apoyó las muñecas en las rodillas.

—Cuéntame qué sucedió.

Mientras lo hacía, se puso a caminar por la habitación. La misma explicación no resultaba tan sorprendente. Había ido a Daytona Beach a visitar a su abuela durante el verano y había empezado a salir con un grupo de chicos ricos aburridos.

—¡Pensé que bromeaban con lo del robo de ese supermercado! —exclamó—. Y cuando me dijeron que podía conducir el coche, me sentí halagada de que me confiaran ese Firebird nuevo. No tenía ni idea de que llevaran armas.

La imaginó como una adolescente confiada recién llegada de una ciudad pequeña de Georgia, impresionada y fascinada por unos

adolescentes mayores, con juguetes caros y demasiado tiempo entre las manos.

—¿Te condenaron?

—No —se ruborizó y una sombra le oscureció los ojos—. El juez desestimó los cargos.

Cade entrecerró los ojos al ver su expresión dolida.

—Eso estuvo bien, ¿no?

—¡No hubo nada que estuviera bien en todo el asunto! Mi hermano, de diecisiete años entonces, le dio un puñetazo al dueño del Firebird y lo amenazó con que, si no le contaba al juez que me habían engañado para conducirlo, lo mataría.

Cade se encogió de hombros y asintió. Tenía sentido para él.

—De modo que arrestaron a John por agresión y mi padre tuvo tanto miedo de lo que pudiera pasarnos… —se mordió el labio— que sobornó al juez.

«Sobornó al juez».

A oídos de Brynn, las palabras reverberaron con una contundencia terrible. Permaneció paralizada por la agonía, a la espera de que Cade asimilara lo que acababa de exponerle.

Lo vio fruncir el ceño y se preparó para lo peor. Pero entonces se percató de que la expresión de Cade revelaba una profunda reflexión, no desaprobación.

—John me lo contó —murmuró.

—¿Qué? —Brynn se acercó un paso sin darse cuenta de que lo había hecho—. ¿Has dicho que… John te lo contó?

—Sí. En la universidad. No la parte que desempeñaste tú en el asunto. Sólo la suya. El cargo de agresión y cómo tu padre hipotecó la casa para comprar a un juez. Pero… ¿no conoces el resto?

—¿El resto?

—Según John, tu padre le dio el dinero a un abogado defensor, el mismo tipo que le convenció de que era necesario un soborno. Pero entonces el abogado se largó con el dinero. Ni siquiera apareció en el tribunal.

—No puede ser verdad —¡tenía que estar equivocado! Después de que retiraran los cargos, había oído a su madre hablarle a su tía del soborno. Al poco tiempo, toda la comunidad había zumbado con la

noticia del robo a mano armada y los murmullos de los tratos turbios que habían salvado a Brynn. Deshonrada y humillada, su madre había insistido en que se marcharan.

—Llama a John —instó Cade—. Pregúntaselo.

Sin titubear, Brynn lo hizo.

—Sí, aquel picapleitos se largó con el dinero —confirmó su hermano—. Papá me hizo prometerle que no se lo diría a mamá. Ni a ti, ya que tú se lo contarías. Mamá jamás se lo habría perdonado.

Brynn sintió que la cabeza le daba vueltas. Apenas era capaz de comprender lo que le contaba su hermano.

—¿Quieres decirme que papá prefirió que mamá y yo creyéramos que había cometido un delito de intento de soborno a un juez?

—Papá desconocía que tú supieras algo del supuesto soborno. Pero, sí, prefería que mamá creyera que le había pasado el dinero al juez por debajo de la mesa antes que reconocer que había perdido los ahorros de su vida con un estafador. A nadie le gusta que le tomen el pelo. Supongo que es algo típico de los hombres.

Brynn movió la cabeza, asombrada.

—Pero si papá no sobornó al juez, ¿por qué se retiraron los cargos contra nosotros?

—Los otros chicos tenían un historial largo y conflictivo. Nosotros estábamos limpios. Papá argumentó bien.

Cerró los ojos, abrumada por las implicaciones. El soborno jamás había tenido lugar. Los cargos se habían retirado de forma legítima. Nadie podía arrestar a su padre o a su hermano por el error que ella había cometido. ¡Era libre, completamente libre, por primera vez en dieciocho años!

Cortó aturdida, y unos brazos fuertes y viriles la rodearon. Agradecida, se volvió.

—¿Tienes idea de lo aliviada que me siento? He pasado la mitad de mi vida preocupada por que pudieran arrestar a mi padre o a mi hermano… y que gente como tú nos despreciara.

—¿Gente como yo? —Cade enarcó una ceja.

—Sí, ya sabes. La gente íntegra. Los que siempre quieren que se haga justicia. Los buenos.

Cade la tumbó en la cama y le dio un beso prolongado. Luego susurró:

—¿Hay algo más que quieras decirme?

Ella depositó unos besos tiernos en su cuello y su mandíbula.

—Sólo que te amo.

El sol salió con un calor espléndido desde alguna parte del corazón de Cade. Sintió que proyectaba un haz poderoso sobre cada rincón y resquicio del pasado, del presente y del futuro.

—Oh… —añadió Brynn rozándole los labios—, y que te amo. Y, desde luego, el hecho de que… —le mordisqueó los labios— te amo.

—¿Lo suficiente como para venirte conmigo a Colorado?

A casa, con Cade. A sus montañas de Colorado.

—Más que suficiente para eso.

—¿Para quedarte?

—Sí —repuso rebosante de amor—, para quedarme.

—¿Para… casarte conmigo?

Brynn contuvo el aliento ante la magnitud de la pregunta. Casarse con Cade. Siempre había temido esperar un vínculo tan profundo y permanente. Pero ésa había sido la Brynn antigua. Ella ya no tenía miedo. La felicidad la arrastró en una corriente gozosa y lo miró con alegre certeza.

—Sí… para casarme contigo —ya imaginaba un futuro de pasión y devoción, quizá con un hotel en la montaña.

Epílogo

El juez leyó la sentencia y Doyle Fontaine apenas movió un músculo, pero sólo porque se hallaba conmocionado. Cadena perpetua. No podía creerlo. ¿Cómo había salido tan mal un plan tan cuidadosamente trazado?

Como en una bruma de incredulidad, observó a dos policías enormes y de mirada fría dirigirse a él. ¡Cómo odiaba dejar que Cade Hunter y John Sutherland lo vencieran de esa manera!

Los había subestimado seriamente. Una semana después de que lo arrestaran, de algún modo habían conseguido descubrir los secretos de sus modelos. Las relaciones de Jo durante su matrimonio, la ocupación a la que se había dedicado Viv antes de casarse y las actividades de juego ilegal del padre de Kayla. Sin esos secretos pendiendo sobre sus cabezas, Doyle había perdido todo control sobre ellas. Se habían mostrado más que contentas de testificar contra él en el tribunal y también de demandarlo por lo civil.

La traición de sus modelos no había sido más que una de muchas decepciones. Aún necesitaba respirar hondo cada vez que pensaba en el matrimonio de Brynn con Cade Hunter. Lo había puesto enfermo verlos en el tribunal tomados de la mano, susurrándose secretos, sonriéndose. Jamás había visto tan feliz a Brynn. Y si era posible, Hunter parecía más seguro que nunca de sí mismo.

Trish también parecía más feliz. John Sutherland y ella llevaban semanas mirándose en el tribunal. Los cuatro a menudo se

marchaban juntos… y lo más probable era que Lexi estuviera en Athens sola, dirigiendo el hotel. Seguro que le encantaba eso.

Pero la verdadera tragedia tuvo lugar a principios de aquella semana, cuando la colilla encendida de un puro activó el sistema contra incendios de la sala de pruebas y se arruinaron los cuadros que le habían confiscado. Cada una de sus obras maestras… ¡incluida la que le había regalado a Brynn!

Con un suspiro descontento, Fontaine avanzó entre los guardias hasta una celda de confinamiento, donde le quitaron las esposas. Luego, el sonido metálico de la puerta al cerrarse marcó un final.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



Table of Contents

Portadilla
Créditos
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Epílogo
Si te ha gustado este libro…